

Yo en
Roman,
tu en
New York

CHRISTIAN
MARTINS



**Yo en
Roma,
Tú en
Nueva york**

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN ABRIL 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

Siempre hay que tomar riesgos.
Ese es nuestro destino.
T. S Eliot

Esta novela trata sobre el reencuentro, el amor, la vida, el destino y las ganas de continuar.

Habla de Natalia, una chica normal que persigue sus sueños. Y de Vera, que aunque ni siquiera ella lo sabe, también está persiguiendo sus sueños.

Natalia tiene una vida por delante, quiere redescubrirse, encontrarse, continuar creciendo y hacer algo grande.

Vera cree que su vida ya ha pasado y que lo único que puede hacer es resignarse.

Esta novela trata sobre aprender, tropezar, levantarse y equivocarse. Quizás no en ese orden, pero sí sobre todo eso. Y mucho más.

Espero que os enamore y que la disfrutéis tanto como la he disfrutado yo.

Para mis chicas Martins. Sé que en vuestro interior encontraréis una Vera y una Natalia con la que identificaros.

Disfrutad de la lectura y nos vemos en la próxima aventura.

Con cariño,

Christian

1

Roma

Natalia

Echaba la vista hacia atrás y me costaba saber qué fue lo que me llevó hasta el lugar en el que me encontraba. No le veía sentido a aquel cúmulo de decisiones que me hicieron coger un avión en Madrid para después aterrizar a Roma.

Supongo que soñaba con una vida de película. Desde pequeña había sido una chica muy aventurera, de manera que no me lo pensé demasiado cuando me vi trabajando de camarera en un restaurante de comida rápida y tirando a la basura un título académico que tanto esfuerzo —y dinero— me había costado sacar. Decidí marcharme. La historia y el arte siempre habían sido mi pasión —por eso me gradué en Historia del Arte— así que mi destino estaba escrito en las estrellas desde antes de mi nacimiento: ¡tenía que vivir en Italia!

Dejé atrás a un padre con el corazón roto y algunas amigas que, muy en el fondo, no tardarían demasiado en olvidarse de mí. Quizás mi padre, Eugenio, fue la única razón que me llevó a plantearme si realmente hacía lo correcto saliendo escopetada de mi país y dejando atrás todo lo que conocía. A fin de cuentas, cada día se le veía más envejecido y yo era su única familia. Pero incluso él me animó a partir; según mi padre, él ya había realizado su propio camino y yo debía encontrar el mío y comenzar a andarlo. Así que, un cinco de diciembre bajo un inmenso torrencial de lluvia, me despedí de mi padre en el portal de nuestro pisito y cogí un taxi de camino al aeropuerto.

De esa manera tan absurda comenzó mi aventura en Roma.

La Natalia que yo era tres años atrás estaba llena de vida y tenía ganas de comerse el mundo a mordiscos. Pero esas ganas se fueron disipando poco a poco hasta transformarse en lo que yo era entonces: una mujer de veintiocho años que se sentía atascada y perdida por partes iguales.

¿Y cuál era el verdadero problema?

—¡Ciao, bella!

Levanté la cabeza del follón de papeles que tenía entre mis manos y borré de un plumazo todas las preocupaciones que me carcomían interiormente.

—Hola, Gio... ¿Qué tal? —inquirí mientras le arrebatava el vaso de café que acababa de apoyar sobre mi escritorio.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Todo tuyo, claro —bromeó—. *Bene, no como tú...*

Fruncí el ceño.

¿Tan evidente era mi mal humor?

Le escruté con detenimiento mientras hacía desaparecer todo el contenido de su café en mi garganta. Giovanni sonreía de oreja a oreja con su característica picardía. Sí, mi amigo, ese morenazo de metro noventa, musculado y con sonrisa de niño travieso, había pasado la noche con alguna de sus tantas amantes. Giovanni era un auténtico rompe-corazones que, habitualmente, terminaba metido en líos de faldas con demasiada frecuencia. Tenía amigos, sí, pero todos de su mismo género y sin dos dedos de frente. Se podría decir que yo era su única confidente.

—¿Con quién has estado? —pregunté con curiosidad—. ¿La rubia?

Giovanni soltó una risita.

Lo peor de todo no era que fuera un ligón, sino que además, le encantaba serlo.

—¡No me lo digas! —exclamé, cerrándole la boca—. ¿Giulia?

Él se encogió de hombros y se dejó caer en la silla que había junto a mí.

—Has dicho que no te lo diga...

Asentí.

—Tienes razón, prefiero no ser cómplice de tus fechorías —bromeé—. Todavía guardo la esperanza de ir al cielo y sacar plaza en un palco con vistas a Zeus. Y ya sabes lo que dicen... Tan pecador es el que comete el pecado como quien lo conoce y no lo impide.

Mi amigo sacudió la cabeza en señal de negación.

—Esa mujer va a acabar conmigo...

—No, en realidad, tú acabarás con ella. Como lo haces con todas —le recriminé, procurando que mi tono de voz no sonase demasiado duro—. Al final te cansarás, le romperás el corazón y pasarás a una más tetona. Así de simple.

—No me gustan las tetonas —señaló, poniendo pucheritos de niño pequeño.

Una mueca demasiado infantil y sexy que a él le quedaba bien.

Yo solté una risotada, consciente de la verdadera razón por la que Gio y yo éramos tan buenos amigos: era una chica fuerte. Desde mi adolescencia había procurado rehuir a los hombres de su calaña y mi radar anti-cabrones se había desarrollado correctamente. De manera que, a esas alturas, era capaz de prevenirlos y esquivarlos sin sufrir estragos por el camino.

—Cierto —dije, señalando mi delantera—, por eso nos llevamos tan bien.

Era mentira, claro.

A Giovanni le gustaban todas: sin excepciones. Y yo no era la excepción que confirmaba la regla, sino más bien, la única que se había resistido a su sonrisa de infarto y a sus miraditas. Después de un par de intentonas, Gio había terminado dándose cuenta de que en mí podía encontrar una muy buena amiga y supo aprovecharse de ello. Después de varios años había empezado a verme como un “colega” más. O mejor dicho como a una hermana pequeña.

—¡Ay, mi Natalina...!

Le propiné un fuerte codazo para que dejase de soñar despierto y le pasé la montaña de papeles que teníamos que repasar.

Ambos trabajábamos juntos en una galería de arte y en aquella época del año estábamos de trabajo hasta arriba. Pronto tendríamos una exposición de fotografía y el dueño de la galería había delegado la organización en nosotros. El catering del lunch, la distribución de las obras, el vídeo de presentación, la decoración, carteles de promoción, diseño de *flayers*, etc. *Pasábamos de diseñadores de interiores a especialistas en marketing en un santiamén.*

Lo bueno de todo aquello era que tan solamente me quedaba una semana de duro trabajo y, después, tendría mis merecidas vacaciones. Sí, lo ideal hubiera sido cogerlas en verano... Pero durante los tres meses estrella —es decir, junio, julio y agosto— Roma se llenaba de turistas y Piero, nuestro jefe, necesitaba a todo el personal en acción.

—¿Te encargas de llamar al obrador? —pregunté mientras garabateaba en mi agenda el número de teléfono de los artistas que participarían en la expo.

Giovanni asintió.

Tenía que admitir que mi amigo-hermano-gigoló era muy responsable con su trabajo. A veces, quizás, demasiado. Piero no se merecía unos empleados tan buenos como nosotros si tenías en cuenta el patético sueldo con el que nos

retribuía a final de mes. En alguna que otra ocasión me había planteado cambiar de trabajo, pero al final terminaba entrando en razón y me olvidaba del asunto. Tenía un puesto de trabajo fijo y libraba todos los domingos y los lunes; tampoco estaba tan mal, ¿verdad?

Las razones por las que Giovanni no se marchaba eran bien distintas. Él vivía justo encima de la galería y si le preguntabas al respecto, admitía que la comodidad le pesaba demasiado.

—Échales un vistazo, Natalina —me dijo Gio deslizando por el escritorio su teléfono móvil.

Lo cogí y observé las fotografías, repasándolas con detenimiento una por una.

—Son buenas... Muy buenas —admití impresionada.

Una de ellas, la última, era una verdadera obra de arte.

Había fotografiado a una mujer colgando la ropa en el tendedero de la ventana. La fotografía era en blanco y negro, pero los contrastes y la iluminación natural del momento eran una auténtica pasada. Giovanni había sido capaz de captar un acto cotidiano del día a día y transformarlo en una verdadera joya artística.

—¿Lo crees de verdad?

Asentí aún con la vista fija en ella.

Sentí lástima por mi amigo y porque todo aquel talento se estuviera desperdiciando mientras exhibíamos a otros artistas a los que Giovanni era capaz de darles mil vueltas.

—De verdad, Gio. ¿Por qué no hablas con Piero?

—Ya me dijo que no, así que no voy a insistir... —explicó con el tono un tanto afligido antes de dar una fuerte palmada y regresar a la realidad—. ¡Venga, *andiamo!* ¡Hay mucho trabajo por delante!

Giovanni no era esa clase de tíos que perdían el tiempo compadeciéndose de sí mismos.

2

Nueva York

Vera

Me desperté temprano y sentí el calor que Jayden desprendía a mi lado.

Escuchaba sus leves ronquidos y su profunda respiración, así que supuse que aún continuaba durmiendo. Me revolví en la cama, incómoda, esperando que mis movimientos lograsen despertarlo.

El reloj-despertador de la mesilla me indicaba que eran las seis y cuarto de la mañana, lo que significaba que aún faltaban tres cuartos de hora para que comenzase a sonar.

Me di la vuelta y pasé un brazo por encima de su torso, pegándome a su cuerpo mientras rezaba porque aquel repentino contacto le avivase. Le besé en la nuca y fui recorriendo su espalda con un breve reguero de húmedos besos. Mi cabeza, para aquellas alturas, ya comenzaba a desvariar. No sabía cómo se desarrollarían los hechos, pero tenía muy claro lo que deseaba: que Jayden se diera la vuelta para besarme de forma apasionada mientras nuestras piernas se enredaban bajo las sábanas, que me arrancase de forma desesperada el camisón para poder lamerme los pezones..., y quizás saborearme en mayor profundidad. ¡Dios! Quizás estuviera un poco desesperada, pero es que había llegado un punto en el que ni siquiera recordaba la última vez que habíamos hecho el amor.

—¿Qué estás haciendo, Vera? —murmuró aún con los ojos cerrados—. Déjame dormir, anda. Estoy agotado.

“Estoy agotado” era su excusa habitual.

De forma automática, me aparté de él. Le di la espalda y dejé que un muro invisible separase nuestros cuerpos. El reloj me marcaba que eran las seis y diecinueve. Apreté los párpados para que la oscuridad me envolviese, pero era consciente de que no volvería a conciliar el sueño.

Tenía ganas de llorar.

“No seas tonta”, me dije a mí misma.

Pero supongo que no había consuelo. Tenía esa extraña sensación de que mi matrimonio, poco a poco, se iba a pique. Me repetía una y otra vez que tan solamente se trataba de una mala racha y que, con el tiempo, todo volvería a normalizarse. Pero mi marido, prácticamente, se había convertido en un desconocido para mí.

Salí de la cama a hurtadillas con el rostro empapado de lágrimas silenciosas y me dirigí a la ducha. Dejé que el agua caliente arrastrase consigo las malas vibraciones y, quince minutos después, me fui a desayunar en soledad. Escuché el despertador resonando en la habitación; eran las siete de la mañana. Jayden se despertaría, se daría una ducha rápida, se vestiría y se marcharía de casa después de dedicarme un breve “hasta luego”. Como cada mañana; ni más, ni menos.

Apreté la taza entre mis manos y me asomé a la ventana con la intención de distraerme. En Cold Spring no amanecía hasta, al menos, las ocho o las nueve. Aún faltaban un par de horas para que la vida comenzara a intuirse y los comercios levantasen sus persianas, así que las calles estaban tranquilas y en el vecindario se respiraba paz. El único sonido que perturbaba el ambiente era el cantar de los pájaros que vivían en nuestro árbol del jardín.

—¡Buenos días! —saludó Jayden, asomándose a la cocina.

Para aquellas horas ya estaba vestido y casi preparado para salir pitando de casa.

Me di la vuelta y le sonreí procurando aparentar cierta naturalidad. Él dio un paso hacia mí y, por un segundo, tuve la sensación de que iba a acercarse a darme un beso. En lugar de hacerlo, se detuvo frente a la nevera para inspeccionar su contenido.

—No queda zumo —me indicó—. ¿Irás a hacer la compra?

—Hoy tengo trabajo —mentí.

Hacía dos días que había entregado el último artículo para la revista, así que en realidad no tenía ninguna prisa. El problema era que en un pueblo de menos de dos mil habitantes todo el mundo conocía los trapos sucios de sus vecinos y hacer de tripas corazón —u ojos que no ven corazón que no siente— cuando la peluquera chismorreaba sobre las infidelidades de tu esposo resultaba bastante duro de sobrellevar. Desde hacía cinco meses Jayden tenía una nueva compañera con la que pasaba todas esas horas del día que un hombre debería dedicar a su mujer. En el descanso del mediodía comían

juntos y compartían la inmensa mayoría de horas extras que metían en el estudio. Según él, no eran más que compañeros. Sabía que en Cold Spring a la gente le gustaba tener alguna comidilla con la que cotillear y que, si no la había, terminaban inventándosela.

Jayden me decía que no debía hacer caso a los rumores absurdos y que tenía que tener más confianza en mí misma y, sobre todo, en él. Al principio su explicación me pareció de lo más lógica, pero poco a poco mis fuerzas iban mermando y ya no sabía qué pensar.

¿Dónde habían quedado nuestras largas charlas? ¿Nuestras confidencias? ¿Nuestras caricias? En realidad, la pregunta correcta era: ¿todavía quedaba algo?

A veces me planteaba hacer las maletas y desaparecer del mapa, pero una parte de mí sabía que jamás podría llevar a cabo dicho plan. Amaba a Jayden. Estaba plenamente enamorada de él y sabía que marcharme significaba dejar atrás mi corazón. Sonaba cursi, sí, pero era la verdad más absoluta de mi vida. Además, aún conservaba la esperanza de que la situación pudiera mejorar.

—Me marcho —anunció a modo de despedida—. ¡Hasta luego!

Escuché el sonoro portazo de la puerta antes de que yo pudiera responder.

Ahí tenía mi “hasta luego” diario...

Me arrastré con mi chándal de andar por casa hasta el sofá y me dejé caer en él, desganada. Me dio rabia no tener demasiado trabajo porque, la verdad, escribir era una manera de mantenerme ocupada y no pensar demasiado en mi situación actual.

Pensé que quizás era una buena idea comenzar aquella novela que tanto tiempo llevaba rondando en mi cabeza. O empezar a pintar. Cualquiera cosa que mantuviera mi mente activa y desbordante de creatividad sería apta a modo de terapia.

Un rato después continuaba en el sofá tirada sin hacer nada mientras la imagen de Jayden con su nueva compañera sacudía dolorosamente mis pensamientos. ¡Dios! Es que la chica, además, era guapísima. ¿Cómo no iba a sentirse tentado si ella le provocaba? Lo peor de todo es que los rumores en el pueblo no hablaban de que ella fuera una calentabraguetas, sino de lo mujeriego que eran Jayden Smith.

Decidí que había llegado la hora de ponerme en marcha y dejar de auto-torturarme. Encendí el ordenador y cogí el teléfono móvil para llamar a Emma

mientras el fondo de pantalla se cargaba y los iconos iban apareciendo uno detrás de otro.

—¿Hola? —contestó con la voz cargada de histeria.

—Iba a preguntarte “qué tal”, pero ya puedo imaginármelo —bromeé.

Escuchaba los gritos de los niños a través del auricular y pude imaginarme la escena. Mi cuñada dando de comer a la más pequeña mientras el mayor tiraba al suelo sus cereales.

—Por muy buena imaginación que tengas, no. No creo que llegues a imaginártelo —me dijo con una carcajada—. ¿Qué ocurre?

—Mmmm... —murmuré, pensativa, sin saber muy bien qué decirle.

Emma estaba al tanto de los rumores que se decían en el pueblo y ella también tachaba de tonterías las historias sobre Jayden y su nueva compañera.

—No me digas que vuelves a estar de nuevo con el mismo cuento... —me regañó con el mismo tono que solía emplear con sus hijos. Escuché a Jacob gritar y la niña empezó a llorar—. Mira, ¿por qué no tomamos un café y hablamos?

Me mordí las uñas intentando buscar una excusa, pero la verdad es que no se me ocurría nada. Igual, incluso, me venía bien. A fin de cuentas, Emma conocía muy bien a su hermano y que ella se riera abiertamente de una posible infidelidad conseguía apaciguar mi nerviosismo.

—Vale, bien. ¿Te pasas por casa?

Mi cuñada vivía a un par de manzanas de distancia.

—Mejor nos vemos en el café del bulevar... ¿A las 10?

Suspiré.

—Bien, a las 10. Hasta luego.

—Hasta luego y... Estate bien —añadió con preocupación.

Emma no solamente era mi cuñada, sino también mi mejor amiga.

Sabía que podía confiar en ella para cualquier cosa y que si se lo pedía jamás le contaría nada su hermano. La verdad es que la relación de mi cuñada con Jayden no era demasiado estrecha, más bien lo contrario. Si en los últimos años había mejorado era gracias a mi presencia e intervención.

Estaba a punto de levantarme para ir a vestirme cuando vi que tenía un nuevo mensaje en el email. Me había escrito una chica y me preguntaba si el apartamento estaba disponible para alquilarlo la próxima semana. Después de conocer a Jayden y de casarnos, había cambiado mi pequeño apartamento en Manhattan por nuestra casa residencial en Cold Spring, aunque siempre me

había negado a venderlo. Había sido mi primera posesión de verdad y mantenerlo significaba recordarme a mí misma que si me proponía algo era capaz de cualquier cosa.

Le respondí que sí, que estaba disponible, y copié y pegué el texto en el que redactaba las condiciones del contrato de alquiler. Aunque ceder a otras personas mi pequeño rincón resultaba duro, sabía que aquella era la única manera de mantenerlo sin pagar más gastos y sin que mi marido pudiera echármelo en cara.

3

Roma

Natalia

Observé el resultado final de las tarjetas.

Gio había hecho un buen trabajo con las letras del texto, pero la imagen no terminaba de cuadrarme. Abrí el programa de edición para hacer un último intento de encuadrarla y, al hacerlo, me di cuenta de que tenía un nuevo mensaje en la bandeja de correos electrónicos.

Sonreí como una tonta, feliz.

—¿Te vas a Nueva York?

Giovanni estaba detrás de mí, fisgoneándome.

—He pensado que un cambio de aires me vendría bien para... centrarme —dije, guiñándole un ojo.

—No tendrá nada que ver con Darío, ¿no?

Darío era mi ex y la verdad era que mi repentino viaje no tenía absolutamente nada que ver con él. Habíamos cortado hacia un par de semanas y durante ese tiempo, si era sincera, no había pensado demasiado en él.

Había sido yo la responsable de romper la relación y, sinceramente, creía que mi decisión había sido la correcta. Darío ya no me... entusiasmaba como antes. La chispa se había apagado y continuar a su lado me hacía sentir que estaba perdiendo el tiempo. Era exactamente lo mismo que sentía con mi vida; que estaba perdiendo un día detrás de otro sin hacer nada interesante, sin disfrutarla.

Aquella situación me recordaba a mis años más jóvenes en Madrid, cuando aún no tenía ni idea de cómo continuaría mi siguiente episodio y si conseguiría abandonar aquel restaurante de comida rápida en el que estaba echando a perder mi preciada existencia.

—Ya sabes que no —respondí sin dejar de releer el email—. Pero

necesito un cambio, una nueva aventura... Y mis últimas vacaciones se limitaron a recorrerme la ciudad y a visitar museos en los que ya había estado en un millar de ocasiones. Necesito ver algo nuevo... En definitiva, lo dicho, cambiar de aires.

Gio me sacudió la cabeza de forma cariñosa.

—Y mientras tanto aquí estaré yo, comiéndome la exposición y trabajando por los dos.

—Deja de quejarte y ayúdame con las tarjetas.

Giovanni me miró de soslayo antes de quitarme el ratón de las manos para encuadrar la imagen él mismo.

—Tengo un amigo en Nueva York, podría llamarle si te apetece... Para que te haga de guía y te enseñe la Estatua de la Libertad.

—No seas mentiroso... Pretendes que no me meta en ningún lío y tenerme vigilada.

Él me guiñó un ojo.

—Sé una niña buena y deja que Gio cuide de ti, Natalina.

Lo medité unos instantes.

“¿Por qué no?”, pensé. El viaje solía ser más divertido si un nativo te sacaba a pasear por la ciudad, así que decidí aceptar. Además, conocía a los amigos de Giovanni y la gente con la que solía codearse no tenía ningún desperdicio. Aburrir no me aburriría, eso por descontado.

Giovanni terminó de recolocar la imagen y pulsó el botón de imprimir antes de que yo pudiera protestar.

—Como sigas retocando hasta el más mínimo detalle no terminaremos nunca —me recriminó antes de volver a ponerse en marcha y dejarme a solas con mis tareas.

Me quedé mirando fijamente las tarjetas, contándolas mientras la impresora las iba escupiendo de sus entrañas. Dos, tres..., cinco, seis... Tres años atrás, había pisado Roma con la intención de comerme el mundo, de crear algo nuevo, de conseguir muchas cosas. Y tres años después me encontraba encerrada en una galería de tres al cuarto viendo como las tarjetitas se iban imprimiendo. Desde luego, nada que ver con lo que podría haber esperado de la vida.

Miré el reloj. Eran las nueve de la noche y, después de un largo día de trabajo, me sentía agotada. Nuestro horario real de salida era a las ocho, pero Piero nos tenía explotados y aprovechaba para sacarnos hasta el último minuto

posible. Era una alimaña de verdad, de esas que te chupan la sangre si les dejas.

Apagué el ordenador y esperé a que mi compañero terminase de organizar los pedidos para salir junto a él. Solía ser costumbre que, después del trabajo, nos tomásemos la última cerveza juntos antes de regresar a nuestros hogares —o donde quisiera que fuera Gio después de despedirse de mí—.

—¿Estás cansada? —preguntó.

Me dejé caer sobre su hombro de camino al pub que había en la esquina de la calle.

—Agotada... —confesé.

Y el simple hecho de pensar en la cantidad de trabajo que aún teníamos por hacer conseguía deprimirme.

Pedimos dos cervezas y nos sentamos a charlar en la terraza de la calle. No hacía frío y la gente parecía animarse a estar en el exterior, así que el ambiente era agradable.

Charlamos un rato sobre asuntos del trabajo, pero mi amigo parecía distraído mensajeándose con alguna de las tantas chicas que metía en su cama. Le pregunté al respecto, así que sonrió con picardía y me guiñó un ojo.

—¿Una nueva?

—Algo así —confesó con una risita.

Soltó el teléfono y nos quedamos observándonos el uno al otro fijamente. Después de tantos años, hablar con Giovanni resultaba cómodo y sencillo. Con él no tenía que ocultar mis sentimientos ni aparentar un estado anímico que no tenía en realidad.

—¿Me vas a contar de una vez por todas qué es lo que te pasa, *per favore*?

Me encogí de hombros.

—En realidad no lo sé ni yo...

Y decía la verdad.

Simplemente sentía que estaba perdida y que me faltaba algo en la vida, pero no sabía la razón que me había llevado a sentirme así.

La camarera se acercó a traernos la cuenta y, antes de marcharse, le lanzó a mi amigo una miradita con segundas intenciones. Obviamente, Giovanni no perdió el tiempo y se la devolvió.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —inquirí tras darle un pequeño golpe

en el brazo—. Pero quiero la verdad absoluta.

—Por supuesto —respondió dibujando una mueca de ofensa—. Yo siempre digo la verdad.

Puse los ojos en blanco.

—¿Alguna vez te has enamorado?

Giovanni soltó una carcajada.

—Ahora mismo acabo de hacerlo —murmuró sin apartar la vista de la camarera.

Volví a golpearle en el brazo.

—¿Nunca?

Negó.

—¿Y tú?

Yo me tomé unos segundos para pensármelo.

—No —respondí—. Nunca.

Había salido con muchos chicos y algunos me habían gustado más y otros menos, pero ninguno había conseguido despertar el vuelo de las mariposas en mi estómago.

—Mejor, eso del amor es un cuento estúpido para niñas todavía más estúpidas.

¿Qué otra respuesta podía haber esperado de él?

Asentí y sin darle más importancia le pegué un largo sorbo a la cerveza en el instante en el que su teléfono móvil comenzaba a sonar con el nombre de Giulia iluminado en mitad de la pantalla.

—Creo que ella no me hubiera dado la misma respuesta que tú —señalé.

Giovanni se frotó las manos con un gesto perverso en el semblante.

—No te preocupes por mis presas, pequeña, te aseguro que las hago disfrutar muchísimo...

—Vale, vale, vale... —corté, terminándome el botellín de un trago—, creo que te dejaré a solas con tus conquistas. No necesito saber más...

Entre risotadas, me levanté de la mesa. Escuché a Giovanni descolgar el teléfono y hablar con voz sensual a la persona que estaba al otro lado del auricular mientras yo comenzaba a alejarme por la acera.

Como cada noche, la misma rutina.

Recorrí las callejuelas levemente iluminadas por la luz amarillenta de las farolas hasta alcanzar mi portal y subí las escaleras con ese maldito pensamiento de fracaso instalado en mi cabeza. Necesitaba un cambio con

urgencia o terminaría volviéndome loca.

4

Nueva York

Vera

Emma me estaba esperando con la pequeña Lis sentada sobre sus piernas. La saludé con una sonrisa y le dediqué una carantoña a la niña antes de acercarme a la barra a pedir un café y un chocolate para mi cuñada.

—¿Me vas a contar qué es lo que te preocupa tanto? —inquirió cuando regresé a la mesa.

Pero en realidad no hacía falta que respondiera.

—Las cosas no están bien, Emma —confesé haciendo un esfuerzo por dejar de lado el tema de su compañera y centrarme únicamente en nuestro matrimonio—. Ya ni siquiera discutimos, ¿sabes?

Mi cuñada sacudió la cabeza.

—Es porque estáis resentidos el uno con el otro... Tenéis que hablar de cómo os sentís y solucionar vuestros problemas.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Y él por qué está resentido conmigo?

—Por tu comportamiento —atajó. Era más que evidente que habían estado hablando sobre mí—. Prácticamente le has acusado de serte infiel. Además, las inseguridades que tienes también le están afectando a él.

“Genial”, pensé. “Mi marido se pasa el día por ahí perdido con una veinteañera y la bruja soy yo”.

—Yo no tengo inseguridades, pero... ¡Es que ni siquiera me toca, Emma!

Mi cuñada sonrió con picardía y abrió los ojos con interés.

—No te estarás refiriendo a...

—No hacemos el amor —le conté un tanto avergonzada—. Si a eso le sumas los rumores...

Pude atisbar cierta incertidumbre en el rostro de Emma, lo que provocó

que me entrase el pánico. Ella era la única persona que creía firmemente en Jayden y, si incluso ella cambiaba de parecer, entonces ya estaba perdida.

—¿Le has preguntado directamente y sin rodeos si hay algo entre la chica y él?

Negué.

—No, ¿y tú?

Emma soltó una risita.

—Pues claro.

—¿Y qué te ha dicho?

Sabía que la pregunta era absurda, pero tenía que hacérsela.

—Que es una paranoia tuya y que a las abuelas del pueblo les gusta mucho hablar. Nada más.

—¿Me ha llamado paranoica?

Emma negó.

—No, exactamente no. Solamente dice que son imaginaciones sin fundamento...

La niña, que parecía aburrída en mitad de aquella conversación de adultos, empezó a tirar bolitas de papel a discreción. Emma controló a la pequeña retirando las servilletas de su alcance.

—Sé madura, Vera. Quizás necesites alejarte un poco de mi hermano, ver las cosas con perspectiva y preocuparte por ti misma. Te aseguro que la falta de confianza también pasa mucha factura en una relación.

Por primera vez desde que todas esas dudas habían nacido, me sentí absurda. Quizás Emma tuviera razón y lo único que necesitaba era alejarme un poco para ver las cosas con mayor perspectiva. Además, odiaba Cold Spring. Siempre había odiado aquel maldito pueblo pero, por amor, había aceptado vivir en él.

—¿Por qué no te marchas unos días a tu apartamento? —propuso.

—En eso estaba pensando ahora mismo —confesé—, pero tendré que esperar. La semana que viene estará alquilado, aunque la próxima podría trasladarme y pasar allí la última quincena del mes.

Sí, la verdad es que la idea no sonaba nada mal.

—Os vendrá muy bien, ya verás.

Intenté convencerme de que mi cuñada tenía razón.

Hacía cinco años que Jayden y yo nos conocíamos y tres años desde que estábamos casados. En todo ese tiempo nunca nos habíamos separado más de

un fin de semana, y poner un poco de tierra de por medio quizás nos hacía volver a echarnos de menos el uno al otro.

—¿Tú y Tom también habéis pasado por este tipo de... crisis? — pregunté después de buscar mucho la palabra adecuada.

Lis, que ya estaba cansada de estar en brazos, saltó del regazo de su madre y echó a corretear por la cafetería.

—Claro que sí —aseguró sin apartar la mirada de su hija—, aunque tengo que decirte que desde que Lis nació vivimos en una crisis eterna... — admitió con un suspiro de abatimiento.

—¿Y tampoco...?

—¿Tampoco qué?

Hablar de sexo con otras personas me causaba pudor. Ni siquiera con Emma conseguía relajarme y hablar abiertamente, y eso que mi amiga y yo no nos guardábamos demasiados secretos.

—¿Tampoco os acostáis?

Emma soltó una carcajada.

—Sí, eso sí —confesó—. No importa qué tipo de crisis tengamos que a Tom le apetece tooooooodas las noches —me explicó poniendo los ojos en blanco—. Es un pesado. Si tuviera que cuidar de los niños, preparar las comidas y dedicarse a la casa no llegaría a la cama con tanta energía.

Abrí los ojos de par en par, impresionada.

—¿Todas las noches?

Me costaba creer algo así.

—To-das las noches —repetió, enfatizando bien—. Si Tom estuviera siéndome infiel yo le pillaría muy fácil... Si dos noches seguidas no intentase meterme la mano debajo de las bragas, me pondría a buscar a la amante por los armarios de casa.

Sopesé aquella nueva información con horror.

—Nosotros llevamos... meses.

Era la primera vez que se lo contaba a alguien.

—¿Meses? ¡Uf! —exclamó, sin saber muy bien qué decir para calmarme—. Mira, Vera, si tan preocupada estás... ¿Por qué no te pasas por la clínica y ves con tus propios ojos qué hay entre la chica y mi hermano?

Estaba claro que, después de mi confesión, Emma ya no defendía a Jayden a capa y espada como antes. Sí, había pensado en mil ocasiones pasarme por la clínica, pero al final nunca lo hacía. Descubrir la realidad me

aterraba demasiado y, para ser sinceros, no me sentía preparada para un divorcio.

—No lo sé...

Emma se levantó de la mesa y corrió detrás de la niña pequeña hasta atraparla entre sus brazos. Volvió a sentarse a mi lado y removi6 el chocolate —que a esas alturas ya estaba congelado— antes de darle un sorbo.

—No voy a poner la mano en el fuego por mi hermano, Vera, pero sí voy a decirte que en esta situación hay más de un culpable.

—¿Te refieres a “la otra”?

Emma sacudió la cabeza.

—Me refiero a ti —sentenció a pesar de mi mueca de indignación—. Vamos a ver, lleváis tiempo casados y le has estado dando largas para tener niños...

—Me da miedo que la maternidad afecte a mi carrera literaria, Emma —le expliqué, aunque eso ella ya lo sabía muy bien.

—El problema es que él no ha llevado nada bien ese asunto, pero a ti te ha dado igual porque tenías tus prioridades. Y después, cuando las viejas empezaron con los rumores y los chimes —continuó—, dejaste de hablarle y te transformaste en una autista.

—Eso tampoco es verdad —me defendí con la boca pequeña.

Emma sacudió la mano para hacerme callar.

—No sé si te estará engañando o no, Vera, no voy a mentirte —admitió, colocando una mano sobre mi brazo como muestra de apoyo—, pero lo que sí sé es que deberías ir a comprobarlo y a hablar con él.

Agaché la cabeza y acepté.

No me sentía con fuerzas pero, en efecto, Emma tenía razón: debía enfrentarme a la realidad y ponerle una solución al problema antes de que se agravase más.

5

Roma

Natalia

El despertador sonó a las cuatro y media de la mañana. Lo apagué de un manotazo y me revolví entre las sábanas, deseosa de alargar aquel instante lo máximo posible. Estaba muerta de sueño. Al final, consciente de que estaba desperdiciando un tiempo valioso que no podría recuperar, salí de la cama y me preparé un café doble manchado de leche. Mi desayuno habitual solía estar compuesto por un vaso de zumo de naranja, café doble, cinco galletas y yogurt.

Pero a esas horas tan tempranas mi estómago no consiguió digerir más de dos galletas y el café.

Levanté la persiana, me di una ducha rápida y, sin secarme el pelo, me arrastré hasta el armario para vestirme unos vaqueros y una blusa cómoda. “Perfecta para viajar”, pensé.

Me miré al espejo para comprobar mi estado general; no estaba mal. El pelo mojado no tardaría demasiado en secarse y tenía la suerte de que mis rizos morenos naturales nunca se encrespaban ni quedaban mal.

Metí el cargador del móvil junto a mi cepillo de dientes en el bolso y lo dejé en la entrada, junto a la maleta. Repasé el estado general de mi apartamento y después apagué las luces, cerré las ventanas y me marché de allí. Todavía tenía un largo día por delante, pero si todo salía como esperaba, a las seis de la tarde esperaba encontrarme subida en un avión rumbo a Nueva York. Las expectativas que había puesto en aquel viaje eran muy altas; tenía el presentimiento de que iba a cambiar mi vida para siempre. ¿Intuición o estupidez? Pronto lo descubriría. Aunque una cosa tenía por segura; los ahorros de aquellos últimos tres años se habían esfumado para no volver.

—*Buengiorno, Natalina —me saludó Gio, que esperaba paciente apoyado contra la cristalera de mi portal.*

Le eché un vistazo general; tenía mala cara y ojeras, aunque aún así el

muy cabrón estaba tan guapo como siempre. Vestía unos vaqueros desgastados con deportivas y se dejaba entrever una camiseta beige debajo de un jersey marinero de cuello en pico.

—Buenos días, Gio... —saludé con la voz ronca y adormecida—. ¿Has dormido bien? —bromeé.

Eran las primeras palabras que decía en voz alta desde que me había despertado y, para ser sincera, parecía que me había fugado de la ultratumba.

—¿Dormir? —se rió—. He estado entretenido, digamos... Lo de dormir lo he dejado para ti, *bella*.

Giovanni era un caso perdido. No tenía remedio.

Me quitó la maleta de las manos y, a modo de saludo, me sacudió el cabello mojado. Sonreí y anduve a su lado en silencio, soñando con tomarme otro café doble en cuanto llegásemos a la galería.

—¿Tienes ganas? —me preguntó señalando la maleta—. Ya sabes, cambiar de aires, aventuras nuevas... Renovar las pilas.

Estaba entusiasmada, sí, pero estaba intentando no pensar demasiado en ello hasta que en el trabajo todo quedase solucionado.

—Creo que será genial —confesé con una sonrisa.

—¿Llamarás a mi amigo? —preguntó, tendiéndome un papel doblado en dos partes.

Lo desdoblé y leí su contenido. Se llamaba Ted y bajo su nombre Giovanni me había escrito una dirección y un número de teléfono. De pronto, me sentí como una niña pequeña a la que sus padres cuelgan al cuello un cartelito con el teléfono y una dirección antes de que salga de excursión. Parecía, más bien, un contacto de emergencia. Sonreí como una estúpida y pensé que, en aquellos instantes, lo único que me ataba a Roma era Giovanni. Y sí, Italia me encantaba: su historia, su cultura, su arte, su arquitectura, la comida, la gente... Pero si Giovanni no hubiera tropezado conmigo al final habría terminado sintiéndome sola y regresando a España. O al menos, eso creo. Supongo que nunca lo sabré.

—Supongo que sí, le llamaré... —comencé, pero de pronto me quedé paralizada.

¿Por qué había una chica de morros frente a la puerta de la galería?

Observé a mi amigo y su rostro descompuesto me indicó que la visita le correspondía a él. Ahogué una risita cuando vi la cara de pocos amigos que tenía la chica y supuse que, una vez más, Giovanni se había metido en algún

lío de faldas.

—*Buengiorno, María —saludó Gio con una gran sonrisa.*

Estaba intentando aparentar normalidad, supongo.

—¡Sucio embustero! —exclamó ella, golpeando a mi compañero en el pecho con los puños cerrados—. ¡Sucio embustero! ¡Canalla!

“¿En qué lío se habrá metido en esta ocasión?”, pensé divertida, haciéndome a un lado de la escena para que ninguna bala perdida pudiera alcanzarme.

—¡Pero qué te pasa, María!

—¡Me dijiste que me llamarías, mentiroso! ¡Eres un mentiroso y un hipócrita!

La cosa se ponía divertida...

Para no parecer una cotilla, saqué las llaves y fingí que abría la puerta; aunque la verdad es que me lo tomé con mucha calma. Ver cómo el gigoló de mi amigo se llevaba una buena tunda estaba resultando la mar de entretenido. Más aún a esas horas tan tempranas. ¿Cuánto tiempo llevaría la mujer esperando en la puerta? ¿Horas? ¿La noche entera?

—¡No te llamé porque estuve ocupado, María! ¡Créeme!

Solté una carcajada ante su comentario y Giovanni me lanzó una mirada asesina.

—¡¿Ocupado?! —gritó la mujer con indignación—. ¡Has estado ocupado con mi hermana, bastardo!

Giovanni, asustado, apartó a la chica de golpe y corrió en mi dirección. Yo aún estaba peleándome con la puerta, pero mi amigo me quitó las llaves y se apresuró a abrirla para resguardarse en el interior de la galería.

—¡*Stronzo! ¡Porco!*

Gio se apresuró a echar el cierre por dentro y, espantado, dio un paso atrás alejándose de la puerta. Solté una tremenda risotada, incapaz de contenerme.

—¿Te hace gracia? —me preguntó mientras los gritos de la tal María aún resonaban de fondo.

—Te lo tienes bien merecido —aseguré, deshaciéndome del bolso para encender los interruptores y las luces.

—¡*Figlio di troia! ¡Porco!*

Miré el reloj; tan solamente eran las cinco y media de la mañana. Supuse que si la mujer no se marchaba más pronto que tarde, algún vecino cansado de

no poder dormir por los gritos terminaría llamando a la policía para espantarla.

Corrí las persianas para que María no pudiera vernos desde el exterior. Quizás, de esa manera, terminaría cansándose de insultar a una puerta y se marcharía sin armar más jaleo del causado.

Después regresé al almacén y cargué con las cajas de la presentación para subirlas al exterior. Era mi último día, sí, pero antes de marcharme tenía que dejar las obras a exponer colgadas, la decoración lista y debía colocar los carteles de la expo. Terminaría agotada.

—¿No vas a ayudarme?

Giovanni continuaba observando la puerta de salida con el rostro descompuesto.

—¿Crees que tardará mucho en marcharse?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero tengo la sensación de que ésta no será la última visita que te haga...

Giovanni se pasó la mano por el cabello y frunció el ceño. Parecía horrorizado.

Al final, decidió que lo mejor era fingir que no existía y ponerse manos a la obra.

Un par de horas después habíamos conseguido actualizar todas las obras que se exponían y habíamos puesto la decoración conforme a la temática de la exposición. Faltaban muy pocos días para que los artistas inaugurasen la expo y dieran comienzo al evento, así que todo debía quedar perfectamente atado. Giovanni no decía nada, pero yo sabía que aquella era una buena oportunidad para él si sabía jugar bien sus cartas; cosa que nunca hacía. No entendía cómo podía tener tantísima caradura con las mujeres y ser tan inocente en los negocios. Gio tenía un talento innato que año tras año se estaba desperdiciando tras un escritorio y montañas de papeleo.

—Arriba sobra un hueco más —dije con una sonrisa mientras me imaginaba la fotografía de la mujer colgando la ropa allí expuesta.

—Piero me lo ha dejado claro —comentó—, esta galería no expone a aficionados.

Gruñí y le di un codazo.

—Piero es un cabezón y si insistieses un poco más...

—No tengo que insistir, Natalina —murmuró mi amigo—, el arte es muy

subjetivo. No le gusta mi fotografía y la galería es suya.

—Si yo tuviera mi galería tú serías uno de mis artistas fijos —aseguré, dejándome caer junto a él en una silla.

Estaba abatida.

Habíamos trabajado duramente y sentía mis articulaciones resentidas y mis músculos cansados y flojos. El lado bueno es que aprovecharía hasta el último minuto que pasase en el avión para dormitar y recargar fuerzas, así también evitaría sufrir el famoso *jet lag*.

—¿Qué te parece si dejamos de pensar en tonterías y te acerco al aeropuerto, *bella*? —preguntó, guiñándome un ojo.

Sonreí de oreja a oreja.

Faltaba muy poco para que mi aventura recibiera el pistolazo de salida.

6

Nueva York

Vera

Paseé hasta la clínica de Jayden y me quedé en la puerta varios minutos mientras esperaba a que mi descompensada respiración se relajase y volviera adquirir un ritmo normal.

Cuanto más lo pensaba, más razón tenía Emma; ambos habíamos contribuido a que nuestra relación se fuera resintiendo poco a poco y de nada servía intentar cargar con la culpa a una sola parte. Yo había aceptado mudarme a Cold Spring cuando, muy en el fondo, haber dejado la ciudad me martirizaba. Echaba de menos la cultura, la vida, la gente, las luces y el bullicio de cada mañana al despertar. Además, estaba el problema de la familia. Jayden y yo éramos completamente opuestos en ese sentido. Él quería tener tres hijos y vivir en la casita que heredó de sus padres, trabajar a dos minutos caminando desde su casa y cambiar el coche por una bicicleta (o un tándem). Yo añoraba vivir en mi pequeño pisito en el centro de Manhattan, coger el metro todas las mañanas, ir al teatro, al cine o simplemente pasear por Central Park. Esperaba no tener hijos en los próximos años y poder dedicar mis energías a mi carrera literaria —ésta que se estaba yendo a pique desde que me había mudado a Cold Spring—. No me iba nada mal, pero las fiestas y los eventos que solía frecuentar en Manhattan no tenían cabida en un pueblucho como éste.

Pasé al interior con un nudo en el estómago, temerosa de lo que pudiera encontrar.

—Hola, Norma —saludé a la recepcionista—. ¿Qué tal todo?

La mujer abandonó la recepción con una enorme sonrisa para poder saludarme.

—¡Vera! —exclamó.

No solía pasar mucho tiempo en la clínica pero sabía que Jayden la llamaba de vez en cuando para que echase una mano en recepción. Norma era una mujer de cincuenta y cinco años que, por circunstancias de la vida, había enviudado demasiado joven. Era un amor de persona y uno solamente podía quererla y adorarla con un simple primer vistazo.

—¿Cómo estás? —pregunté mientras tanteaba mi entorno.

La clínica parecía estar tranquila pero... ¿Si no había trabajo, por qué estaba Norma ahí?

—Bien, bien, todo bien... —aseguró.

De pronto, Norma se tornó un poco más seria. No pasé por alto que parecía algo incómoda.

—¿Qué ocurre? —pregunté—, ¿dónde está mi marido?

Ella sonrió, pero el gesto no terminó de convencerme.

—Acaba de salir a tomar un café con Ivy. No tardarán mucho en regresar... ¿Quieres que le llame al móvil?

Sacudí la cabeza en señal de negación.

—Esperaré.

Me senté en una de las sillas de la salita con los nervios a flor de piel. Claro, en casa no desayunaba, pero cuando llegaba a la clínica se marchaba con ella. Con Ivy. También comía con ella y, además, últimamente cada vez llegaba más tarde a casa. ¿Cómo no iban a cuchichear las señoras del pueblo si le veían pasearse más con su empleada que con su mujer? ¿Acaso no era normal que se formasen falsas opiniones? Volví a plantearme la opción de desaparecer la última quincena del mes. Lo iba considerando con mayor seriedad según pasaban los minutos y veía que allí no regresaba nadie.

Al final, hastiada de esperar, decidí que ya había visto todo lo necesario y que no necesitaba perder más el tiempo. Sí, aquello había sido suficiente para arrancarme la venda de los ojos. Me levanté de la silla y me acerqué hasta Norma para despedirme de ella.

—¿Te marchas? —me preguntó, dubitativa.

—No puedo esperar más, pero dile a Jayden que he estado aquí.

—Lo haré —aseguró—. Cuídate mucho, Vera.

Salí de la clínica con un nudo en el estómago y sintiéndome realmente mal. Haber ido hasta la clínica tan solamente había servido para que mis temores aumentasen, nuevamente, sin ningún fundamento.

Anduve por el paseo unos cinco minutos cuando, de pronto, la risa de

Jayden llegó a mis oídos. Él y la chica caminaban hacia mí sin ser conscientes de que nos íbamos a cruzar. Se me congeló la sangre al mirarlos. Caminaban muy cerca, como dos amigos —o dos amantes— que disfrutaban de un buen rato, charlando y riendo a pleno pulmón. ¿Hacía cuánto tiempo que mi marido no se reía de aquella manera conmigo? ¿Hacía cuánto tiempo no disfrutaba yo de su compañía?

Me quedé inmóvil, incapaz de dar un paso más, hasta que Jayden se percató de mi presencia. Nada más verme su rostro se tornó serio y pensativo. Nos separaban tan solamente unos metros de distancia, pero no fui capaz de escuchar lo que le susurró a la chica que lo acompañaba. “Así que ésa es Ivy”, pensé. Aquella era la chica que tantos rumores y cotilleos había levantado entre la gente. Tuve que admitir que era guapa y bastante más joven que yo, sí. Pero unos meses atrás la confianza que tenía en mí misma no me hubiera permitido sentir celos de ella. En aquellos instantes, claro, otro gallo cantaba. Ella pasó de largo, sin saludarme, y Jayden se detuvo para encontrarse conmigo.

Con un nudo en la garganta y haciendo de tripas corazón, sonreí.

—Hola —saludé.

—¿Qué haces aquí? —atajó él con el ceño fruncido—. ¿No se suponía que tenías mucho trabajo?

De pronto, me sentí atacada y no supe qué responder. Parpadeé, confusa, mirándole fijamente.

—Llevo esperándote más de una hora —le dije a modo de respuesta—, ¿y eso es lo primero que se te ocurre preguntar?

No pude contener una risita irónica al pensar que, con esa breve conversación, ya estaba todo dicho.

—Mira, Vera, no creo que abordarme en el trabajo sea la manera de...

—Déjalo —le corté—. Tienes razón, no tenía que haber venido.

Y para mi sorpresa, lo único que sentí mientras me alejaba de él fue una inmensa rabia hacia mí misma. ¿Qué había sido de aquella mujer con carácter que tiempo atrás fui? Caminaba apretando los puños y la mandíbula y ni siquiera me pregunté, ni una sola vez, si me había dado la impresión de que aquellos rumores fueran ciertos o no. Descubrí mientras me alejaba que estaba cansada de luchar por alguien que no parecía tener fuerzas para dedicarme a mí.

Llegué a casa y tiré el bolso sobre el sofá. Sentí deseos de echarme a

llorar de nuevo; pero no. No iba a continuar perdiendo el tiempo de aquel modo, arrastrándome como un alma en pena sin saber a dónde ir. “¿Qué hubiera hecho la Vera de antaño?”, me pregunté. La respuesta era tan sencilla como complicada: llamar a algunas amigas, salir a tomar algo a un pub de moda, visitar algún museo, ponerse unos tacones y acudir a la presentación de alguna nueva obra literaria... Cualquiera de esas cosas hubiera servido para distraerme, pero el maldito problema era que en Cold Spring uno se sentía secuestrado de la sociedad moderna y que la única amiga que me quedaba era Emma.

Ni siquiera podía huir a mi antiguo apartamento para desconectar, pero...

Una idea fugaz cruzó por mi mente y me apresuré hasta la mesa del ordenador. Encendí el trasto con un remolino de nervios formándose en mi estómago y revisé el correo electrónico. La chica que me alquilaba el piso solicitaba la última información y me preguntaba respecto al método de pago. Sonreí y me froté las manos. Inquieta, me acerqué hasta la cocina, acerqué una silla hasta la zona de los armarios y me subí sobre ella para llegar al más alto. Saqué una de las antiguas cazuelas y, de su interior, cogí el paquete de tabaco que tenía escondido. Jayden, que era dentista, odiaba tener a una fumadora en casa y me había obligado a dejarlo; pero yo siempre tenía un paquete escondido para casos de emergencia extrema. Y sí, aquella crisis se merecía que la antigua Vera resurgiera de sus cenizas para hacer lo que le diera la real gana.

Encendí el Lucky Strike y aspiré una larga y áspera calada que me raspó la garganta. Inundé con el humo mis pulmones y lo disfruté como nunca antes lo había hecho mientras le respondía a mi nueva inquilina a su último email.

“¿Podríamos hablar por teléfono? Me gustaría proponerte un intercambio de viviendas”.

Abrí el calendario del ordenador y comprobé las fechas. Sí, quizás fuera un tanto precipitado hacer las maletas y salir corriendo de casa pero... ¿Tenía algo que perder?

Nueva York

Natalia

Mi viaje no comenzó, precisamente, como yo esperaba. Después de un trayecto muy largo y de tantísimas horas sentada en un avión, me arrojaron en mitad de una ciudad frenética, con miles de vehículos, taxis malhumorados que hacían sonar sus cláxones y de gente apabullada que parecía ir con prisa, acelerada y sin mirar a su alrededor.

Alcé la vista hacia el alto de los edificios y me planté en mitad de la calle. Parecía que el tiempo se había parado única y exclusivamente para mí. Tenía la sensación de estar fuera de lugar, como si la ciudad supiera que yo no pertenecía a aquel bullicio habitual. Me sentí extraña y muy agobiada y, por unos instantes, estuve tentada de sacar el papel que Gio me había dado y de llamar a su amigo para pedirle ayuda. Pero llamar al tal Ted nada más poner un pie en el suelo significaba casi lo mismo que rendirme antes de la batalla, así que cambié de idea y saqué el mapa.

Lo extendí frente a mis narices, pero la presión por interpretar todas aquellas avenidas y de orientarme fue excesiva y casi me eché a llorar allí mismo. “Respira hondo, Natalia”, me dije, preguntándome a mí misma qué diablos había pasado con aquella chica aventurera que necesitaba explorar, viajar y conocer mundo para ser feliz. Después de tres años sin salir de Roma casi me sentía como una pueblerina a la que habían desorientado y soltado en mitad de la ciudad. Bueno, y en realidad, así era.

Doblé el mapa y lo guardé junto al papel que Gio me había dado. Podía apañármelas sola, claro que sí. Lo único que necesitaba era encontrar mi apartamento, descansar un poco y recargar pilas para enfrentarme al día siguiente.

Anduve entre los agobiados transeúntes mientras mi mente hacía capturas mentales de todo aquello que iba cruzándome al pasar hasta que mi teléfono móvil comenzó a vibrar en el interior de mi bolsillo. Lo había encendido nada

más aterrizar el avión por si Giovanni tenía alguna emergencia y necesitaba localizarme, pero dudaba que fuera él. Si en Nueva York lo relojes marcaban las cuatro de la tarde, significaba que en Italia eran las diez de la noche. Bueno, quizás sí fuera él. Podía ser que la tal María lo hubiera localizado y estuviera persiguiéndole con un cuchillo en plan psicópata —aunque en ese caso llamar a la policía hubiera sido mucho más inteligente por su parte—. Conseguí dar con el maldito teléfono —se había escondido en el fondo del bolso, debajo de todos los cachivaches—, pero no reconocí el número.

—¿Hola? —respondí, gritando para que mi interlocutor pudiera escucharme por encima del ajetreo.

—¡Hola, Natalina! —saludó una voz desconocida al otro lado.

Sólo había una persona en este mundo que se dirigiera a mí como Natalina; Giovanni. Y como el chico que tenía al otro lado no era él, no quedó más que una opción posible.

—¿Ted?

—Sí, soy Ted. El amigo de Giovanni —saludó con voz agradable—. ¿Qué tal estás? ¿Ya has aterrizado?

Sonreí como una tonta mientras me imaginaba a Gio pidiéndole a su amigo que “evitara que me metiese en ningún lío”. Podía imaginarlo como si le hubiera escuchado yo misma decírselo.

—Sí, así es... —murmuré mientras echaba a correr en dirección a una boca del metro que había fichado no muy lejos de donde me encontraba—. Voy de camino al apartamento...

—¡Genial! ¿Te apetece si nos vemos en un rato?

Me quedé en silencio unos instantes, sopesándolo.

Pensé que, si compartía con un desconocido la experiencia, quizás no resultaría tan cautivadora como en solitario.

—¿Natalina? ¿Te recojo en una hora o dos? —insistió.

Aunque algunas veces las mejores experiencias resultaban ser las que se podían compartir con alguien más.

—¿Sabes dónde está mi apartamento?

—¡Claro! ¡Te veo en un rato!

“¡Gio!”, pensé, convencida de que a esas alturas aquel chico ya debía tener hasta una fotografía mía.

Colgué la llamada y, haciendo un esfuerzo por animarme a pesar del cansancio extremo que estaba experimentando, me acerqué a los cajeros para

sacar la *Metrocard* que se convertiría en mi mejor amiga durante los próximos días.

Solamente debía realizar un pequeño sacrificio hasta llegar a Manhattan y después podría darme una ducha y descansar un cuarto de hora antes de que Ted me recogiera en el apartamento. Necesitaba sentir el agua caliente corriendo por mis piernas y quitarme esos malditos zapatos que estaban haciendo que mis pies se hinchasen como globos.

No había planificado ni un solo día de aquella semana. Aunque mi arrendadora se había molestado en enviarme por email un sinfín de panfletos turísticos, yo había decidido ignorarlos y disfrutar de la experiencia según fuera surgiendo. Si una cosa me apasionaba era que estaba pisando la mayor casa de museos que existía en el mundo. Sonreí y me senté en uno de los vagones menos ajetreados; tenía que cambiar el chip y disfrutar de aquella experiencia tan única.

8

Vera

Roma

Cuando me bajé del avión sentí un cosquilleo recorriendo mis piernas. Hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan... viva. Sí, viva. Estaba repleta de energía y por fin había dejado de preocuparme por Jayden y la veinteañera de su compañera. Estaba centrada en mí. Suspiré hondo mientras esperaba que la cinta de maletas me devolviera mi *Samsonite de mano* y me dije a mí misma que de aquel viaje anti-crisis tenía que sacar la novela de mi vida. *¿Por qué no? ¿Qué perdía por intentarlo? Siempre estaba poniéndome trabas a mí misma y sacando excusas de donde no había. Y cuando no lo hacía yo, lo hacía Jayden.*

Según él, lo primero y más importante de todo era la columna... porque de ella vivíamos y pagábamos las facturas. Hasta ahí estaba totalmente de acuerdo con él pero, claro, uno debía plantearse cómo nació esa columna. ¿Fue un golpe de suerte? Quizás. Seguramente sí. Lo único que tengo claro es que aquellos primeros artículos, antes de que ninguna revista ni periódico se interesara por ellos, nacieron para contar cómo era mi vida en la Manhattan más cosmopolita y fueron publicados en un triste blog que no llegaba a las veinte visitas diarias. Y después... ¡Boom! Después todo explotó y los lectores se enamoraron de mí.

¿Por qué no podía arriesgarme? ¿Y si ocurría lo mismo con mi historia? Llevaba tanto tiempo planteándome escribirla que casi parecía un sueño que jamás se haría realidad. Mi novela se había convertido en mi gran amor platónico.

La boca de la cinta escupió mi maleta y yo me hice paso entre el resto de los pasajeros para recogerla. Mientras tanto, mi desbordante imaginación intentaba imaginarse la cara que pondría Jayden cuando regresase de trabajar

—poco podía faltar— y se encontrase con la sorpresa de que me había marchado de casa. Sí, puede que, rememorando, opine que mi comportamiento fue un tanto cruel. Pero se lo merecía. Me gustaba pensar que el susto sería suficiente para replantearse nuestro futuro y hacerle reconsiderar su comportamiento hacia mí.

Además, aquella semana de separación era totalmente necesaria. Sentía que, al menos para mí, resultaría reparadora. Aprovecharía para hacer turismo, pasar muchas horas escribiendo en el portátil y cuidarme un poco.

Desde que Jayden y yo nos trasladamos a vivir a Cold Spring fui descuidando poco a poco mi aspecto. Quizás el hecho de que siempre fuera a cruzarme con los dos mismos vecinos hacía que mis ganas de vestirme y arreglarme fueran nulas. De forma inconsciente y con el paso de los años, había cambiado mis tacones de aguja por unas deportivas cómodas y mis pantalones vaqueros por unas mallas de hacer deporte.

Con los ojos chispeantes y la ilusión a flor de piel, me subí al primer taxi que encontré.

—*¿Dove lo prendo?* —*inquirió el conductor.*

Supuse que me preguntaba a dónde quería ir. La verdad es que los idiomas, por lo general, siempre se me habían dado muy bien... Pero al italiano nunca le había prestado la atención que merecía.

—Travesía Trastevere... —comencé a leer, pero me detuve.

Estiré el brazo para pasarle el papel con la dirección.

El conductor la leyó en voz alta, asintió, y puso el vehículo en marcha. Sentí que el móvil comenzaba a vibrar en el bolsillo interior de mi cazadora, pero decidí ignorarlo y disfrutar de las vistas.

¡Era la primera vez que visitaba Italia! ¡Estaba en Roma!

Casi me parecía imposible concebir la idea de que yo... ¡yo!, ¡Vera!, había sido capaz de organizar un viaje exprés, marcharme de casa sin decirle nada a mi marido y... desaparecer. En definitiva: había pensado en mí y había interpuesto mi felicidad a la de cualquier otra persona —sobre todo a la Jayden—.

El taxi se detuvo en la entradilla de una avenida peatonal. Con mucha amabilidad, el conductor se bajó para sacar mi maleta y entregármela. Pagué el trayecto y miré al frente. ¿Ahí habitaría los próximos días de mi vida?

—No tiene perdida —me dijo, señalando el fondo de la callejuela—. En unos minutos verás el portal —concluyó con un pésimo inglés.

Asentí, agradecida.

—¡Ciao! —me despedí con una sonrisa.

Me encantaba practicar nuevos idiomas con la gente nativa del lugar que visitaba. La verdad es que yo nunca había sido demasiado viajera, pero desde niña siempre había organizado un viaje anual que solía corresponderse con mis vacaciones de verano. Había sido una costumbre que adquirí en mi niñez con mis padres y que, cuando conocí a Jayden, se fue perdiendo. Recordaba la ilusión que me hacía comenzar el año escogiendo el viaje que mi familia y yo realizaríamos el verano siguiente. Todos los eneros acudíamos a nuestra agencia de viajes de confianza y escogíamos un destino nuevo. Como norma general, nos íbamos turnando y cada año uno de nosotros decidía a dónde quería ir. Si no, solucionábamos el asunto con un sorteo exprés que mi padre realizaba con el típico “cara o cruz” de una moneda al aire.

Volví a sentir la vibración del teléfono móvil en el interior de mi bolsillo pero, una vez más, lo ignoré. En ese instante estaba descubriendo un mundo nuevo para mí y no quería que nada —ni nadie— me estropease el momento tan mágico que estaba viviendo. Anduve a través de la callejuela mientras arrastraba la maleta tras de mí con un traqueteo como banda sonora. Observaba las calles que se cruzaban con la mía asomando la cabeza cada vez que tenía una ocasión y no tardé demasiado en descubrir que aquel barrio me enamoraría.

Las callejuelas tapizadas de sampietrini, el bullicio de los locales y de las terrazas, las fachadas desteñidas por el paso de los años, el ambiente medieval que flotaba en cada esquina, las enredaderas y las flores silvestres con las que los vecinos decoraban sus ventanas y sus balcones... Era real. No era una zona comercial ni turística; si no la Roma real. La de verdad.

Fui consciente de que llevaba varios minutos caminando distraída, observando mi alrededor sin prestar demasiada atención a la numeración de las viviendas. El bullicio de la gente y el sonido de los televisores que se filtraba por las ventanas de las plantas bajas me habían absorbido hasta dejarme en trance. El olor a comida casera inundó mis fosas nasales y mi estómago comenzó a protestar, recordándome que llevaba demasiadas horas sin ingerir ningún alimento.

Decidí que no iba a desperdiciar ni un solo día mientras estuviera allí y, con una sonrisa de oreja a oreja, me encaminé al apartamento para dejar la maleta antes de buscar un establecimiento en el que cenar.

9

Natalia Nueva York

El apartamento fue perfecto, aunque más bien era un estudio.

Nada más pisarlo me enamoré de él. No tenía paredes más que para separar el baño y el dormitorio del resto de la casa; el resto era un único espacio en el que se diferenciaban otras zonas: cocina, comedor y sala de estar. Perfecto para una sola persona o para una pareja joven.

Estaba decorado de forma minimalista y moderna, con alfombras de pelo blancas y jarrones étnicos que contenían imitaciones a flores exóticas. Lo único que no me gustó fue lo impersonal que se me antojaba; era más que evidente que hacía tiempo que allí no vivía nadie de forma continua y que únicamente se utilizaba como piso turístico. No había cuadros, ni fotografías, ni ningún objeto que delatara quién era el propietario de aquel lugar.

Me di una larga ducha, que resultó más que reparadora, y me puse un vestido de noche negro que había metido en la maleta pensando que no lo llegaría a utilizar. Me calcé unas sandalias planas y cómodas, me atusé el pelo con espuma para darle un poco de forma a mis rizos y, tras revisar mi aspecto final frente al espejo, me di el visto bueno a mí misma. Estaba guapa, sí. En realidad, demasiado. No sabía muy bien qué plan tenía con Ted y creí que, quizás, mi aspecto resultase demasiado extravagante para comer un perrito caliente en un puesto callejero. Pero por alguna razón inexplicable me apetecía causarle buena impresión. Quizás porque, desde mi ruptura con Darío, nadie había vuelto a mirarme con ojos de deseo. Además, pasar un día tras otro pegada a Giovanni te hacía sentir que tu vida sexual era una auténtica basura.

Me pinté las pestañas con rímel, me eché un poco de colorete y me repasé los labios con brillo antes de salir del apartamento. Solté una risita al mirarme en el espejo: no estaba demasiado acostumbrada a maquillarme y mi

imagen casi me resultaba irreconocible. Por lo general, era una chica de vaqueros, deportivas y mochila al hombro, siempre preparada para la acción. El mal rato que me había llevado al llegar se iba disipando según pasaban las horas y me sentía más despejada y relajada. Que el mundo te escupiera en mitad de una gran ciudad como aquella podía resultar muy, pero que muy, intimidante.

Mi teléfono móvil comenzó a sonar mientras bajaba hacia el portal. Era Ted, por supuesto.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Estoy bajando...

—Pues aquí te espero.

Cortó la llamada sin añadir nada más y, de pronto, me sentí un poco nerviosa. ¿Me había explicado Gio de qué conocía a Ted? Sabía por conocimiento propio que mi amigo podía tener amistades la mar de extrañas.

Salí del portal y dejé que el aire fresco y primaveral de Nueva York se reencontrase conmigo. Sí, la primera impresión de la ciudad no había sido buena, pero... ¿Acaso uno no debía conceder segundas oportunidades? Respiré el aroma cosmopolita que flotaba en el ambiente y me dejé envolver por la magia de las luces de los edificios. Parecía completamente diferente cuando la noche caía sobre sus tejados, así que sorprendida, solté un pequeño “guau” para mí misma.

—¿Natalina?

Miré hacia aquel que me llamaba.

—¿Ted?

¿Aquel era Ted? ¿De verdad?

El chico sonrió abiertamente antes de repasarme muy discretamente con la mirada. Por la expresión de su rostro pude intuir que lo que veía no le desagradaba en absoluto.

Yo también le eché una miradita. Iba vestido con vaqueros y una camiseta de *The Rolling Stone*. Tenía barba, pero era una barba cuidada de tan solamente un par de días de largura y a él le quedaba encantadora. Ted desprendía el aire de un artista bohemio que intentaba escapar de una sociedad consumista y totalitaria. Parecía querer destacar o, al menos, imponerse contra lo común. Supe de inmediato que nos íbamos a llevar bien. Y además era guapísimo, claro. Moreno, ojos oscuros y sonrisa sin miedos. Sí, creo que eso fue lo que más me gustó de él la primera vez que le vi: la

sonrisa tan sincera que tenía.

—¿Preparada para la acción?

Solté una risita nerviosa y, de pronto, me volví a sentir como aquella Natalia curiosa que abandonó Madrid en busca de aventuras.

—No te imaginas cuánto —aseguré.

Ted me tendió su brazo y yo me agarré a él justo antes de echar a caminar por la acera. Anduvimos unos metros en silencio, esquivando a los transeúntes que venían en dirección contraria, hasta que decidí romper el silencio.

—¿Deberíamos presentarnos o algo así?

Él soltó una carcajada.

—Creí que con la información de Giovanni era suficiente —dijo, mirándome a los ojos con aquellas pupilas tan profundas y cautivadoras.

¿Información? ¿Qué diablos le había contado Gio sobre mí? Me apunté en una nota mental que debía de tener una larga charla con mi amigo nada más regresase a Roma.

—Bueno, sí, pero... —comencé, aunque al final no pude contener la curiosidad—. ¿Y qué te ha dicho?

Ted sacudió la cabeza en señal de negación.

—La verdad es que no le dejé romper la magia y conseguí pararle antes de que lo estropease todo... Solamente me contó que eras especial. Y la verdad es que le creo —continuó—, porque Giovanni no suele tener muchas amigas.

¿La magia? ¿De qué estaba hablando? Por alguna extraña razón, tuve la sensación de que mi viaje se había convertido en una encerrona que enmascaraba una cita a ciegas en toda regla. Lo peor de todo es que ni siquiera me importó lo más mínimo y, casi, incluso, me pareció que transformaba aquella experiencia más interesante. ¿Un romance apasionado en Nueva York? Sonaba a película en blanco y negro, desde luego.

—Gio no tiene amigas —le corregí, procurando dejar de lado mis cavilaciones mentales y centrarme en la conversación—, solamente me tiene a mí.

Era muy extraño.

Tenía la sensación de que conocía a Ted desde hacía tiempo aunque, evidentemente, aquella era la primera vez que nos veíamos. Quizás el lazo que nos unía a través de Giovanni hacía que la naturalidad entre nosotros fluyera de forma innata.

—Así que sigue comportándose como un quinceañero con las hormonas revolucionadas, ¿no?

Solté una risita.

—Más o menos, sí. Al menos con lo que respecta a las mujeres.

Nos reímos sobre Giovanni y charlamos un rato respecto a nuestros trabajos. Ted era, en pocas palabras, un “cazatalentos”. Buscaba a personas que tuvieran alguna cualidad diferente al resto y las colocaba en empresas importantes. Un trabajo curioso para un chico especial. Él, como no, ya sabía que trabajaba en la misma galería que Giovanni y que era española, nacida en la capital.

—¿Me vas a contar a dónde me estás llevando? —pregunté cuando ya llevábamos diez minutos caminando.

—Tengo pensada una sorpresa para ti.

—Espero que no me lleves a ver las tiendas de quinta avenida —bromeé—, no sé si Giovanni te habrá comentado algo, pero no soy una chica a la que le gusta ir de compras y hacer ese tipo de cosas...

Ted se mordió el labio dibujando una sonrisa de medio lado. ¡Joder! ¡Qué sexy era! Quizás no fuera el típico chico que, a primera vista, llamaba la atención del sexo opuesto, pero tenía algo. Es decir, no era un modelo guaperas como Gio, cuyos rasgos parecían sacados de un anuncio de televisión. Ted tenía algo más característico y, si le mirabas detenidamente, te encontrabas con un sexapil que lo hacía irresistible.

—En realidad, el sitio al que vamos está bastante cerca de Central Park —me indicó—, entre la 2ª y la 3ª avenida. No tendremos que caminar mucho...

—¿Me gustará? —inquirí, aunque mi pregunta era bastante absurda si uno consideraba que no nos conocíamos de nada.

—Te encantará —aseguró.

Quizás fue la convicción con la que lo afirmó pero, la verdad, es que me sentí entusiasmada.

Ted tiró de mi brazo y me empujó hacia la calzada. Entre risas, esquivamos los coches y cambiamos de acera. Las calles seguían abarrotadas e, incluso de noche, el tráfico era denso.

—Bueno, Natalina, ya estamos llegando... —me dijo.

Miré a nuestro alrededor e intenté encontrar algo diferente entre aquella avenida tan abarrotada, pero no vi nada. Absolutamente nada.

Ted me detuvo en mitad de la acera y ambos nos quedamos quietos.

—¿A dónde estamos llegando? —pregunté con nerviosismo mientras miraba a mi alrededor.

Él sonrió con picardía, dejando entrever que tramaba algo.

Se acercó hasta quedarse a pocos centímetros de mí y me tapó los ojos con sus manos. Sentí su aliento contra mi piel y, por primera vez, percibí el aroma de su colonia. No estaba mal... No era rudo, sino más bien, suave. Diferente. Resultaba agradable.

—¿Qué escuchas? —me preguntó con voz melosa.

Sentía a la gente que caminaba próxima a nosotros, sin detenerse.

Algunos de ellos, incluso, llegaban a rozarse con nosotros. Volví a tener la sensación de que me había quedado detenida en el tiempo mientras el resto de la humanidad continuaba paseando a cámara rápida, sin mirar lo que dejaba atrás. Hice un esfuerzo por concentrarme en lo que estaba escuchando y olvidarme de mis pensamientos.

—Escucho... —comencé a decir con una sonrisa—, los coches..., la gente...

Podía sentir la sonrisa de mi nuevo amigo aunque no pudiera verla.

—Vas muy mal... ¿Qué más escuchas?

—Escucho... ¿Música? Una radio cercana..., puede que algún coche.

Ted chisteó, indicándome que estaba equivocada.

Me esforcé más por intentar atisbar aquel sonido que fuera diferente a los demás, pero no lograba encontrarlo. El bullicio de las calles borboteaba una mezcla intensa de voces, música, cláxones... Pero nada a destacar.

—Concéntrate... —suplicó, aún con sus manos tapándome los ojos.

¡Dios!

Tenía que admitir que la escenita era muy sexy, ¿verdad? Eso o que estaba demasiado necesitada, claro. Pensé en Giovanni e, interiormente, le agradecí aquella encerrona. No sabía muy bien lo que había pretendido que saliera de aquel encuentro, pero fuera lo que fuese, mi querido Gio había acertado de lleno. Me sentía cómoda con Ted y el sentimiento de ansiedad con el que había recibido a la gran manzana por fin se había extinguido por completo.

—¿Sigues sin escucharlo? —insistió.

Sus manos acariciaron delicadamente mi piel y un hormigueo ascendió por mis entrañas.

—¡Agua! ¡Escucho agua! —exclamé sorprendida.

Escuchaba, en realidad, muchísima agua.

El sonido estaba tan mezclado con el resto de los ruidos que casi pasaba desapercibido. Él retiró la venda improvisada de mis ojos y asintió.

—Muy bien, *Natalina... Es agua.*

Me agarró de la mano y tiró de mí para que continuase caminando. Según íbamos avanzando con mayor claridad escuchaba el sonido del agua. Parecía...

—¿Una cascada? —pregunté en voz alta, incapaz de creer que en mitad de la ciudad pudiera existir algo así.

Ted asintió, indicándome que debíamos entrar en un callejón. Un pequeño jardincito nos dio la bienvenida rodeándonos con árboles y arbustos de toda clase. El sonido del agua se intensificó aún más. Avanzamos unos pasos y nos encontramos con que, en mitad de un estanque que culminaba con una gigantesca y preciosa cascada, nos esperaban unas cuantas mesitas con sillas. Me quedé paralizada. Aquello no podía ser real.

—Había pensado que esto te gustaría más que mirar los escaparates de la quinta avenida...

Boquiabierta, asentí.

—Has acertado... —murmuré obnubilada—... ¡Qué pasada!

Él, satisfecho, me empujó para que caminase un paso al frente.

—Siéntate, cierra los ojos y desconecta —me pidió con voz “zen”—. Procura desconectar de las horas de viaje y del cansancio mientras que yo... —se detuvo, me miró con picardía y con una sonrisa inquieta, continuó—, yo ahora vengo. Dame dos minutos.

Me mordí el labio y asentí, centrando nuevamente mi atención en la cascada.

Desde luego, los americanos estaban como auténticas regaderas. ¿De verdad habían construido un jardín, una charca y una preciosa y gran cascada en mitad de la ciudad? ¡Estaban como cencerros!

Miré atrás para ver si Ted seguía cerca, pero no había perdido un solo segundo. Se había esfumado del mapa. Me levanté y me acerqué a un cartel que había no muy lejos de mi mesa. En él ponía, en resumidas cuentas, que aquella cascada había sido creada para que los neoyorquinos pudieran escapar del ajetreo que conllevaba la vida en una gran ciudad. Aluciné.

Acababa de llegar y Ted ya me había mostrado el que sin duda sería mi

rincón favorito de todo Manhattan.

10

Roma

Vera

El apartamento de la chica española no estaba nada mal. Estaba decorado con un mobiliario rústico y un tanto anticuado, pero supuse que para pasar allí unas vacaciones sería más que suficiente. No podía quejarme; más aún habiéndola avisado del intercambio con tan poca antelación.

Saqué mi teléfono móvil y revisé las llamadas perdidas que tenía. Jayden me había llamado cinco veces y Emma otras tres. Le mandé un mensaje rápido a mi cuñada donde únicamente le explicaba que estaba bien, que seguía su consejo de cuidarme a mí misma y que no tenía de qué preocuparse. A Jayden no le envié nada ni le devolví las llamadas. Había pasado de un extremo a otro: unos días atrás, mi estado anímico había estado por los suelos, me sentía agotada y veía que mi matrimonio me estaba consumiendo. Estaba... deprimida, hundida y sufriendo una ansiedad extrema. Pero las cosas habían cambiado y en esos instantes me sentía rabiosa hacia él, nada más. Tenía ganas de vivir una nueva experiencia, de cometer una locura y de centrarme en mí. Tenía la sensación de que aquellos últimos años había vivido a la sombra de lo que Jayden quería o no, de lo que esperaba que hiciera o cómo quería que me comportarse. No, no quería dejar a mi marido. Si miraba hacia delante, me veía diez años más vieja y a su lado, sí, pero para que eso ocurriese las cosas entre nosotros tenían que cambiar. Y mucho.

Por otro lado, no olvidaba en ningún momento el tema de su nueva compañera. ¿Y si de verdad mi sospechas y los rumores eran ciertos y me estaba siendo infiel? ¿Podría perdonar una infidelidad? ¿Estaba dispuesta y me veía capaz de rehacer mi vida? Amaba mi apartamento en el centro de Manhattan pero, si era sincera conmigo misma, no me sentía capaz de continuar sin él. Jayden se había convertido en mi rutina, en mi día a día y el simple hecho de pensar en comenzar de cero me hacía temblar de miedo.

Decidí dejar todos esos pensamientos atrás y centrarme en vivir el

momento. Pensar en mi marido provocaba que, acto seguido, me sintiera angustiada y deprimida. Además, ¡estaba en Roma! ¡En Italia! Debía disfrutar y aprovechar aquella oportunidad al máximo.

Sonreí mientras bajaba las escaleras de vuelta a la calle, decidida a disfrutar de las últimas horas del día y de la repentina locura que me había entrado. ¡Dios Santo! ¡Aquello era un verdadero disparate! ¿Cómo se me había ocurrido hacer algo así a mi edad? Me reí en voz alta, como si realmente estuviera sufriendo un brote psicótico.

Cuando salí a la calle el bullicio de las callejuelas volvió a darme la bienvenida como si me hubiera echado mucho menos. El ajeteo de la gente joven, las copas, los aperitivos y las luces cálidas de los restaurantes abiertos donde servían cenas inundaron mi entorno. Paseé con una sonrisa en la boca, pensando que aquel barrio tan pintoresco podía ser transformado con rapidez en el próximo escenario de mi novela.

Después de un corto paseo me sentía hambrienta por el largo viaje que había realizado, así que me decidí a entrar en un bar en el que desde fuera había visto que se servía el típico aperitivo italiano. Aquello estaba a rebosar de gente de todas las edades. Comí un par de sándwiches y de postré tomé una tarta fría que estaba de lo más buena. No tenía prisa por marcharme a casa porque nadie me estaba esperando, así que disfruté de cada segundo, exprimiéndolo al máximo. Las horas fueron pasando mientras Domenico Modugno inundaba con su voz el ambiente y poco a poco me fui relajando.

“Emma pensará que me he vuelto loca de remate”, me decía una y otra vez.

—*Boi bere qualcosa?*

Necesité un par de segundos para comprender que aquel chico tan guapo de la barra se dirigía a mí. Sonreí.

—No... No entiendo mucho italiano —me excusé—, soy americana.

El joven —y digo joven porque calculé que debía de tener unos pocos años menos que yo— me sonrió abiertamente.

—Me encantan las americanas —aseguró con sensualidad—, más aún si son tan *bellas como voi*.

No pude evitar sonrojarme cuando escuché aquello.

Quizás era la falta de costumbre pero... ¿Hacía cuánto tiempo que un hombre no me piropeaba de aquella forma?

—Me llamo Vera —me presenté un tanto ruborizada.

—Giovanni —respondió él—, aunque los amigos me llaman Gio.

—Un placer.

Me fijé bien en él.

Sí, era más joven que yo. Y debo de confesar todo, diré que también era mucho más guapo que yo. Tenía los ojos verdes, el pelo alborotado, era alto, esbelto, musculoso y... ¿Seguro que aquel chico era real? Desde luego, no lo parecía. Tenía la misma pinta que un actor de Hollywood —como poco—.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó—. Invito yo.

—¡No, no!

—Insisto, *per favore* —me cortó con una sonrisa.

Pensé que hablar con desconocidos —más aún si eran tan guapos— era tan impropio de mí como el haberme escapado de aquella forma repentina de mi casa.

—Está bien —acepté, mordiéndome el labio inferior.

¿Cómo iba a resistirme a aquel hombre tan... tan...? Ni siquiera se me ocurría un adjetivo que le hiciera justicia.

—¿Qué quieres tomar?

Sopesé la respuesta.

Hacía tanto tiempo que no salía de casa que estaba un poco perdida en cuanto a cócteles y bebidas de noche. Miré su copa; el contenido era rojo y no parecía tener mala pinta. Me recordaba a un *bloody mary tradicional*. Señalé su vaso con poca convicción y sonreí.

—Lo mismo que tú.

El chico, Giovanni, asintió.

Chasqueó los dedos para llamar la atención del camarero y pidió otra copa más. Después se dio la vuelta para volver a centrar su atención en mí. Sonrió de forma cautivadora y me guiñó un ojo con sensualidad, como aquel que tiene un tic. Pero claro, ¡menudo tic! Era más que evidente que tenía ante mí a un ligón en toda regla.

—¿Y qué te trae por el barrio de Trastevere? No se dejan caer muchos turistas por aquí.

—Me alojo aquí —respondí con timidez.

¿Hacía cuánto que no me relacionaba con un hombre que no fuera Jayden? Bueno, mejor dicho, ¿hacía cuánto que no me relacionaba con una persona que no fuera ni Jayden ni Emma? Me sentía extraña, como si alguna parte de mí misma hubiera estado dormitando muchos años y, ahora, comenzase a

despertar.

—¡Vaya! —exclamó, acercando su silla a la mía de forma casual—, has escogido una zona peculiar para hospedarte. Y dime, ¿has venido sola? ¿Vacaciones o trabajo?

El camarero colocó la copa ante mí y yo me apresuré a darle un largo trago para aclararme la garganta. Raspó y sentí el intenso sabor al alcohol recorriéndome la garganta. Era muy fuerte.

—Sí, he venido sola y de vacaciones pero..., estoy casada —escupí, como si al confesarlo en voz alta quedase automáticamente bien visto el hecho de que estuviera charlando y tomándome una copa con un guaperas desconocido.

—No importa —me tranquilizó—, me encantan las casadas.

Asustada, escupí el cóctel que aún no había terminado de tragar y tosí varias veces para recuperarme del susto. Giovanni, divertido, soltó una carcajada por mi reacción y, con disimulo, volvió a aproximar un poquito más a mí su silla.

Decidí cortarle antes de que la situación se descontrolase más.

—Así que eres de esa clase de chicos...

Él no parecía amedrentarse.

—¿De qué clase de chicos?

Sonreí.

—De esos pervertidos —le dije, esperando que mi comentario no resultase demasiado ofensivo pero que sirviera para pararle un poco los pies.

—Sí, eso es. Soy de esa clase de chicos.

Empecé a toser, atragantada, y estuve a punto de caerme redonda de la silla. Giovanni me agarró para evitar que sucediera y, al hacerlo, acercó su boca a mi oído mientras que sujetaba un mechón de pelo entre mis dedos.

—No te asustes, solo muerdo cuando me dejan hacerlo —susurró con aquella voz sensual que tanto le caracterizaba.

¡Por Dios!

Sentí un cosquilleo ascendiendo por mis entrañas y, de pronto, un calor abrasador se instaló en mí. Estaba... ¿Estaba excitándome? ¿De verdad? ¿Con tan sólo un poco de palabrería al oído? “Sé adulta, Vera”, me dije mordazmente a mí misma, “esto no está nada bien”.

—Por cierto, hueles de maravilla, *bella*.

Salté de la silla y, un tanto apabullada, decidí que había llegado el

momento de salir corriendo de lugar.

—Lo siento, yo no...

Estaba tan nerviosa que me tropecé con mis propios pies justo cuando salía por la puerta. Tomé una bocanada de aire fresco, dejando que mis pulmones se inundasen y que mi agitada respiración se calmase, y comencé a caminar sin rumbo mientras meditaba en lo que acababa de ocurrir. Había huido despavoridamente de un bar porque un chiquillo me había tirado los trastos. Solté una carcajada que derivó en un repentino ataque de risa e histeria que culminó cuando me hice una pregunta. ¿Actuaría Jayden del mismo modo que lo había hecho yo si una chica más joven y más guapa que él se le insinuase? Sabía la respuesta, pero evité pensar en ella porque me resultaba demasiado desagradable. Además, esa cuestión me llevaba a otra más importante y dolorosa: ¿y si me estaba siendo infiel? ¿Iba a perdonarle? ¿Sería capaz de mirarle a la cara todos los días aún sabiendo que me había traicionado y que había roto los votos que hizo cuando se casó conmigo?

—¡Vera!

Con el corazón a cien, me volví hacia atrás. Ahí estaba Giovanni, el guapísimo Giovanni. Forcé una sonrisa y me dije a mí misma que había sido una —cobarde— maleducada marchándome de esa forma.

—Lo siento, no quería...

—Tranquila —me cortó, acercándose a mí pero guardando cierta distancia de seguridad—. Lo de morderte era broma... Bueno, no era broma —se rió con la misma sonrisa de un niño travieso—, pero te aseguro que solamente lo hago cuando la víctima lo consiente.

Levanté los brazos en señal de rendición.

—Está bien... He sido una exagerada.

Se colocó junto a mí y de forma inconsciente comenzó a caminar. Yo, que no tenía ni idea del lugar al que se dirigía, le seguí.

—¿Has visitado la *piazza di Santi Maria*? —preguntó con normalidad, como si fuéramos viejos amigos que habían tropezado por el barrio.

—No... Si te soy sincera, acabo de aterrizar en tu país.

El —guapísimo— chico abrió los ojos y sonrió con entusiasmo.

—¡*Perfetto!* ¡Te enseñaré Roma!

—No, no... No es necesario.

—Insisto...

Suspiré.

Decirle que no parecía una tarea imposible, pero el simple hecho de pensar que durante mis vacaciones tendría a aquel niño tan guapo y sinvergüenza cerca de mí hacía que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza. Iba a ser una verdadera prueba de voluntad si no conseguía librarme de su compañía.

—¿Y tu marido? —quiso saber—, ¿cómo ha permitido que una mujer tan bella venga hasta aquí, sola?

“Mi marido no me considera *bella*”, pensé, pero no me atreví a decir nada. Tampoco iba a contarle que en los últimos meses no le había visto más que para dormir y con las luces apagadas. En realidad, ¿tenía marido? A veces tenía que hacerme esa pregunta y recordar que el matrimonio no consistía únicamente en llevar un anillo en el dedo.

—Está trabajando.

O al menos eso era lo que yo esperaba que estuviera haciendo: trabajar.

Llegamos a la plaza en menos de dos minutos. En ella se encontraba una sempiterna fuente romana, decorada por edificios con fachadas amarillas y rosas descoloridas por los años y coronada por una enorme basílica que imponía a cualquier transeúnte su respeto. Era muy bonita, sí.

—Se dice que esta es la fuente monumental más antigua de Roma —aseguró Giovanni mientras ascendía los pequeños escalones de la misma—. Y la basílica fue construida en el siglo XII, aunque la levantaron sobre los cimientos de una iglesia primitiva que se había fundado en el siglo III.

—Sabes mucho de historia —señalé.

Giovanni sonrió con orgullo.

—Te he dicho que sería tu guía y eso estoy haciendo —bromeó con un mal inglés—, tengo que compensarte por el susto.

—No hace falta, ya se me ha pasado.

Me senté en uno de los escalones y él hizo lo mismo junto a mí. Sentí que su mano se deslizaba por mi cintura y, de forma instantánea, me tensé. Aquel chico estaba acostumbrado al contacto físico y yo, en cambio, hacía demasiado tiempo que no lo experimentaba.

—Insisto —repitió, acercándose más a mí—. Además, estudié historia del arte. No tendrás mejor guía que yo.

Nuevamente, volví a sentirme acorralada y la respiración se me agitó. ¿Es qué aquel hombre no tenía vergüenza? Notó mi incomodidad pero, en lugar de apartarse, soltó una pequeña risita traviesa que provocó en mí esa

misma sensación de cosquilleo y calor que había comenzado a sentir en el bar.

—Hueles muy bien, *signorina*...

Giovanni aproximó su rostro a mí y aspiró el olor de mi cabello. Sacudí la cabeza en señal de negación y pensé que aquel muchacho no tenía remedio alguno.

—¿Haces esto con todas las mujeres?

—¿El qué? —respondió.

Me di cuenta al instante que todo eso para él no era más que un juego.

Un juego que, si no llegaba a nada, tampoco significaría nada... ¿No?

—Acosar a las mujeres.

—En realidad, sí —confesó guiñándome un ojo—, pero por ahora ninguna ha llamado a la *polizia*.

—Quizás sea yo la primera.

—Lo dudo mucho —aseguró—, pero será interesante de averiguar.

Su mano seguía posada en mi cintura y, para ser sincera, poco a poco fui acomodándome a su presencia hasta que el contacto dejó de desagradarme. Tal vez el hecho de estar en un país diferente hizo que me relajase; a fin de cuentas, ¿quién iba a reconocirme en mitad de Roma? Nadie. Absolutamente Nadie. “Si dejo que me bese tampoco lo verá nadie”, pensé con un cosquilleo en el estómago. Tenía a Giovanni tan cerca que podía oler el perfume o el suavizante que empleaba para lavar la ropa. Me sentí abrumada y... ¿Para qué negarlo? También me sentí nerviosa y feliz. Deseada. ¿A qué mujer no le gustaba sentirse cortejada? Una vez más, volví a odiar Cold Spring y el hecho de mudarme allí. Había dejado de ser una chica libre de Manhattan para pasar a ser “la mujer de Jayden”. Estaba segura de que la mitad de los pueblerinos ni siquiera sabían mi nombre, menos a un mi apellido de soltera.

—¿Sabes una cosa? —le miré. Giovanni sonreía de forma traviesa y no pude evitar una pequeña risita—. El papa Calixto I, que fue quien mandó construir la iglesia sobre la que hoy se levanta la basílica, decía que besar a un hombre a media noche junto a la fuente *di Santa María traía salud y suerte*.

Le escruté detenidamente antes de soltar otra risotada aún mayor.

—Eres un mentiroso —murmuré, golpeándole levemente con el codo—. ¿De verdad consigues algo diciendo esas tonterías?

—Con la mayoría de las mujeres no necesito llegar a decir tonterías.

Sacudí la cabeza en señal de negación. Desde luego, aquel muchacho no

tenía remedio alguno.

—¿Ah, no? ¿Y qué haces para conquistarlas?

La picardía de su mirada chispeó.

—Suele bastar con un “en tu cama o en la mía”, pero he pensado que para una mujer casada eso sería un tanto vulgar.

—Y estabas en lo cierto —aseguré, sintiendo cómo la mano que tenía posada sobre mi cintura iba bajando poco a poco.

Me aparté de él, divertida, y pensé que ya había llegado la hora de marcharse a casa.

—¿Te vas?

Asentí con una sonrisa en la boca y me despedí agitando la mano.

—¡Espera! —gritó—. ¡No te vayas!

Volví a sacudir la mano a modo de despedida, sin siquiera girarme hacia él. Sabía que si lo hacía y dudaba un solo segundo Giovanni utilizaría otra de sus artimañas para retenerme allí.

Anduve por las callejuelas durante un rato mientras intentaba dar con el portal de mi apartamento. Las calles estaban alborotadas y la gente, alegre, bebía y bailaba disfrutando de la noche y pasándose bien. Para mi sorpresa, yo caminaba con una sonrisa enorme, sintiéndome igual de feliz que ellos. ¿Debía sentirme mal? ¿Tenía que sentirme culpable porque otro hombre —¡y qué hombre!— me hubiera cortejado?

11

Natalia

Nueva York

Me quedé embobada escuchando el sonido del agua mientras esperaba a que Ted regresase. Tardaba tanto que, por unos segundos, pensé que quizás me había dado plantón. Pero no. Finalmente regresó a la mesa con una bandeja cargada de comida, dos copas y una botella de champán.

Comprendí al instante que aquello era una cita en toda regla... ¡Y qué cita! Debía admitir que los americanos se lo curraban muchísimo. No tenían nada que ver con los españoles o los italianos, eso desde luego. Además, estábamos solos; lo que potenciaba a que el ambiente fuera más especial.

Ted abrió la botella y sirvió las dos copas. Me relajé, hundiéndome brevemente en la silla antes de darle un sorbo al champán. No era el mejor que había probado, pero podía resultar válido para la ocasión.

—No esperes gran cosa de una bocatería —me explicó con una risita mientras sacaba de los envoltorios dos perritos calientes y unas patatas fritas.

Sonreí. Aquello era más que perfecto.

—No te preocupes, está genial.

—No sabía si te gustaban los perritos, pero ya sabes eso que soléis decir los españoles: hay que arriesgar para ser ganador.

—En realidad es “quien no arriesga no gana”, pero creo que el resultado es el mismo —le corregí—. En cuanto a lo de si me gustan los perritos... ¿A quién no le gustan los perritos calientes?

—No te creas... Hay más de un rarito por ahí —bromeó, sentándose a mi lado.

Le di otro trago al champán.

Una vez te acostumbrabas a él estaba, incluso, muy bueno.

—Deben de ser extraterrestres —aseguré.

Ted estuvo de acuerdo conmigo y la conversación culminó con carcajadas.

Se veía que Giovanni había dado en el clavo emparejándonos, aunque no imaginaba qué razón le podía haber llevado a organizar aquello. En realidad, tampoco me importaba demasiado. Estaba disfrutando muchísimo con aquella cena y, cómo no, con Ted. Era guapo, listo y su barbita tan cuidada le daba un aire, simplemente, irresistible. Además, el sonido de la cascada proporcionaba un ambiente relajado y sin estrés, lo que contribuía a que nuestra cena fuera viento en popa. De postre, degustamos un “exquisito” — véase la ironía— *coulant de chocolate que estaba convencida de que era descongelado y para cuando terminamos de devorarlo, Ted y yo ya habíamos adquirido la suficiente confianza como para que su mano se posase sobre mi muslo. Estaba claro que no era un salido como Gio, pero el chico no era tímido en absoluto. Y eso me gustó. Me di cuenta de lo mucho que necesitaba aquello después de tantas semanas de estrés y decidí dejarme llevar por el momento y no pensar.*

Cerré los ojos. El sonido de la cascada provocaba que mis preocupaciones se esfumasen por completo. La mano de Ted fue subiendo poco a poco hasta que se detuvo muy cerca de mi entrepierna. Yo, que continuaba con los ojos cerrados, me mordí el labio inferior deseando que no se detuviera en ese punto. Sí, quería más. Mucho más. Noté sus labios húmedos sobre los míos y su barba pinchando levemente la piel de mi barbilla. Sonreí antes de abrir los ojos. Deslicé mi mano sobre su nuca y le seguí con el beso mientras mi sexo palpitaba de ansia. Desde que Darío y yo habíamos roto nadie me había vuelto a tocar. Ted sabía bien y besaba aún mejor. Sus besos eran húmedos, suaves y delicados, pero muy morbosos. Deslizó la mano sobre mi sexo, frotándolo por encima del vestido. Supuse que no se atrevía a dar un paso más, así que cogí su mano, la metí bajo mi vestido y se la llevé hasta la goma de mis braguitas. Recé porque no necesitase más empujones para continuar él mismo y, en efecto, así fue. Introdujo la mano bajo mi ropa interior y deslizó sus dedos sobre mi monte de Venus. Finalmente, y aún sin dejar de besarme, separó mis labios vaginales y comenzó a masajearme levemente. Jadeé de placer e intensifiqué el beso. Anhelaba más. Gemí su nombre y él aumentó el ritmo del masaje hasta que, unos segundos

después, introdujo un dedo en mi interior. Comenzó a entrar y salir muy lentamente y, sin dejar de hacerlo, me iba masajeando con pequeños círculos mi clítoris con su pulgar. ¡Joder! Estaba claro que Ted sabía lo que hacía, sí.

—Uff...

Sentí cómo el calentón iba subiendo más y más y unos instantes después, me vi elevando ligeramente las caderas para que continuase entrando y saliendo de mí. Ted introdujo dos dedos en mi interior, lo que hizo que las ganas de estallar fueran casi insoportables. Hacía demasiado que no disfrutaba de la compañía de otro hombre y, para ser sinceros, no había esperado que nada más llegar a Nueva York encontrase un recibimiento tan bueno como el que estaba teniendo. De forma apresurada, me lancé a su cinturón para desabrocharlo. Ted soltó una risita y se separó de mí, dejándome húmeda, caliente e insatisfecha.

Le miré, horrorizada, sin saber qué era lo que le había asustado.

—¿Qué ocurre?

Él señaló nuestro alrededor con una sonrisa en los labios.

—Creo que se nos está yendo de las manos, Natalina...

Sí, estábamos en la calle, pero... Allí no había nadie. Aún así, tenía razón. Quizás los americanos resultaban ser un poco más pudorosos que nosotros.

—Vale...

—¿Vamos a mi casa?

Sonreí con su comentario.

—¿No está más cerca la mía?

—Tienes razón —admitió, levantándose de la silla y tirando de mí para que le siguiera.

Dejamos la mesa como estaba y echamos a correr en dirección al metro entre risitas nerviosas. Que Ted conociera tan bien la ciudad contribuía a que caminase entre la gente con tranquilidad, sin necesidad de ir fijándome por dónde pasábamos. Nos metimos en la primera boca y nos subimos al último vagón del metro. Como era habitual en Nueva York a esas horas, el transporte público estaba a reventar. Nos esquinamos en la parte trasera y, como dos adolescentes con las hormonas revolucionadas, nos dedicamos a darnos el lote hasta que el altavoz indicó que nos aproximábamos a nuestro destino. Dejé de besarle y me sujeté a su mano mientras él abría paso al exterior.

Prácticamente llegamos al estudio en una carrera. Los dos teníamos las

pulsaciones a mil por hora y la respiración agitada —aunque no sabíamos si era por el esfuerzo o por el calentón—. Abrí la puerta mientras nos besábamos como locos y ambos pasamos al interior. Ted me empujó contra la puerta y, ahí mismo, me arrancó el vestido antes de meterme la mano debajo del sujetador. Gemí de placer, deslizando la mano bajo su camiseta. Estaba duro como una piedra y eso hizo que la presión de mis entrañas me palpitase aún más. Deseaba tanto tenerlo en mi interior que la ansiedad se estaba transformando en dolor. Me quitó el sujetador y yo le quité la camiseta. Intenté desabrochar su pantalón mientras él mordía, chupaba, lamía y pellizcaba mis pezones, pero resultó ser que sus actos nublaban mi juicio y el buen funcionamiento de mis extremidades. Al final, sin dejar de darme placer, fue él quien se quitó los pantalones y el bóxer. Paseé la mano por su miembro y... ¡Dios! Estaba duro, grande y preparado para mí. Tuve que dejar de tocarle porque él comenzó a descender con un reguero de besos hasta agacharse frente a mi monte de Venus. También lo besó. Después separó mis piernas y posó su boca sobre mi sexo...

—Joder...

El placer era... indescriptible. Ted lamía y chupaba mi humedad haciendo que mi cabeza diera vueltas y más vueltas. Sentía que debía controlarme porque, de seguir así, podía estallar en cualquier instante. Apoyé mis manos sobre sus hombros y apreté, intentando desahogarme mientras él succionaba con destreza mi clítoris. Introdujo un dedo en mi interior, después dos, pero continuó lamiéndome. ¡Dios! El placer era..., era...

—Joder, joder...

Sentía que el orgasmo estaba a punto de alcanzarme, pero Ted no se detuvo hasta que exploté. Grité de placer y clavé las uñas en sus hombros. Él, con una sonrisa de satisfacción en su semblante, se levantó del suelo y me sonrió.

—Me toca... —murmuró, antes de lanzarse a comerme la boca.

Sentí el sabor de mi propio sexo, pero no me desagradó en absoluto. Ted me aupó entre sus brazos y yo le rodeé con las piernas para facilitarle la tarea. Me tiró contra la pared y apoyé mi espalda para repartir el peso y que no tuviera que cargar conmigo. Con una mano me sujetaba y con la otra iba guiando su miembro a mi entrada. Me dejó caer poco a poco y sentí cómo me iba hundiendo en él. Dios...

—Ted... —gemí.

Él se terminó de clavar en mí de una sola embestida y comenzó a

bajarme y subirme suavemente mientras movía sus caderas. De forma inconsciente, apoyé mis manos en sus hombros y procuré ayudarle con sus movimientos. Sentía que Ted me invadía por completo, casi partiéndome por la mitad. Estuve segura de que de no haber explotado anteriormente, el orgasmo me habría alcanzado con la segunda embestida. Él gemía mi nombre y jadeaba de placer sin detenerse. Finalmente, el esfuerzo resultó ser demasiado y de forma brusca me apartó de él para tumbarme en el suelo. Se colocó sobre mí, dejándose caer levemente sobre sus antebrazos, y se hundió en mi interior. Me lamió el cuello y murmuró lo “rica” que estaba mientras entraba y salía, cada vez más rápido, más intenso... Hasta que ambos alcanzamos el clímax simultáneamente.

Nos quedamos en el suelo abrazados, haciéndonos caricias como un par de enamorados. Si alguien nos hubiera visto a través de una cámara oculta habría pensado que nos conocíamos de toda la vida y que éramos una pareja normal dándose cariño después del acto sexual. Pero no. Acabábamos de conocernos. Y lo mejor de todo era que aquel desconocido con el que Gio me había liado me había hecho disfrutar mucho más que Darío en nuestros mejores tiempos.

No podía quitarme la sonrisa estúpida de la cara.

—¿Te apetece darte una ducha? —pregunté, sopesando si debía invitarle a quedarse a dormir o era demasiado pronto.

—Sí, claro.

Nos levantamos del suelo.

Sentí un poco de vergüenza caminando delante de él en dirección al baño. Tenía la sensación de que Ted no quitaba la mirada de mi trasero y, para ser sincera, ésa era la parte que más odiaba de mi cuerpo. Durante algunas temporadas de mi vida había intentado llevar una rutina y salir a correr para eliminar la maldita celulitis que tenía, pero finalmente me hastiaba de no ver resultados a corto plazo y desistía.

—No me mires —le pedí con una risita mientras me tapaba el culo con las palmas de mis manos.

Ted sacudió la cabeza en señal de negación con un aire juguetón.

—¿Y por qué no debería hacerlo? —inquirió, atrapándome por la cintura para darme la vuelta—. Me gusta lo que veo.

¡Joder!

Estaba convencida de que si me dejaban un mes entero con aquel hombre

en Nueva York perdería totalmente la cabeza por él.

12

Vera

Roma

Aquella noche no podía dormir.

Cuando llegué a casa me encontré con otro sinfín de llamadas de Jayden y, al final, decidí que había llegado la hora de escribirle. Aún no me veía preparada para hablar con él, pero me parecía injusto continuar sin dar señales de vida. En realidad, a esas alturas, debía de haberse dado cuenta de que faltaba la maleta de viaje y bastante ropa de mi armario. Esperaba que, al menos, se asustase un poquito al pensar que quizás yo podía haberle abandonado para no volver.

“Estoy bien. He decidido salir del país unos días y tomarme unas vacaciones. La situación era insostenible y...”

Dejé de escribir, me acerqué a la maleta y cogí el paquete de tabaco que había metido en el bolsillo exterior. Parecía que la propietaria de aquel apartamento tan rústico y anticuado no fumaba, así que abrí la ventana y acerqué hasta ella el sillón antes de encender el cigarrillo. Me acomodé y aspiré una larga calada antes de continuar escribiendo.

“..., necesitaba pensar. No sé si lo nuestro tendrá solución, pero creo que ambos deberíamos meditar sobre nuestros actos y decidir qué es lo que queremos para el futuro.

Te llamaré pronto, pero aún no me veo capaz de hacerlo.”

Bueno, no estaba mal. Quizás me había quedado un tanto melodramático pero, ¿acaso la situación no lo era?

Aspiré otra larga calada y cerré los ojos para degustarla. Me sentía libre; podía hacer lo que quisiera, decir lo que pensaba y no tener que soportar ninguna mirada de reproche. El tabaco no estaba escondido en una olla sobre un armario, sino encima de la mesa, a la vista. Podía aspirar el amargo sabor del Lucky Strike sin pensar que, después, Jayden me daría una larga charla sobre los efectos dañinos del tabaco en los dientes... Y estaría de suerte si el

cáncer no formaba parte de la conversación. Además, aquellas regañinas de mi marido siempre terminaban con malas caras y malas contestaciones que hacían que me sintiera todavía peor conmigo misma.

La temperatura era agradable y allí sentada estaba a gusto. Le di una última calada, apagué el cigarrillo en un cenicero improvisado —en realidad era un vaso vacío—, y me levanté para arrastrar la mesita auxiliar hasta aquella zona. Después saqué mi portátil, lo encendí y creé una nueva carpeta llamada “Nuevo Proyecto” antes de abrir el procesador de textos. Allí, en mitad de Roma, en una casita alejada del centro turístico tenía dos cosas muy importantes: paz y libertad. ¿Existía acaso un cóctel mejor para que la imaginación pudiera echar a volar? No sabía de qué trataría aquella novela y tampoco sabía qué era lo que quería contar, pero lo que sí tenía claro es que tenía mucho que decir. Demasiado.

Encendí otro cigarrillo y, de forma automática, mis dedos comenzaron a volar por encima del teclado. En pocos segundos ya me había dado cuenta de que escribir mi propia historia resultaba más excitante, apasionante y placentero que contestar con consejos falsos en la columna del periódico o que escribir artículos para las revistas. Las horas fueron pasando, una detrás de otra, y cuando miré el reloj resultó que me habían dado las tres de la mañana. El procesador me marcaba que ya había escrito, de un solo tirón, más de veinte páginas. Sonreí. Me sentía satisfecha conmigo misma.

Aparté el ordenador unos instantes para relajarme y fumarme otro cigarro. Solté una pequeña risita al pensar que en una noche estaba fumando todo lo que Jayden no me había permitido en tres años. Tenía claro que no podía permitir que aquel vicio se descontrolase, pero estaba dispuesta a aprovechar aquella semana al máximo y a desmelenarme mientras pudiera hacerlo.

Estaba a oscuras en el apartamento, con todas las luces apagadas y la ventana abierta. Lo único que iluminaba muy tenuemente el ambiente era la luz amarillenta que desprendía mi ordenador. Las calles estaban tranquilas y lo único que se podía llegar a escuchar era el maullido de algún gato callejero.

Cogí mi teléfono y de forma inconsciente abrí la galería de imágenes. ¿Hacía cuánto que no sacaba ninguna fotografía? La última era de Emma con los niños y, para encontrar una mía, debía de retroceder meses atrás. La última que alguien nos sacó a Jayden y a mí juntos se remontaba al año anterior, lo que realmente resultaba deprimente. ¿Estaba mi matrimonio perdido? ¿Había

muerto el amor? Esa era la pregunta que realmente me torturaba, la que una vez detrás de otra mi cabeza se repetía constantemente.

Escuché el sonido de unas risas que provenían del exterior, así que dejé el teléfono sobre la mesilla para asomarme y ver lo que estaba ocurriendo. Una parejita de tortolitos, medio borrachos, se hacían arrumacos y se besaban mientras regresaban a su casa. Sonreí. Aún recordaba aquellas primeras citas en las que Jayden y yo recorriamos los pub de moda de Manhattan, acudíamos a presentaciones y a eventos literarios, asistíamos a fiestas o simplemente íbamos a tomar unas copas y charlábamos hasta que los bares cerraban. ¿Podrían regresar a aquellos instantes o es que yo estaba empeñada en aferrarme a un clavo ardiendo? Quizás las etapas de una relación fueran así: enamorarse, disfrutar, casarse, entrar en una rutina y, poco a poco, perder toda la pasión, el amor y el sentimiento que las dos partes albergaban el uno por el otro. Suspiré hondo y me respondí que no. Pensar que debía de conformarme con un compañero de piso que ni siquiera me miraba a la cara me resultaba demasiado deprimente. O puede que, quizás, Emma tuviera razón y la culpa fuera mía por negarme a tener hijos. La verdad es que los años iban pasando y yo nunca veía el momento propicio ni me sentía preparada. ¿Debía sacrificarme por satisfacerle a él? ¿Era antinatural que una mujer de mi edad no tuviera instintos maternales? Pero la verdad es que no los tenía... Y para ser sincera conmigo misma, ¡ni siquiera me gustaban los niños! Era incapaz de imaginarme a mí misma frente a un bebé, haciéndole carantoñas o cambiándole los pañales. Y luego, claro está, estaba el asunto de mi carrera literaria. Quería embarcarme en el mundo de la escritura de novelas y dejar atrás mi etapa en las revistas y en los periódicos. Desde luego, eso conllevaba mucho tiempo y era evidente que tener un hijo implicaba que fuera yo quien se dedicase a sus cuidados. A fin de cuentas, Jayden trabajaba fuera de casa y yo lo haría desde ella.

Las voces de los dos tortolitos se intensificaron aún más. Asomé la cabeza de forma disimulada, esperando no interrumpirles. Estaban justo debajo de mí, así que volví a meterme dentro para no molestarles y para no ser vista. No quería que me catalogasen de fisgona, menos aún que se pensasen que era una perversa o algo así.

Escuché cómo la mujer gemía de placer y sonreí. No llegaba a verles la cara, pero no parecían ser, precisamente, dos adolescentes. ¿Es que acaso no tenían una casa en la que hacer guarrerías?

Los jadeos de la pareja se fueron haciendo más y más fuertes y, al final, no pude resistir la tentación de asomarme después de cerrar la pantalla del ordenador para que su luz no me delatase.

Ella, que era rubia y de una altura similar a la de él, se restregaba contra el cuerpo del hombre de forma desesperada. El chico la besaba y la tocaba por todas partes de forma apasionada y sensual. Sentí un calor ardiendo en mi sexo y fui consciente de que la escena me estaba excitando. Sí, me estaba excitando demasiado. Pero es que... ¿Hacía cuánto tiempo que nadie me tocaba de esa manera? Con apremio, con ganas, con necesidad. El chico parecía joven, pero en realidad lo único que podía ver era que tenía un pelo moreno que, sin duda, Jayden hubiera envidiado. Ella era la que más gemía; le cogía las manos y se las restregaba por sus senos. Después, sin dejar de besarse, vi cómo él metía la mano dentro de su pantalón y comenzaba a tocarla. Ella gemía de placer mientras él besaba su cuello, sus labios, su rostro.

Me mordí el labio y no pude evitar que la excitación aumentase aún más mientras veía cómo aquellos dos continuaban dándose placer sin importar quién pudiera verles. Me metí la mano dentro de la ropa interior y me imaginé que aquel chico moreno era a mí a quien estaba tocando. No pensé en Jayden, sino en él. El desconocido al que ni siquiera veía la cara pero que, sin duda, era mucho más hombre que mi marido. Me acaricié mi sexo y me sorprendí al descubrir que estaba muy húmeda. Empecé a tocarme de la misma forma que imaginaba que la estaba tocando a ella. Entrando y saliendo cada vez más rápido, con mayor intensidad... Cerré los ojos y me imaginé lo que aquel desconocido podría hacerme, todo lo que podría darme si ambos terminábamos tumbados en una cama.

Pero de pronto, escuché una carcajada. Saqué mi mano del interior de mi pijama y abrí los ojos intentando seguirles la pista. Estaban en el portal de mi edificio, entrando al interior.

Sonreí. ¿De verdad estaban masturbándose en la calle cuando, a dos metros, tenían su casa? Supuse que estaban muy borrachos, ya que les llevó más de varios minutos conseguir dar con la llave y entrar. Escuché sus voces en el descansillo y, un tanto decepcionada y sorprendida conmigo misma, decidí que había llegado el momento de continuar trabajando y regresar a la realidad de mi vida: sí, estaba sola. Más sola que la una. Y sufrir fantasías eróticas con un desconocido mientras físgaba por la ventana tan solamente me

hacía sentirme como una depravada.

—*¡Seeeei... sicuro?*

Podía oírles tan cerca de mi casa que, por un momento, creí que los tenía detrás de la puerta. Me levanté del sillón, me quité las zapatillas de andar por casa para no hacer más ruido del necesario y me escabullí hasta la entrada para poder mirar a través de la mirilla.

Me caí de culo en el suelo cuando vi una cabeza morena agachada sobre la cerradura de mi puerta. ¡Mi puerta! Debían de estar tan borrachos que se habían confundido de piso... O quizás incluso de portal, quién sabe.

Al principio sentí mi corazón latiendo a mil por hora, pero después pensé que, si no vivían aquí, tampoco tendrían la llave. “No pueden entrar”, me dije a mí misma, sintiéndome un tanto estúpida por mi reacción.

—*Andiamo... Voglio sesso... —decía la mujer.*

Sesso... ¿Sexo? ¡Por Dios Santo!

“La gente está enferma”, pensé, ruborizada.

Me alejé a gatas de la puerta mientras seguía notando que daban golpes contra ella. Pensé que, si no hacía nada para que se detuvieran, podrían terminar rompiéndome la cerradura, ¿no? Y claro, no quería eso. ¿Cómo iba a explicarle a la propietaria del piso que una pareja de borrachos se habían confundido de nidito de amor?

Me levanté del suelo, desenchufé una lámpara de la mesilla para utilizarla a modo de arma arrojadiza en caso de emergencia y me acerqué a la puerta con el paso tembloroso y poco decidido.

Cuando estuve lo suficiente cerca, tosí. Era una tos fingida, claro, pero quería que los tortolitos de fuera se dieran cuenta de que había alguien en el interior del piso. Nada más escucharme, se quedaron en silencio y aproveché el instante para abrir la puerta.

—Creo que os estáis confundiendo de... —comencé a explicarles mientras asomaba la cabeza pero, finalmente, me quedé muda.

¡No podía ser!

La mujer empezó a reír a carcajadas pero él, confundido, frunció el ceño y dio un paso hacia atrás para obtener una mejor perspectiva.

—¿Giovanni? —pregunté, incrédula, sin poder creer que fuera él quien estuviera intentando forzar la cerradura de mi apartamento.

13

Natalia

Nueva York

Cuando me desperté Ted seguía a mi lado.

Aquella noche había sido una verdadera locura y, para ser sinceros, Nueva York se había presentado ante mí por todo lo alto. Sonreí sin dejar de observar la espalda desnuda de mi “barbitas” mientras recreaba en mi cabeza todas las posturas que habíamos practicado la noche anterior. Cama, ducha, suelo, sofá... ¿Pero es que ese hombre se había estado reservando para mí toda su vida? Me reí y después me tapé la boca esperando no haberle despertado de su plácido sueño. El viaje me había causado *jet lag así que estaba despierta antes de lo previsto. Al parecer mi organismo se había descontrolado un poquito y no sabía si debía dormir, comer o echar la siesta.*

Salí de la cama a hurtadillas y cogí las bragas que estaban tiradas en el suelo para ponérmelas. Después me dirigí al baño y, de forma absurda, ahogué un pequeño gritito de emoción. “Le tengo que dar las gracias al salido de Gio por todo esto”, me dije a mí misma.

Repasé mi imagen; mi cabello rizado estaba alborotado así que intenté controlarlo con un peine y un poco de espuma. El resultado no fue perfecto, pero al menos dejé de parecerme a un león recién salido de una secadora. Me lavé la cara, los dientes y después volví a salir en busca de mi teléfono.

Ted parecía profundamente dormido, así que sin hacer ruido me trasladé al sofá.

“Gracias por haberme enviado a tu amigo. Ha resultado ser..., sorprendente”. Añadí el emoticono de un guiño de ojo y pulsé la tecla de enviar. Sin duda, Gio tenía la mente más sucia y perversa del mundo, así que pillaría la indirecta de la misma.

Su respuesta no tardó demasiado en llegar: “Me alegro mucho, mi Natalina. Iba siendo hora de que te olvidases de Darío de una vez por todas...”. ¿Así que lo había hecho por eso? Seguía pensando que aquel viaje era una forma de olvidarme de mi ex, cuando en realidad había sido una forma de escapar del aburrimiento, la rutina y de mi estilo de vida. Estaba a punto de responder cuando me entró un nuevo mensaje de Gio: “Por cierto... Podías haberme avisado de que había alguien viviendo en tu apartamento”. Espantada, solté el teléfono como si éste me hubiera electrocutado y me llevé las manos a la boca. ¡Joder! ¡Gio tenía llaves de mi casa! Se las había dejado por si ocurría alguna emergencia y al hacerlo no consideré la idea de que pudiera utilizar mi pequeño y bonito apartamento como picadero.

—Joder, Gio... —murmuré en voz alta mientras respondía al mensaje.

“Dime, por favor, que no te has metido en la cama de la americana con una de tus furcias”.

Podía recrear la escena en mi cabeza y, la verdad, el resultado no era satisfactorio. Gio detenido en comisaría, o quizás la pobre americana con un paro cardíaco por el susto. En el mejor de los casos ella terminaba uniéndose al club y al final se montaban un trío, pero por alguna razón sospechaba que aquella era la versión menos probable de los hechos. Y, claro, también suponía que era la versión con la que mi Giovanni habría fantaseado.

“Sin incidentes... Tengo todo bajo control. Y no se te ocurra llamarlas furcias, son amantes.”, respondió unos dos minutos después.

¿Por qué tenía la horrible sensación de que no quería entrar en detalles?

—¿Natalia?

—¡Voy! —exclamé mientras sopesaba si debía enviarle algún mensaje a la chica americana para avisarla de lo peligroso que podía ser Giovanni en algunas ocasiones.

Al final solté el teléfono y decidí dejarlo todo en manos del destino. Pensé que lo peor que podía suceder era que Gio terminase con una esposas y, tras considerarlo, un buen escarmiento le podría incluso hacer mucho bien.

Me acerqué a Ted y me dejé caer junto a él en la cama. Sonrió de forma cariñosa y se acercó hasta mí para besarme en la punta de la nariz. ¿Hacía cuánto que no dormía junto a otro hombre? Ni siquiera lo recordaba. Por lo general, mis encuentros con Darío no culminaban con el clásico “dormir juntos y abrazaditos”. La verdad es que debía confesar que había sido muy agradable y placentero.

—Pareces feliz —señaló mientras acariciaba mi espalda desnuda con el dedo índice.

Sentía cómo su dedo formaba pequeños círculos sobre mi piel, provocándome un pequeño cosquilleo.

—La verdad es que así me siento —confesé sin disimulo—, ha sido una noche... agradable —concluí incapaz de encontrar un adjetivo mejor que no fuera agresivo.

En mi cabeza la habría calificado de salvaje, apasionada o extremadamente sensual. Pero supuse que describírsela así podría llegar a espantarlo un poco.

—¿Intentamos mejorar? —ronroneó acercándose a mi cuello.

Me reí como una niña tonta y me aparté de él.

—Primero quiero conocer Nueva York... —expliqué haciendo un buen uso de mi fuerza de voluntad—. ¿Te apetece acompañarme?

—Contaba con ello —confesó—, así que ya tenía mi *planning* preparado.

Sonreí y él me devolvió el gesto.

Aún no sabía si Nueva York iba a gustarme o no, pero una cosa tenía por segura: aquel viaje había merecido la pena por el simple hecho de haber tropezado con él.

Nos hicimos los remolones un rato más y después salimos de la cama y nos dimos una ducha. Por separado, claro. Juntar nuestros dos cuerpos desnudos bajo un chorro de agua fría podía suponer un verdadero peligro bastante difícil de controlar. Ted se duchó primero y después lo hice yo. Mientras me secaba superficialmente el cabello, él aprovechó para bajar a la calle y comprar un par de cafés y unos donuts para desayunar. Sin duda, el chico era un verdadero encanto.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer hoy? —pregunté.

Tenía ganas de hacer turismo, pero esperaba que el hecho de hacerlo junto a un chico nativo contribuyera a una experiencia mucho más... especial.

—Hoy vamos a ir a la Whispering Gallery —me explicó con una sonrisa enigmática.

—¿Whispering Gallery? —repetí, intentando ubicar el lugar en mi cabeza.

Desde luego, no me sonaba haberla visto entre el Rockefeller Center y la catedral de San Patricio por las guías de Nueva York, pero si algo había

aprendido de Ted es que podía sorprenderte en cualquier instante.

14

Roma

Vera

La rubia que acompañaba a Giovanni parecía muerta de risa. Supuse que se imaginaba que su acompañante se había confundido de puerta, nada más. Y en efecto, así era. Lo curioso de todo no era su confusión, si no que el destino lo había vuelto a guiar hacia mí.

Miré de reojo a la chica: alta, rubia, guapísima y con unas largas piernas de infarto. Pensé que ni siquiera en mis mejores tiempos podía haberle hecho alguna competencia.

—¿Vera?

Por unos segundos llegué a pensar que quizás el chico hubiera montado queriendo aquel numerito a modo de acosador resentido. Una forma retorcida y macabra de devolvérmela por haberle dado calabazas. Aunque, claro, la expresión contrariada de su rostro mientras tanteaba la mirada entre el número de la puerta y la lámpara que sostenía en mi mano evidenciaban que estaba tan consternado como yo.

Ambos nos quedamos en silencio, boquiabiertos, con las carcajadas de la chica de fondo. Vi como la rubia se acercaba a él para decirle algo en la oreja, pero el italiano estaba haciendo uso de todas sus facultades para intentar comprender qué era lo que estaba sucediendo.

—¿Qué piensas hacer con... eso? —preguntó señalando la lámpara y dejando entrever una sonrisa pícaro.

Sonreí yo también, sintiéndome un tanto estúpida.

—Nada, yo sólo...

La chica, que parecía haberse cansado de aquel encuentro y que deseaba marcharse cuanto antes para que pudieran continuar con sus arrumacos, volvió a acercarse al italiano para decirle algo más en el oído.

—*Addio, ragazza...* —le respondió con un mal gesto, dejándole claro que su fugaz aventura había llegado a su fin.

Ella, resentida, se dio la vuelta y se marchó sin siquiera dirigirse a mí o responderle a él.

Suspiré hondo mientras intentaba relajarme. Dejé la lámpara en el suelo y después volví a centrar mi atención en el ligón que tenía delante.

—¿Sabes de quién es esta casa? —preguntó con una sonrisa pícaro.

Me encogí de hombros.

—Podría decirse que durante los próximos días será mía —deduje, haciéndome a un lado para dejarle pasar al interior—. ¿Se puede saber por qué intentabas allanar mi morada?

Él pasó hasta el salón sin pedir permiso, confiado y seguro de lo que hacía. Boquiabierto, le seguí por el pasillo de la entrada mientras me preguntaba a mí misma por qué diablos había optado por dejar entrar a un desconocido en mi casa a las tantas de la madrugada.

Justo en ese preciso instante, mi teléfono móvil comenzó a sonar encima de la mesilla del salón. Giovanni se adelantó y, tras coger un objeto del mueble de la televisión, se acercó para darme mi teléfono.

—¿No vas a contestar?

Me masajé las sienes con calma mientras veía el nombre de Jayden iluminado en la pantalla. No, la verdad es que no tenía pensado responder.

—¿Qué es eso? —respondí señalando el objeto que tenía en sus manos y esquivando la pregunta.

Giovanni levantó en alto una fotografía enmarcada. En ella aparecía la propietaria del piso junto a... él.

—¿Es tu novia? —inquirí, boquiabierto.

Él soltó una terrible risotada antes de acomodarse en el sofá.

Un millón de ideas acudieron de pronto a mi mente; entre ellas, que el ligón guaperas de anuncio que tenía ante mí fuera el marido de la mujer que me había alquilado el piso y que, en ausencia de ella, estuviera intentando cometer una infidelidad.

Giovanni bostezó y se acomodó aún más en el sofá. “Mal asunto”, me dije a mí misma mientras sopesaba cómo me las apañaría para echarle del piso. Parecía sentirse muy cómodo ahí.

—Es algo parecido a una hermana —me explicó, quitándose los zapatos—. Mi Natalina.

“No, no, no...”

—¿Qué haces? ¿Por qué te descalzas? —corté mientras mi teléfono

volvía a sonar—. Tienes que marcharte.

Me acerqué hasta el chico, apresurada, para recoger sus zapatos y ponérselos sobre el regazo.

¡Dios Santo! ¿Cómo era posible que de cerca fuera aún más guapo?

—¿No vas a responder la llamada? —insistió, al parecer muy divertido con la situación.

Volví a mirar la pantalla del móvil y sacudí la cabeza en señal de negación. Era Jayden. Al parecer mi plan de fugarme de casa había funcionado, sí. ¿Cómo era posible que durante los últimos meses de nuestra vida no se hubiera acordado de mí y que, nada más perderme de vista, se volviera tan insistente?

—Si fuera tú, respondería. Tiene pinta de que no va a dejar de llamar.

Giovanni levantó las cejas y miró el teléfono que yo tenía en la mano. Estaba tumbado en el sofá, apoyado en el respaldo con la camisa remangada y los pies descalzos. Estaba sexy. Fui incapaz de no ruborizarme tras recordar que, unos minutos atrás, me había masturbado imaginándome que él me tocaba.

Sacudí la cabeza, borrando esos pensamientos de mi repentina sucia y perversa mente, y me acerqué a la ventana para contestar la llamada. Hablar con Jayden no era lo que más me apetecía en aquellos instantes, pero Giovanni tenía razón: insistiría una y otra vez hasta tener noticias mías.

—Hola —murmuré al descolgar.

Escuché un suspiro al otro lado de la línea.

—¿Se puede saber a qué cojones estás jugando, Vera?

Pestañeeé, incrédula. Desde luego, aquello no era precisamente lo que habría esperado escuchar.

—No estoy jugando a nada —respondí, esperando que mi tono de voz sonase fuerte y decidido—, pero necesitaba marcharme. No podía seguir así.

—Ya lo veo, ya... Como siempre —escupió con veneno—, exactamente igual que siempre. ¿Es qué nunca dejarás de ser tan egoísta y de pensar solamente en lo que tú quieres?

Y sin decir nada más, Jayden cortó la llamada.

Me quedé en silencio con el teléfono en la mano mientras una lágrima silenciosa se deslizaba por mi mejilla derecha. Sabía muy bien que con “ser egoísta” y “no pensar en los demás” se refería al tema de los niños. O al menos, eso suponía. Apreté el teléfono, encerrándolo en mi puño, y aspiré y respiré hondo, procurando calmarme. Jayden era capaz de crispar mis nervios

en dos segundos.

—*¿Tuo marito?*

Me di la vuelta y vi a Giovanni en el sofá, despatarrado como si estuviera en su propia casa.

—No —mentí.

Lo último que me apetecía era que un niño guaperas que no tenía ni idea sobre el matrimonio o la convivencia me diera una charla sobre mi relación con Jayden. O mejor dicho, sobre mi no-relación.

—Mentirosa —señaló con diversión—, pero no pasa nada. Entiendo que no quieras hablar de ello, *bella*.

Me sentía abatida; como si un tren me hubiera pasado por encima aplastándome con cada uno de sus vagones hasta dejarme hecha puré. Mi marido tenía la capacidad de destrozarme mis nervios y mi calma incluso encontrándose a más de seis mil kilómetros de distancia. La palabra “divorcio” flotó, una vez más, entre las opciones que barajaba mi mente en aquellos instantes. Pero no. Yo no era capaz de divorciarme... No podía.

—*La mia bella signorina...* —ronroneó el guaperas del sofá con una sonrisa traviesa en el rostro—. *¿Voy a poder dormir en tu cama esta noche?*

Sacudí la cabeza en señal de negación pero, en lugar de horrorizarme y gritarle que saliera escopetado de mi apartamento, me reí. ¿Qué diablos podía ver en mí aquel chico? Yo era unos cuantos años mayor que él y el resto de las diferencias saltaban con facilidad a la vista. Él parecía sacado de un anuncio de televisión y yo parecía una maruja que fisgoneaba a altas horas de la madrugada por la ventana. Bueno, en realidad, lo parecía y lo era.

Caminé hasta Giovanni y me dejé caer a su lado. Me parecía surrealista pensar que, en aquellos momentos, tenía a un hombre como él semi-tumbado en mi sofá. Pero claro, ¿acaso no era surrealista el simple hecho de que me encontrara en Roma? Tan lejos y tan perdida...

—¿Quién era ella? —pregunté con curiosidad.

Me imaginaba la clase de chico que era; un ligón con la agenda del teléfono repleta de números de mujeres que jamás le rechazarían la proposición de una cita. No, ni siquiera eso. Una cita era demasiado pedir, así que seguramente la propuesta no fuera más allá de un visto y no visto en la cama de su apartamento.

—Una *amica*...

—¿La conocías de antes?

Sabía que aquellos asuntos no eran de mi incumbencia pero, inevitablemente, sentía curiosidad.

—¿Ésa es la imagen que te has llevado de mí?

Fruncí el ceño y le lancé una mirada acusatoria.

Hacía tiempo que me había retirado del mercado y no tenía mucha idea de cómo funcionaban las cosas, pero en mis años mozos había tropezado con muchos chicos de su estilo y sabía a qué atenerme con ellos.

—¿Cómo se llamaba?

Él me sostuvo la mirada unos instantes pero, finalmente, se rindió y se encogió de hombros.

—¿Ni siquiera sabes su nombre? —ataqué, incapaz de contener la risa—. ¡Por Dios Santo!

Giovanni no parecía escandalizado por mi reacción, más bien lo contrario. Le divertía. Supuse que el hecho de coleccionar conquistas era su verdadero reto. No le importaba lo más mínimo quiénes fueran esas mujeres ni los sentimientos que pudieran albergar hacia él... Simplemente quería un visto y no visto.

Giovanni se acercó a mí y dejó caer su mano sobre mi pierna. Podía sentir su calidez traspasando la tela del pijama. Mi mente volvió a volver hasta la escena que había contemplado por la ventana y, una vez más, volví a imaginarme que se abalanzaba sobre mí para besarme de la misma forma que la había besado a ella. Con pasión y deseo. Con ansiedad y apremio. Podía imaginarlo metiendo su mano debajo de mis braguitas y pronunciando mi nombre con aquellos sensuales labios...

—¿En qué estás pensando, *signorina*?

—*Signora* —*corregí con un mal italiano*—, *recuerda que estoy casada*.

Giovanni se mordió el labio y me sostuvo la mirada. Era muy provocativa su forma de mirarme tan fijamente. Además, podía intuir lo interesado que estaba en mí —aunque teniendo a aquellas rubias a su disposición no comprendía por qué—.

—No lo pareces —aseguró, acercando más su cuerpo al mío.

Se agachó sobre mí. Sentí el calor de su cuerpo apoyándose sobre él mío y no pude evitar tensarme. Estuve a punto de saltar del sofá, pero para mi sorpresa, Giovanni únicamente se había agachado para cogerme... ¡un pie!

—¿Qué haces?

Le miré horrorizada.

Mis pies no eran, precisamente, bonitos. Tenía durezas y..., debía admitir que eran un tanto deformes. Yo lo achacaba al efecto secundario de haber utilizado tacones altos durante mis años más jóvenes, pero quizás tan sólo fuera un defecto hereditario.

Él no me respondió.

Apoyó mis pies sobre su regazo y, con destreza, comenzó a masajearlos lentamente. Sentir el contacto de sus manos —aunque fuera en la planta de mis pies— hizo que un cosquilleo ascendiera por mis entrañas. ¿Tan desesperada estaba? Le miré. El acto en sí no era para nada sensual, pero... ¿Para qué engañarme? Giovanni era exactamente la descripción a la palabra sensualidad. Aquellos ojos verdes, sus suaves manos, sus músculos tan tensos y firmes, su sonrisa de anuncio... Intenté apartar las piernas pero él me agarró para detenerme.

—Son horribles...

El chico italiano me miró sin comprender muy bien a qué me refería.

—Mis pies —puntalicé con desgana.

Él sonrió sin responder, pero continuó tocándome de aquella manera hasta prácticamente subir sus manos a mis tobillos. Las cosquillitas que sentía en mi interior fueron en aumento, así que el rubor ascendió hasta mis mejillas. Recé porque él no fuera consciente de lo que sentía cuando me tocaba. “¿Qué te está pasando, Vera?”, me pregunté a mí misma. Me resultaba demasiado abrumador sentirme excitada porque un desconocido estuviera masajeándome los pies. Cerré los ojos e intenté pensar en algo no-sensual. Estaba en Roma. Un desconocido se había filtrado en mi apartamento. Ese desconocido se me había insinuado unas horas antes. Y además, para rematar, ese desconocido me estaba provocando pensamientos impuros tocándome los pies.

—Esto es surrealista... —murmuré en voz alta, incapaz de callármelo.

—¿No te trata bien?

Le miré. Él también me miraba.

No necesité preguntar para comprender que estaba refiriéndose a Jayden.

—No me trata, directamente —escupí, sincerándome.

—¿Te es infiel?

“Y ahí está la pregunta del millón”.

Me quedé callada y lo medité interiormente: desconocía la respuesta. Pero, en caso de conocerla, ¿habría cambiado algo?

—Entiendo —respondió tras mi silencio—. Así que por eso estás aquí...

Para decidir si debes divorciarte o no.

Pegué un respingo en el sofá y abrí los ojos como platos.

—¡No voy a divorciarme!

Era la primera vez que lo aseguraba en voz alta.

Sí, había pensado en el divorcio pero... ¿De verdad me creía capaz de tirar todo lo que había construido junto a Jayden por la borda? ¿De empezar de cero? ¿De volver a enamorarme? Definitivamente, no. Ahí tenía mi respuesta. Había necesitado que alguien pusiera las cartas sobre la mesa para ser consciente.

—¿No? ¿A pesar de que te esté siendo infiel?

“¿Por qué estás hablando de tu matrimonio con un desconocido, Vera?”

—No lo entiendes, pero hace tiempo hice una promesa y pienso cumplirla.

Giovanni presionó con su dedo pulgar la planta de mi pie derecho y un escalofrío de placer me recorrió de pies a cabeza. “¿Por qué aquello me resultaba tan... excitante?”

—Quizás me equivoque pero creo que en esa promesa ambas partes se juran respetar y ser fiel, ¿verdad?

Ligón, guaperas de anuncio, sexy y, además, psicólogo. Genial.

Suspiré.

—Supongo que sí —confesé—, por eso he decidido desaparecer unos días. He pensando que quizás esto le ayude a sopesar lo que pierde y lo que gana... A valorarme.

—¿Y dejar a su amante?

—Si es que la tiene... No lo sé. Pero sé que yo soy una mujer hecha y derecha con la que ha decidido compartir su vida y, bueno... Una aventura no hará que su forma de pensar hacia mí cambie.

Giovanni sacudió la cabeza en señal de negación.

—Es increíble lo poco que te valoras, *signora*... —señaló con fingida indignación—. *Si un hombre tiene que perderte para valorarte, entonces es que no te quiere. Y si ha cometido el error de serte infiel, entonces es que...*

—Ni siquiera sabías su nombre, así que cállate —le corté, propinándole una leve patada en la pierna con mi pie.

Giovanni no sonrió.

Tuve la sensación de que la escena entre ambos se comenzaba a tensar, pero él no parecía a disgusto conmigo. Simplemente dejó el tema y se quedó

callado mientras continuaba su sensual masaje. Sus manos comenzaron a elevarse levemente por mi pie hasta comenzar a subir por mi pierna. Suspiré e intenté que mi perversa mente se mantuviera en orden.

—¿Voy a poder dormir en la *tua stanza*?

—¿En mi habitación? ¡Ni hablar!

Él soltó una risita nerviosa y acentuó el masaje aún más.

—Yo te haría olvidar al *tuo marito*... —ronroneó con la voz aterciopelada mientras se acercaba más a mí.

Cerré los ojos, intentando no perder la cabeza.

Pero es que el chico italiano era tan irresistible que la tarea estaba muy, pero que muy, complicada. Sentí cómo me daba un beso en la mejilla y me tensé. Noté la humedad entre mis piernas y supe que, aunque lo negase, le deseaba muchísimo.

—Creo que ha llegado la hora de que te marches —murmuré, levantándome del sofá.

Le miré de reojo, avergonzada, mientras me decía a mí misma que mi fuerza de voluntad era impresionante si había rechazado a aquel hombre. Pensar que en aquellos mismos instantes Jayden podía encontrarse compartiendo la cama con otra mujer mientras yo me resistía a mis instintos resultaba frustrante.

—¿No puedo dormir aquí? —inquirió revisando el reloj de su muñeca—, son las cinco de la mañana y entro a trabajar a las ocho.

Abrí los ojos como platos.

—¿Es cierto? ¿Entras a trabajar a las ocho?

Me parecía increíble lo irresponsable que era aquel muchacho.

—Totalmente cierto —añadió fingiendo un mohín demasiado infantil para su edad—. Dormiré en el sofá y seré bueno... Lo prometo.

Volví la vista hacia la estantería del mueble del televisor y me fijé en la fotografía donde la propietaria del piso compartía un retrato con Giovanni. ¿Cómo era posible que una chica en su sano juicio pudiera ser amiga de semejante espécimen?

Supuse que quizás, dadas las circunstancias, podría permitirle dormir en el sofá.

—Ni se te ocurra entrar en mi habitación —amenacé, dándome la vuelta para abandonar la estancia.

Cuando me quedé a solas suspiré.

Quizás aquel viaje no estuviera siendo muy normal pero, sin duda, de todo aquello sacaría material suficiente para escribir mi novela.

15

Nueva York

Natalia

Aquella mañana soleada me dejé guiar plenamente por los conocimientos de Ted. Vestida con unos pantalones vaqueros muy cómodos, unas deportivas y una camiseta de tirantes, me enganché en su brazo y decidí no preocuparme por nada y disfrutar de Manhattan todo lo que pudiera.

Tenía que admitir que según avanzaban las agujas del reloj, mejor me sentía conmigo misma. Aquella sensación de aburrimiento, pérdida e inapetencia que había adquirido en Roma poco a poco se iba disipando.

Anduvimos durante horas. Por la mañana recorrimos Times Square; nos sentamos en los escalones rojos y visitamos la tienda de M&M's para recargar la mochila con la que sería nuestra merienda de aquel día.

Ted resultó poco hablador pero un chico muy culto y, como cada mañana, debía leer el periódico; de manera que la siguiente parada que hicimos fue en la grandiosa y majestuosa New York Public Library, de la que terminé totalmente cautivada. Para culminar, terminamos en la Grand Central Terminal —aunque Ted era un anticuado que seguía refiriéndose a ella como la Grand Central Station—.

Comimos allí, rodeados de transeúntes, viajeros y turistas. Tenía la sensación de que aquel chico y yo habíamos conectado de la misma, así que me sentía realmente cómoda a su lado. Era como si, de forma automática, hubiéramos firmado un trato. Aquellos días en Nueva York compartiríamos un romance, una aventura y unas caricias, algo para recordar pero no para llorar. La única condición impuesta en aquella relación era no enamorarse. Claro que, quizás por la timidez, ninguno de los dos había sacado el tema ni había optado por hablar de ello. Todas esas suposiciones las dábamos por hechas —o eso esperaba yo— para que la experiencia resultase lo más satisfactoria posible.

Sonreí mientras le veía devorar una enorme hamburguesa frente a mí. Me

encantaba pensar que aquella semana sería algo así como “el romance veraniego” que nunca tuve. Una de esas experiencias que al recordar con los años te provocaba una sonrisa tierna y nostálgica de forma automática. De joven mi padre siempre me había dicho que la vida no se podía contar en los años que uno tenía, sino en los momentos que se habían ganado. Esperaba que Ted resultase uno de esos instantes tan únicos que mi mente grabaría a fuego para no olvidar jamás.

—¿Está buena? —pregunté.

Él sacudió la cabeza en señal de negación.

—Está impresionante.

Sin demorarme más, agarré aquella monstruosa hamburguesa y me lancé a devorarla.

—Cuéntame, Natalina... —me dijo con curiosidad, atacando mientras tanto las patatas que habíamos pedido para compartir—, si odias tanto esa galería, ¿por qué sigues trabajando allí?

Dejé la hamburguesa en el plato y, procurando armarme de la mayor sinceridad posible, comencé a explicarme.

—Creí que en Italia encontraría la cuna del arte y... ¿por qué no decirlo? También la de las oportunidades. Resultó que la cosa no era tan sencilla como parecía, pero aún así me quedé... Presentía que si esperaba algo bueno llegaría.

—Pero no llega.

—Pero no llega —confesé—. Puede que algún día encuentre un puesto de trabajo que merezca de verdad la pena, porque Piero va terminar acabando con todo el amor que le proceso al arte.

Ted soltó una carcajada.

—¿Y qué te gustaría hacer? ¿Abrir una galería?

Asentí.

—Me encantaría hacer algo parecido a lo que tú haces... Ser una “cazatalentos”. Tener mi galería y contribuir a que el mundo descubra personas talentosas y nuevas formas de arte, ¿sabes? Parece que hoy en día las apuestas nuevas no merecen la pena, y yo quiero cambiar eso.

—Pues quédate en Nueva York —bromeó mientras mordía la hamburguesa. O al menos eso esperaba que estuviera haciendo: bromear. —. Aquí las apuestas arriesgadas están de moda.

Ted no tenía pinta de ser el típico chico romántico que anhelaba encontrar

el amor y que se quedaba prendado de la primera mujer que se cruzaba en su camino, así que decidí no amedrentarme con tanta facilidad y continuar disfrutando.

—Ya veremos si Nueva York consigue enamorarme o no —le respondí con un guiño.

Tal y como había prometido, la siguiente parada fue la *Whispering Gallery*, un verdadero gabinete de secretos que según Ted me contó fue construido en el interior de la gran estación por un español. Sonreí de forma estúpida mientras Ted me colocaba frente a una columna y me decía que debía esperar ahí, muy quieta, sin hacer trampas y mirar. Debo confesar que no me pude resistir y que, finalmente, terminé echando la vista atrás para comprobar que mi barbitas se iba a la columna opuesta y se colocaba en la misma posición que yo...

—¿Natalina?

Abrí los ojos como platos. Ted debía de estar a unos diez metros de distancia de mí, pero podía oírle a través de la columna como si me estuviera susurrando en la oreja. Solté un gritito de asombro y empecé a reírme como una loca.

—¿Me recibes alto y claro?

—¡Te recibo, Houston! —bromeé divertida—. Sabes que en realidad me llamo Natalia, ¿verdad?

Escuché su risa alta y clara, como si Ted estuviera riéndose a mi lado.

—No lo sabía... Culpa de tu amigo Gio.

—Lo imaginaba.

Me giré levemente para mirarle... ¡Joder! ¡Estaba lejísimos de mí y dándome la espalda, colocado frente a la columna!

Le escuchaba hablarme tan cerca que aquello parecía ser cosa de magia.

—¿Sabes para qué utilizan las parejas la *Whispering Gallery*?

—Cuéntamelo...

Sí, lo que estábamos haciendo era algo parecido a enganchar dos yogures por una cuerda y hablar a través de ellos en plan “walkie-talkie”. *¿Pero para qué negarlo? ¡Aquello era divertidísimo!*

—La utilizan para declararse y pedir matrimonio.

Su explicación me llegó alta y clara.

“Ten cuidado, que éste se enamora”, me decía una voz en mi interior. Aún así, decidí apagarla y seguir disfrutando. Junto a Ted me sentía viva y, además,

estaba deseando regresar a casa y que me volviera a empotrar contra la pared. Poner freno a aquello solo serviría para que la diversión culminase antes de tiempo.

—¿Y vas a pedirme matrimonio?

“Si no puedes con el enemigo, únete a él”, me dije de forma jocosa.

—Puede que algún día... No lo descarto.

Salté en carcajadas y, mientras Ted seguía hablándole a la columna, yo me alejé de la mía para acercarme a él, colocarme tras su espalda y darle un susto de muerte.

Nos marchamos de la estación sobre la cinco mientras comentábamos la última propuesta para cerrar el día; ¿en tu casa o en la mía?

No podía evitar sentirme tan perversa como mi amigo Gio, pero debía de admitir que me encantaba.

Unas horas más tarde, estábamos en el apartamento de Ted preparando una pizza casera y llenándonos hasta la ropa interior de harina. Fue sexy y divertido, pero no pasamos de los tocamientos superficiales mientras cocinábamos. Ted me explicó que aquellos días no trabajaría para poder compartirlos conmigo: era una de las ventajas que tenía su oficio y su condición de autónomo. Podía viajar o tomarse las semanas libres que necesitase y organizar su vida tal y como él creía oportuno.

Devoramos la pizza de pepperoni con extra de mozzarella antes de lamernos en profundidad para limpiarnos mutuamente las manchas de harina que nos habíamos hecho el uno al otro. Así comenzó el sexo aquella noche y, a decir verdad, fue igual o más impresionante que el de la noche anterior.

Ted me desnudó con brusquedad e impaciencia y, después, me lamió la espalda con suavidad y ternura hasta culminar con un húmedo beso en mi nuca. Sentía la excitación creciendo en mi interior cuando me sentó sobre su regazo para besarme la boca. Para comerme entera.

¡Y joder, el barbitas...!

Era capaz de volverme loca con esa lengua suya.

Desnudos, abrazados, nos besamos mientras yo me mecía suavemente sobre él y nuestros sexos se rozaban. Sentía su erección creciendo más y más en cada uno de mis movimientos y eso me encantó. Estaba tan húmeda y él tan duro que supe que, si continuaba meciéndome de esa manera, terminaría clavándose en mí de forma natural, sin siquiera una pequeña ayuda o guía hacia mi interior. Y así fue. Noté cómo me penetraba mientras yo me movía

lentamente para recibirle por completo y, después, me coloqué a horcajadas dispuesta a cabalgarle, a disfrutar de él y de todo lo que tenía para darme. Me besó la clavícula con sensualidad antes de descender a mis pechos. Atrapó un pezón entre sus labios y lo succionó. Su boca sabía hacer magia, desde luego. Me tiró contra el sofá, colocándome de espaldas. Abrió mis piernas mientras murmuraba mi nombre con voz sedosa y me embistió de una estacada. “¡Ay, Nueva York...!” pensaba con la vista nublada mientras sentía su barba en mi cuello y su respiración agitada. Jadeábamos y gemíamos de placer, sudando y disfrutando desinhibidamente de nuestros dos cuerpos desnudos. Ted entraba y salía cada vez más fuerte... Puede que para esas alturas ya hubiera aprendido qué era lo que me gustaba y lo que no, cuándo quería que se clavase en mí fuerte, lento pero muy duro, y cuando me gustaba que fuera rápido y apretase el ritmo.

—Nata... —gimió mientras el orgasmo le atravesaba.

Pero el placer fue tan intenso que no pudo terminar de pronunciar mi nombre.

16

Roma

Vera

Me desperté temprano por los ruidos que se escuchaban en la estancia continua. Al principio estaba desorientada y pensé que Jayden se había despertado antes que yo. Debía estar preparando el desayuno... Quizás me trajera zumo de naranja recién exprimido y tostadas con frambuesa a la cama como en los viejos tiempos.

Pero no, claro que no.

Abrí los ojos lentamente y pestañeé repetidas veces para adaptarme a la luz del día. No tardé demasiado en comprender que estaba en Roma, en el apartamento rústico que había alquilado de forma precipitada en un intento absurdo por escapar de mi fracasado matrimonio y que, quien estaba haciendo aquellos ruidos, era el sexy chico de anuncio que había dormido en el salón de mi apartamento. Ése que me había provocado mis primeras fantasías eróticas y con el que había fantaseado mientras me masturbaba por primera vez en mi vida.

“Soy una perversa”, pensé, tapándome el rostro con el cojín.

—¿Estás despierta?

Giovanni irrumpió en la habitación con una sonrisa de oreja a oreja.

Estaba vestido y su pelo mojado me indicó que había utilizado la ducha de mi piso sin antes consultármelo. En realidad, tampoco me importaba. Y si algo sabía de aquel italiano era que desvergonzado y descarado era un buen rato...

—Supongo que sí —admití sentándome sobre el colchón.

Mi aspecto debía de ser horrible; despeinada, con ojeras, legañas... ¿Pero acaso importaba? Aquel chico no me interesaba en absoluto así que la necesidad de resultarle atractiva era una estupidez.

—Te traigo el desayuno, *bella* —dijo, antes de salir al salón a por una bandeja y de regresar a mi habitación con ella en sus manos.

Sonreí y no pude evitar soltar una tremenda risotada cuando vi el contenido de la bandeja. Dos tazas de café, dos zumos de naranja y una torre de galletas con pepitas de chocolate.

—Natalina no las echará de menos —explicó guiñándome un ojo.

Sacudí la cabeza de forma desesperada mientras, una vez más, me repetía a mí misma que aquel chico no tenía remedio alguno.

Se sentó en la cama, junto a mí, y comenzó a devorar las galletas bajo mi atenta mirada. No pude evitar pasar por alto la ironía de la situación y, de forma inconsciente, añoré que aquella realidad no estuviera teniendo lugar en Cold Spring y con mi marido. ¿Era una inocente por pensar que una relación podía volver a resurgir de las cenizas?

Sacudí esos pensamientos de mi mente y me centré en el momento que estaba viviendo. ¡Dios! Giovanni estaba guapísimo con el pelo chorreando sobre su rostro moreno. Prácticamente no habíamos dormido pero su cara no reflejaba ningún atisbo de falta de sueño. Estaba guapo, sí.

—¿No estás cansado? —inquirí mientras me tomaba el café a pequeños sorbos.

—Dormir está sobrevalorado... Prefiero disfrutar las noches —respondió con una sonrisa pícaro que me sacudió las entrañas.

Carraspeé y me centré en desayunar sin dejar de preguntarme por qué un chico como él perdía el tiempo en cortejar a una mujer como yo. En vano, además.

Hablamos de cosas absurdas hasta que la torre de galletas desapareció. Después se levantó, garabateó algo en un papel y lo dejó sobre la mesilla.

—Hoy presentamos una nueva expo en la galería en la que trabajo —me explicó—, si te apetece, pásate. Creo que te gustará.

No respondí, y a pesar de ello Giovanni se despidió con un beso en la frente.

—¡Oye! —exclamé, divertida. Empezaba a tomarme con humor a aquel chico—, ¿por qué tanta insistencia?

Su sonrisa se ensanchó.

Era evidente que sabía muy bien a qué me refería.

—Eres mi primer “no” y me he propuesto transformarlo en su “sí” —explicó mordiéndose el labio inferior—, eso entre otras razones.

—¿Qué otras razones...? —pregunté.

Giovanni bajó la mirada y yo la seguí hasta mi camiseta de pijama.

Necesité más de dos segundos para comprender que no llevaba sujetador y que mis pezones se transparentaban por encima de la tela, dejándose intuir demasiado.

—¡No! —grité, ruborizada, tapándome con ambas manos.

Él se rió, divertido, antes de desaparecer de mi vista.

Me sentí extraña.

Un hombre guapo, sexy y joven me deseaba y eso era extraño.

Escuché el sonido de la puerta, cerrándose de un portazo, mientras pensaba en cómo reaccionaría Jayden si lo supiera. ¿Me cuidaría más? ¿Me valoraría más si fuera consciente de que otros hombres aún estaban dispuestos a pelear por mí? Tal vez. Supuse que jamás conocería la respuesta y que pensar en ello no me ayudaría a avanzar y a superar mis miedos.

Me levanté de la cama y caminé descalza hasta la ventana. Ví a Giovanni saliendo del portal y caminando por la callejuela de piedra hasta desaparecer entre las fachadas de colores desgastados.

Cogí el paquete de tabaco y encendí un cigarrillo mientras repasaba las novedades en mi teléfono móvil. O mejor dicho, las no-novedades. No había rastro de Jayden, lo que hizo que me sintiera fatal. Todavía recordaba la dureza que había empleado en su tono de voz en nuestra última conversación. ¿Y si tenía razón? ¿Y si me estaba comportando como una niña egoísta huyendo de mis problemas? Quizás. Seguramente así fuera.

Pero tal y como me había dicho Emma, debía reencontrarme conmigo misma y comenzar a quererme. Eso era imprescindible si quería recuperar lo que Jayden y yo teníamos tiempo atrás.

¿Cómo era la antigua Vera? Decidida, libre, divertida, alegre... ¿Y qué quedaba de ella? Me costaba admitirlo pero la respuesta real era “nada” o “muy poco” —eso en el mejor de los casos—.

Me di una larga ducha y me tomé mi tiempo para arreglarme. Cuando comprobé el resultado final frente al espejo me sorprendí a mí misma. Parecía una mujer renovada y diferente a la que el reflejo me había mostrado aquellos últimos meses de mi vida. Llevaba un vestido corto de volantes con escote en pico y unas sandalias de tacón alto que no recordaba la última vez que las utilicé. Seguramente antes de que nos mudásemos a Cold Spring, claro.

Cuando me dirigía hacia la habitación para recoger el papelito que el sexy del chico-anuncio me había dejado sobre la mesilla me fijé en las fotografías que decoraban aquel pasillo. En mis mejores años sí que me había

interesado por las fotografías pero, con el tiempo, había perdido todas las aficiones que antes había disfrutado. Eran buenas, sí. La mayoría en blanco y negro y casi todas captando detalles cotidianos de una vida normal. Pero lo que realmente llamó mi atención fue la firma que contenía el paspartú en cada una de ellas. G. Rinaldi. Aquella G no tenía porqué significar Giovanni pero algo en mi interior me decía que así era.

De camino a la galería, mientras aún sopesaba si desviarme para visitar el Coliseo, me senté en una preciosa terracita de un lugar llamado *Via Della Plagia* donde descubrí que los mejores helados y capuchinos pertenecían a aquel local. Degusté mi cornetto al cioccolato con la cabeza hecha un verdadero cóctel y los sentimientos entrecortados. Visitar al italiano de anuncio era, prácticamente lo mismo, que jugar con fuego. Y lo peor era que el refrán ya lo avisaba muy claramente... *“Quien juega con fuego, termina quemándose.”*

Al final desistí y no le hice caso ni al refrán ni a mi instinto.

17
Nueva York
Natalia

Me desperté con los ojos pegados por las legañas. No era consciente de lo mucho que había dormido aquella noche hasta que revisé el reloj de la mesilla de Ted y comprobé que era más del mediodía.

—¿Ted? —grité en voz alta.

No obtuve respuesta, así que supuse que habría salido a la calle a comprar el desayuno. De alguna manera, aquella se había vuelto nuestra rutina recién adquirida. Sonreí. Pensé que uno podía acostumbrarse muy fácilmente a aquel ritmo de vida.

Me levanté de la cama y me di una ducha rápida. Decidí no lavarme el pelo y dejar que mis rizos alborotados continuasen decidiendo por sí mismos. Me lavé los dientes con el cepillo de Ted y, sintiéndome nuevamente una mujer deseable y sensual, regresé a la cama desnuda. Me tapé con la sabana para no quedarme fría y cogí mi teléfono para escribirle un mensaje a Gio y hacer tiempo mientras esperaba el regreso de mi anfitrión.

“¿Qué tal va todo, Gio? No echo de menos Roma, con eso lo digo todo”.

Apoyé el teléfono sobre mi pecho y clavé la mirada en el techo blanquecino aún con aquella maldita sonrisa en mi rostro. ¡Dios! Es que Ted era tan sexy y tan apasionado que me sentía flotando en una nube. Me incorporé un poco hasta quedar sentada. Aburrida, volví a mirar mi teléfono móvil, pero seguía sin recibir ninguna respuesta de Giovanni. ¿Qué estaría haciendo para estar tan ocupado? No sabía muy bien la hora que sería en Italia, pero estaba convencida de que en aquellos instantes estaría jadeando con Gulia o cualquiera de sus amiguitas enredado en la cama. Mi sonrisa se ensanchó al pensar que, con sus claras diferencias, mi vida empezaba a parecerse un poquito a la de Gio. Y debía admitir que aquel estilo de vida no estaba nada mal...

Dejé el teléfono en la mesilla y, sin saber muy bien por qué, me quedé

mirando el mueble con curiosidad. Me apetecía saber un poquito más sobre el sexy barbitas que me había conquistado al otro lado del charco, pero fisgonear en sus cajones me hacía sentir incómoda conmigo misma y, a su vez, mala persona. Abrí el primer cajón mientras me mordía el labio con curiosidad. Yo no era así, pero claro, aquel acto tan poco ético estaba totalmente justificado por un exceso de aburrimiento.

¿Acaso no era totalmente entendible mi conducta? “Ay, Natalia, que la curiosidad mató al gato”.

No pude evitarlo. Removí la ropa interior de Ted mientras rompía en carcajadas tras descubrir que en el cajón guardaba unos calzoncillos de los *minions decorados con corazoncitos de colores*.

—Tiene que ser el regalo de alguna ex... —pensé con malicia.

No me imaginaba a Ted, un hombre cuyas camisetas eran de Los Rolling Stones, AC DC o Metallica, comprando unos tiernos bóxers de una película infantil. Aún entre risitas, volví a doblarlos y los metí en el interior del cajón. Removí un poquito más hasta que, ¡Eureka!, encontré algo interesante entre tanta ropa oscura y siniestra. Lo saqué fijándome muy bien cómo y dónde estaba colocado para poder devolverlo más tarde a su mismo lugar de origen. Era un álbum de fotos.

Lo abrí con curiosidad, pero para mí sorpresa el contenido no era el que esperaba encontrar. Era Ted, sí, mucho más joven, sin barba, pero con su misma esencia. A su lado posaba una chica morena y ambos estaban agarrados de la mano. Fui pasando las páginas mientras un nudo se formaba en mi estómago. No eran celos ni nada parecido, sino más bien, miedo. Esperaba no ser la tercera en discordia en una relación o algo similar. Sí, Gio no habría tenido objeciones, pero yo no era como mi depravado amigo.

Además, debía admitir que Ted se había ganado un huequito en mi corazón. No era amor ni nada parecido, pero sí que sentía..., algo, algo que en el fondo me resultaba agradable. Pasé un par de páginas más y el nudo del estómago me estranguló con mayor fuerza aún.

—Joder...

Parecían tan... enamorados. Pensé que quizás fuera su ex pero, en ese caso, ¿por qué iba a conservar aquellos recuerdos si eran dolorosos? Al menos yo no habría actuado así, claro.

Escuché el ruido de la puerta cerrándose de un portazo y, apresurada, me levanté de un salto para abrir el cajón y guardar el álbum. Agarré el tirador

con fuerza y de forma estrepitosa el cajón se cayó al suelo de madera.

—¡Oh, joder, joder...! —exclamé con el corazón a mil por hora.

Ted estaba a punto de pillarme con las manos en la masa.

Me apresuré a volver a meter todos los calzoncillos en el interior — aunque no me molesté en doblarlos ni ordenarlos, claro— y cogí el cajón para apresurarme a meterlo en su maldito agujero.

—¿Nata...lina?

Me giré hacia la puerta y ahí estaba Ted, mirándome con el rostro desencajado. Solté el cajón y volví a dejarlo en el suelo mientras me frotaba las manos con pesar.

—Culpable... —murmuré, esperando que la reprimenda no fuera demasiado grande.

Él, para mi sorpresa, sonrió.

—¿Me estabas fisgando?

No tenía sentido negarlo, ¿verdad?

—Un poco, sí —admití.

Ted caminó hasta mí, recogió el cajón y lo volvió a meter en su sitio.

—Tiene truco —explicó. Y para mi sorpresa no parecía nada enfadado—. ¿Has visto el álbum?

Asentí con la cabeza.

—Es mi exnovia, Grace... Me dejó hace un año.

—Lo siento —respondí.

¿Lo siento? ¿Por qué debía sentirlo?

Si esa chica continuase en su vida yo, en aquellos instantes, me hubiera encontrado en un lugar muy diferente. Seguramente en mi cama, sola.

—La verdad es que no tienes por qué sentirlo, hace ya demasiado tiempo de eso.

Le miré fijamente y guardé silencio esperando a escuchar algo más. Por alguna razón, tuve la sensación de que aquellas confesiones tan personales me harían ver un trasfondo del barbitas que hasta ahora no conocía.

—El problema es que no me veo capaz de deshacerme de esos recuerdos, pero tampoco los quiero a la vista —continuó al ver que yo no añadía nada—. Es decir, Grace aparece en casi todas las fotografías de esos cinco años de mi vida. Estuvo presente en muchos momentos importantes y por eso aparece en esas instantáneas: cumpleaños, celebraciones, viajes... No quiero perder esos recuerdos pero tampoco quiero tener que ver constantemente a una persona

que me abandonó.

—Te entiendo... —murmuré.

Sí, tenía sentido lo que decía.

—En fin —concluyó, evidenciando que cambiaría de tema—. ¿Café?

Sonreí y negué con la cabeza.

—Me apetece “Ted”...

Él soltó una carcajada divertida, pero yo no perdí el tiempo y me abalancé sobre él. Ya sabía todo lo que necesitaba saber... El resto podía esperar.

Ted me devolvió el beso. Tenía una forma de besar suave, sensual y húmeda que me hacía perder la cabeza. El barbitas era capaz de nublar me la mente con tan sólo poner una mano sobre mí. Sobre todo en aquella ocasión en la que claramente yo jugaba en desventaja; estaba desnuda y él llevaba demasiada ropa encima.

Me tiró sobre la cama y comenzó a desnudarse de forma lenta. Tan lentamente que no pude evitar soltar un gruñido, desesperada.

—Tócate para mí... —me pidió con una sonrisa mientras se desabrochaba de uno en uno los botones de su camisa.

Hasta aquel momento jamás ningún hombre me había pedido nada similar, así que al principio no supe cómo reaccionar. Después, morbosa con la escena, dejé caer la mano sobre mi vientre. Primero la paseé por mis pechos, sintiendo un tanto de vergüenza. Era la primera vez que alguien me veía tocarme. Después, un poco más suelta, descendí hasta mi sexo y comencé a masajearme. Él fue quitándose todas las prendas de su ropa mientras me observaba con las pupilas cargadas de lujuria. Me toqué lentamente, masajeándome y dándome placer. Separé mis labios vaginales y sin dejar de mirarle, introduje un dedo en mi interior y comencé a moverlo en pequeños círculos. Podía ver que Ted estaba totalmente excitado. Lo sentía en sus actos contenidos y en la forma que tenía de mirarme. Separé mucho mis piernas, abriéndolas, para que pudiera ver todo lo que me estaba haciendo a mí misma.

—Joder... —gimió en español, imitándome, antes de quitarse el bóxer.

Su erecto, duro y grande pene quedó a la vista. Sonreí. Estaba muy, muy preparado y excitado.

Metí dos dedos y continué tocándome de la misma manera, pero Ted no pudo resistirse más y se abalanzó sobre mi cuerpo. Paseó su miembro por mi sexo, humedeciéndolo, antes de hundirlo en mi interior de una estacada. Se

tumbó sobre mí, pero dejó que el peso de su cuerpo cayera sobre sus brazos para no aplastarme. Empezó a hundirse con fuertes embestidas mientras yo gemía y gritaba de placer. No sabía si Ted tenía vecinos o no, aunque en esos instantes tampoco me importaba lo más mínimo. Apretó el ritmo más... Más fuerte, más intenso, entrando y saliendo mientras sus manos apretaban mis pechos y sus dientes mordían mis labios hasta que ambos alcanzamos el éxtasis estallando de placer.

18

Roma

Vera

La galería estaba hasta arriba de gente.

Me infiltré entre los presentes intentando pasar desapercibida y mezclándome entre aquellos que observaban las obras expuestas una por una. La exposición era preciosa y el catering estaba exquisito.

Tardé alrededor de veinte minutos en encontrar al guapo del italiano entre el personal que atendía preguntas y respondía dudas de los clientes. Al principio él no me vio a mí, así que pude observar cómo actuaba con naturalidad en su faceta de trabajador. Debo admitir que me sorprendió gratamente ver lo profesional que era.

—*Signorina...*

Me giré hacia él con una sonrisa.

Aún no comprendía muy bien la razón que me había llevado hasta él y la galería, pero me sentía bien conmigo misma. Me sorprendió no encontrar ni un atisbo de culpa en mi interior. Tal vez la ausencia de noticias de Jayden contribuyera a que mi malestar se mitigase.

—*Signora —le corregí jocosa.*

Él ensanchó aún más su sonrisa.

—Al final has venido —señaló—. *Grazie.*

—*Prego —respondí, haciendo uso de mi escaso italiano—. Aunque me siento un tanto decepcionada.*

Giovanni, que aún iba vestido con la misma ropa que el día anterior, frunció el ceño y me escrutó con aquellos sensuales ojos verdes. Era tan guapo que, cuando le miraba, me costaba creer que no era un enorme cartel publicitario de colonia cara en vez de un hombre de carne y hueso. Estaba

convencida de que jamás en mi vida había tropezado con un chico tan... perfecto.

Comencé a caminar por la galería adquiriendo un *look de chica interesante. Giovanni me siguió muy cerca.*

—¿Perché?

Supuse que quería decir: ¿por qué?

—Esperaba ver las obras de un artista que no está expuesto...

Me detuve para contemplar una fotografía de un paisaje y Giovanni se colocó al lado, pensativo. Sentí un cosquilleo en mi interior y fui consciente de que aquella visita me estaba recordando muchísimo a mis años de soltera y a mis primeros meses junto a Jayden, cuando aún seguía viviendo en Manhattan y codeándome con otros artistas, músicos y literatos que de una forma u otra también estaban relacionados con mi agente o mi editor. Respiré hondo, consciente de lo mucho que añoraba aquel estilo de vida.

—¿Qué artista?

Giovanni frunció el ceño, esperando una respuesta.

Tengo que admitir que con esa carita de niño bueno estaba demasiado guapo.

—Giovanni Rinaldi.

Fue incapaz de ocultar su sorpresa y, nada más escuchar su nombre, abrió los ojos como platos.

—¿Cómo...? —comenzó, aunque la pregunta se quedó en el aire.

—Resulta que su obra es muy... actual. Diría que humilde, cotidiana pero, a su vez, cargada de pasión y sentimiento. Además, las fotografías en blanco y negro siempre desprenden un aura nostálgica capaz de encogerte el alma —expliqué con una sonrisa mientras el chico me miraba boquiabierto—. Es una pena que no tengáis nada de él... Creo que es muy bueno.

Sacudió la cabeza sin dejar de mirarme.

—¿Cómo sabes qué...? —volvió a repetir, pero al final cayó en la cuenta—. ¡Oh, *chiaro!*... *Natalina me sobrevalora siempre.*

—A mí me parece que son muy buenas —aseguré.

Podía ver y sentir el orgullo que desprendía su mirada.

—*Grazie mille...* —respondió. *Por primera vez tuve la sensación de que el Giovanni que tenía delante era un chico tímido y vergonzoso con miedo a mostrarse al mundo.*

—Ha sido una visita muy agradable —murmuré a modo de despedida

mientras dejaba la copa de champán que tenía en la mano sobre una mesita.

Giovanni se apresuró hasta mí y rodeó mi cintura con su brazo. Sentí la proximidad de su cuerpo, su aliento en mi rostro y el olor de su perfume inundándome. Era imposible negar que no desprendiera sensualidad por cada poro de su piel.

—Te recojo a las seis para llevarte de turismo... —susurró en mi oreja —, no olvides que soy tu guía.

Me apretó con más fuerza contra él mientras esperaba mi respuesta. Tragué saliva, pero al final tuve muy claro qué quería hacer.

—Vale...

Pude sentir su sonrisa en mi cuello antes de que me dejase un suave beso en la piel.

—*A proposito, sei molto bella...*

Me di la vuelta, sintiéndome muy bien conmigo misma. En realidad, estaba radiante de felicidad. Taconeé por las callejuelas de regreso al apartamento mientras la antigua Vera gritaba muy fuerte que por fin estaba de vuelta y que, después de aquel viaje, nada ni nadie lograrían volver a encerrarla en un armario.

Cuando me adentré de nuevo en aquel pisito tan rústico miré el reloj del teléfono móvil para comprobar que aún me faltaban muchas horas por delante antes de que Giovanni acudiera en mi busca. No tenía noticias nuevas de Jayden, pero descubrí que ni siquiera eso me molestaba.

Encendí un cigarrillo, saqué el ordenador y comencé a teclear. Mis dedos volaban sobre el teclado y poco a poco la novela cada vez se parecía más a un manuscrito real. Sonreí mientras veía cómo el contador de páginas y palabras iba en aumento sin que precisase un esfuerzo por mi parte.

Picoteé un sándwich rápido y no me despegué del portátil hasta que el sexy italiano que se había transformado, sin previo aviso, en algo así como un amigo, apareció en el portal de mi apartamento.

Miré por la ventana.

Para mi sorpresa, Giovanni me esperaba con dos cascos y una Vespa amarilla. ¿Acaso existía algo más italiano que recorrer la ciudad en una moto de ese estilo? Bajé corriendo las escaleras del portal, sintiéndome como una chiquilla. Tenía la sensación de que, de golpe y porrazo, había rejuvenecido más de diez años.

—*La mia bella ragazza...* —*me saludó Giovanni nada más verme*

aparecer.

Le devolví una tímida sonrisa a modo de saludo mientras me fijaba en su vestimenta. Deportivas blancas, vaqueros claros muy prietos, camiseta blanca ceñida a sus músculos y una cazadora de cuero que le aportada un toque macarra que, ¿por qué no decirlo? Era muy sexy. No pasé por alto que, atada a su cuello por un largo cordón negro y rojo, llevaba una cámara de fotos que sin duda era profesional.

—¿Esperas captar alguna obra de arte?

Me pasó uno de los cascos para que me lo colocase y él hizo lo mismo.

—Espero que mi musa me permita captarla... —explicó guiñándome un ojo.

Rodeé su cintura con mis brazos y me pegué a su cuerpo. La motocicleta se puso en marcha y salimos disparados para incorporarnos a la vía principal. Podía ver la sonrisa traviesa de Giovanni a través de los espejos retrovisores y suponía qué podía estar pasándosele por la mente en aquellos instantes. Sí, el chico sexy tan solamente me deseaba porque yo le rechazaba... ¿Pero por qué no iba a disfrutar de esa atención? ¿Por qué no iba a aprovechar que otro hombre me tratase como una reina?

Paramos en el Coliseo, tiramos monedas a La Fontana di Trevi de espaldas a la fuente y con una sonrisa cómplice en el rostro, visitamos el Panteón y, muchas horas después, agotados y cansados, regresamos al barrio de Trastevere donde nos esperaba un último lugar que visitar: la colina del Gianicolo.

Nos sentamos en el alto de la colina y observamos cómo Roma se extendía a nuestros pies. Las vistas a la ciudad parecían eternas en aquel mirador de paz y silencio imperturbables. Bajo la colina se extendía un precioso y colorido jardín botánico rodeado de senderos, esculturas y vegetación. Giovanni se levantó de un salto y me indicó con un gesto que no me moviese del lugar en el que me encontraba. Sonreí con timidez mientras le veía sacar la cámara y disparar flashazos en mi dirección. Me miraba a través del objetivo pero, de vez en cuando, apartaba la cámara de su rostro y me dedicaba una sonrisa. Ésa que en muy poco tiempo se había transformado cómplice y amistosa.

—*Sei così carina...* —*musitó sin apartar sus ojos verdes de mí.*

—¿Y eso qué quiere decir?

Su sonrisa parecía triste, cosa que me sorprendió.

Si algo había aprendido de Giovanni es que era insistente, cabezón pero, sobre todo, feliz.

—He dicho que eres tan bonita...

Me mordí el labio, ruborizada, mientras me recordaba una vez más aquello de que “quien juega con fuego termina quemándose”. En aquel instante estaba a punto de quemarme y podía sentirlo. Me ardía la piel.

Giovanni se acercó a mí y se sentó a mi lado. Sujetó mi rostro entre sus manos y me miró fijamente, como si intentara descifrar el enigma de Vera de aquella forma. Me iba a besar. Podía sentir cómo se formaba aquella electricidad entre nosotros... Ésa que indica que, en cualquier instante, todo va a estallar. También la había sentido con Jayden tiempo atrás, pero entonces era diferente. Lo nuestro no estaba “prohibido”, ni era “incorrecto”, ni mis sentimientos estaban hechos un berenjenal. No, en absoluto. Con Jayden todo fue sencillo, quizás, incluso, demasiado sencillo. Un beso llevó a otro beso, después a una boda y, de ahí a Cold Spring. No hubo discusiones. No nos peleamos por lo que deseábamos, simplemente nos dejamos —me dejé, mejor dicho— guiar por el deseo de que aquella relación funcionase. Acepté dejar de lado el proyecto de mi novela, olvidarme de mis amigas, de los eventos, de la ciudad, de mi vida... Acepté dejarlo todo y mudarme a Cold Spring aunque lo detestase con todo mi alma.

—No te merece —aseguró—, no necesito pasar contigo más tiempo para saber que no te merece.

Giovanni mantenía mi rostro entre sus manos y no apartaba aquellos ojos verdes de mis pupilas. Fue inevitable, incluso, sentirme ciertamente intimidada por su cercanía y por sus palabras. Por su sinceridad. ¿Hacía cuánto que Jayden no era sincero conmigo? ¿Lo había sido alguna vez?

Acercó sus labios a los míos y, cuando estaba convencida de que iba a besarme, cerró los ojos y se detuvo a unos centímetros de mí. Supe de inmediato qué era lo que estaba esperando: que yo diera aquel último paso, que fuera yo quien le besase a él. Pero no podía. Quería sentir sus labios sobre los míos, sus manos recorriendo mi piel... Pero, simplemente, yo no podía dar el último paso.

—Nunca jamás me había encontrado con una mujer que no deseara mis besos...

—No he dicho que no los desee —respondí y, al hacerlo, nuestros labios se rozaron levemente provocando que un millar de mariposas comenzasen a

volar por mi estómago—. Solamente he dicho que... no puedo —añadí y al hacerlo nuestra boca se rozó todavía más.

Giovanni aún tenía los ojos cerrados, pero yo no podía dejar de mirarle.

¿Había comenzado a sentir algo hacia mí o seguía siendo la horma de su zapato? ¿Aquello que quería poseer y que no podía? Tenía la sensación de que una extraña conexión se había despertado entre nosotros.

Una conexión que, en dichas circunstancias, resultaba muy dolorosa y frustrante.

Natalia
Bye, bye
Nueva York

Era el último día que pasaba en Nueva York. A la mañana siguiente tendría que madrugar para despegar a primera hora, muy temprano, rumbo de regreso a mi querida Roma. Y sí, me sentía triste, pero a la vez muy feliz.

Aquella mágica semana Ted y yo habíamos aprovechado al máximo cada segundo de los días. Había visitado cada monumento importante, parque de atracciones o lugar curioso a destacar. Abandonaba la gran manzana con la sensación de que había exprimido al máximo la ciudad y toda la cultura que salvaguardaba.

Durante aquellos días Ted y yo no nos habíamos separado ni un solo segundo. Tenía la sensación de que compartir con él aquella experiencia había resultado sanadora para mi alma, mi mente y mis ganas renovadas de vivir. En muy poco tiempo habíamos creado un vínculo intenso que, sin duda, sobreviviría en nuestro recuerdo al paso del tiempo y a la distancia.

¿Qué iba a hacer yo cuándo regresase a Roma? ¿Cómo sobreviviría sin él? Por unos instantes, me planteé dejarlo todo y hacer una de esas locuras que en mi juventud me habían hecho justicia. Arreglar los cabos sueltos y dejar Roma atrás para comenzar una nueva vida. Algo en mi interior me decía que junto a Ted, allí, en Nueva York, todo podría ir bien. Podría funcionar. Solamente se necesitaban un poco de ganas y de valentía.

Pero después recordaba cuál había sido la verdadera razón que me arrastró a Italia, que allí había comenzado una vida y que, en realidad, yo ya estaba donde debía estar. La verdadera clave de mi felicidad consistía en que nunca más volviera a olvidar quién era en realidad y qué era lo que esperaba de la vida y de aquel planeta llamado Tierra.

Aquella mañana nos despertamos pronto para aprovechar el día. Me costó muchísima fuerza de voluntad sacar a Ted de entre mis piernas y vestirlo decentemente para que las últimas horas en la ciudad resultasen productivas. Ted se excusaba diciéndome que no existía nada más productivo que tenerme en su cama desnuda, y debía admitir que algo de razón tenía. Aquella semana había sido... increíble. Jamás hasta aquel entonces había experimentado tanto con ningún hombre y nadie, nunca, había logrado proporcionarme tales cantidades de placer. Aún así, decidimos dejar nuestra lujuria de lado y portarnos como personas decentes.

Alquilamos a una empresa una bicicleta de alquiler durante cuatro horas y compramos un bocadillo para llevar que guardamos en mi mochila. El paseo en bicicleta desde Hudson River Greenway hasta Batery Park fue una de las experiencias más preciosa y maravillosa de mi viaje. Desde luego, aquello merecía mucho más la pena que cualquiera de las típicas excursiones que te vendían las agencias de viajes. Cuando ya habíamos recorrido la mitad del sendero junto al Hudson, nos detuvimos para almorzar en un banco cercano.

Podía sentir cómo el ambiente entre nosotros estaba tenso. Había muchas cosas que queríamos decir pero, a su vez, preferíamos callarnos. Sonreí mientras mi barbitas devoraba el bocadillo con ansia e impaciencia y charlamos de cosas banales para suavizar la tensión que se había instalado entre nosotros.

—Tengo una sorpresa para ti —me dijo con una sonrisa—, para esta noche.

—¿Ah, sí?

Él me guiñó un ojo.

—Creo que te gustará... —comenzó, aunque se trabó unos segundos—. En realidad, no quiero que te marches, Natalia.

“Natalia”.

Era la primera vez que no me llamaba por mi nombre en italiano. Supuse que aquella era su forma de evidenciar que la conversación se había tornado seria y de que no estaba bromeando.

—Yo tampoco quiero irme —dije, tragando saliva—. Pero creo que no tengo muchas más opciones —concluí para no crear falsas ilusiones.

Sí, Ted era maravilloso.

¿Pero la pasión y el amor de una semana podían ser suficientes para marcar el desvío de mi sendero? Dejarlo todo por él era, realmente, una

auténtica locura.

—Solamente tienes que quererlo, nada más —aseguró tras dejar el bocadillo sobre su regazo para acercarse más a mí—. Aquí podrías comenzar de cero, crear tu propia galería y...

Sonreí.

Dicho de aquella manera parecía muy sencillo, claro.

—¿Y mi apartamento?

—Siempre podrás venderlo o... Podemos quedárnoslo.

—¿Quedárnoslo? —inquirí con una sonrisa pícaro, consciente de que estaba hablando en plural.

No pude evitar soltar una tremenda risotada.

Sí, el barbitas podía ser extremadamente mono.

—Claro... Ya sabes, para veranear —me explicó con una sonrisa—. Sé que aquí podrías triunfar y yo podría ayudar a que todo funcionara, Natalina. Todo reside en “querer”. Esa es la clave.

Yo sacudí la cabeza en señal de negación.

—No es tan sencillo...

—Sé que prácticamente no te conozco —continuó con el tono de voz muy serio—, pero también sé que eres la única persona en este mundo que ha removido algo en mi interior.

—Ted...

—¡En una semana! ¡Lo has hecho en una semana! —exclamó, sonriendo—. ¿Qué serías capaz de hacer conmigo en un año? ¿En dos? ¿En una vida?

Solté una risotada y volví a sacudir la cabeza en señal de negación.

—No puedo dejarlo todo por...

—Por mí —concluyó él, quitándome la frase de la boca—. No puedes dejarlo todo por mí.

La expresión de su rostro se tornó triste y eso me encogió el alma. No quería romperle el corazón pero... ¡Es que casi ni nos conocíamos! Sí, yo también sentía que él había sido capaz de remover mis entrañas como nunca jamás nadie lo había hecho pero... Una vez más, volví a hacerme la misma pregunta: ¿abandonaría todo por un hombre al que conocía de una semana atrás? La respuesta era bastante clara: no. Aún no había perdido por completo la cabeza.

—Estaremos en contacto... Y quién sabe... —musité, estirando mi brazo para sujetar su mano.

Aquella semana había sido demasiado intensa para ambos.

—Estaré esperando para pedirte matrimonio en la Whisperyn Gallery — bromeó, recuperando su buen humor habitual.

Nos terminamos el bocadillo y concluimos con la ruta en bicicleta callejeando a través de los rascacielos de las grandes avenidas mientras nuestras miradas tropezaban furtivamente de vez en cuando.

Después nos despedimos y cada uno regresó a su apartamento para darse una ducha, despejarse y prepararse para la cena. Ted se negó a decirme a dónde me iba a llevar, pero supuse que debía de ser un sitio especial dada la descripción que me había hecho.

De manera que me vestí lo más elegante que fui capaz: pantalones negros, blusa blanca con leves transparencias y detalles bordados y unas sandalias negras muy sencillas que se ataban al tobillo con un lazo plateado. Por primera vez en lo que llevaba de semana, me recogí el cabello en un moño alto y me dejé un par de mechones sueltos que caían sobre mi frente con un aire informal. Estaba elegante y sencilla, tal y como a mí me gustaba. Me puse un poco de colorete rosado, de máscara de pestañas y me permití la locura de pintarme los labios de rojo. La imagen que el espejo me devolvió me encantaba: sexy, guapa, elegante y sencilla. “Natalia” en su máximo esplendor.

Cuando llegué abajo me encontré con Ted esperándome. Su aspecto también había mejorado notablemente comparándolo con el de nuestras últimas citas. Se había vestido unos vaqueros oscuros y una camisa blanca que llevaba arremangada hasta los codos con los primeros botones desatados y unas deportivas blancas. Estaba guapo y muy sexy.

Me mordí el labio pensando que aquella noche sería eterna; después de cenar, cuando regresásemos a la intimidad de mi apartamento, no tenía pensado dejarle dormir ni un solo segundo.

Paseamos en silencio.

La noche era preciosa y la luna brillaba con timidez entre los imponentes rascacielos de la gran manzana.

—¿Dónde vamos a cenar? —pregunté con curiosidad.

La verdad era que estaba muerta de hambre.

—A una hamburguesería —me explicó mientras se mordía el labio para ocultar una sonrisa traviesa.

—¿Esa era la sorpresa? ¿Una cena en una hamburguesería?

—Sí —confirmó—, en una de mala muerte. Una tasca en toda regla —

especificó—, con las paredes llenas de grafitis y los camareros pegando voces por el local.

Yo solté una risotada.

—¿Hablas en serio?

Me resultaba muy difícil diferenciar si bromeaba o no.

—Completamente en serio.

—¿Esa será mi despedida de la gran ciudad? —pregunté—, ¿comerme una hamburguesa de diez dólares?

—Quince, para ser más precisos —me dijo, muy divertido con mi reacción—, no creo que me suponga un gran desembolso económico, así que estoy tranquilo.

Pestañeeé sorprendida y después rompí a reír tan profundamente que sentí que me ahogada.

—¿O sea que no me merezco un desembolso económico como despedida? —inquirí mientras una lagrimilla caía por mi mejilla a causa de la risa.

—En absoluto. Me vas a abandonar por una ciudad en la que la gente se alimenta a base de pizza y habla un mal español. No te mereces nada —concluyó propinándome un pequeño codazo juguetón.

—El italiano no es un mal español —corregí—..., ¡y también tenemos pasta!

Habíamos llegado al barrio de *Midtown* mientras charlábamos y paseábamos. Ted se detuvo y se quedó observando la fachada de un lujoso hotel llamado *Le Parker Meridien*. Yo, a su lado, hice lo mismo.

—¿Qué tiene de especial este hotel?

Mi barbitas sonrió.

—Es aquí donde está la hamburguesería —especificó antes de caminar un paso en dirección a la entrada.

—¿Aquí? —pregunté con el ceño fruncido—. ¿Aquí está la tasca de mala muerte con grafitis?

Ted asintió.

Volví a mirar la lujosa fachada del hotel de cuatro estrellas y sacudí la cabeza sopesando si mi chico neoyorquino había perdido el norte por completo. Caminé un par de pasos hasta situarme junto a él y observé el interior del hotel a través de la cristalera. El lujo de las cuatro estrellas vibraba en cada esquina y supuse que una cena en el restaurante de dicho hotel

debía de salir un buen ojo de la cara.

—Creo que deberíamos marcharnos —murmuré.

Estaba claro que lo de la hamburguesería era una broma, pero tampoco podía permitir que Ted me invitase a una cena “cuatro estrellas” ni mucho menos. Además, ni siquiera íbamos vestidos apropiadamente para un lugar como aquel. Sí, íbamos bien y estábamos medianamente presentables pero...

—Vamos —instó, sujetándome del brazo para tirar de mí.

Aquello no me gustaba lo más mínimo.

—Ya sabes que yo no soy una chica cosmopolita de ciudad —le advertí —, que lo de los lujos, las compras y todo eso no van conmigo...

Esperaba persuadirle antes de entrar al restaurante. Además, lo que le decía era absolutamente cierto. Yo era una chica de batalla, de mochila al hombro y de perritos calientes en puestos callejeros. No necesitaba que nadie me impresionara ni mucho menos.

—Ted, de verdad que...

Pasamos al interior.

Me quedé boquiabierta observando el techo alto del hall y las lujosas baldosas brillantes del suelo. Al fondo había una recepción con grandes columnas y una gran cortina rojiza. ¡Oh, Dios! Aquel tenía pinta de ser el típico lugar donde los *maîtres te sacaban un plato gigante para un bocado de comida. Un sitio de esos donde uno se dejaba la cartera y salía con más hambre de la que había entrado. Desde luego, durante esta semana Ted se debía de haber llevado una impresión muy diferente a cómo era en realidad si pretendía que mi última noche “especial” en Nueva York fuera en un lugar como aquel.*

—Venga, camina —insistió con una sonrisa—, y confía en mí. Te gustará.

Volvió a sujetarme por el brazo y tiró de mí a través del hall hasta llegar a la recepción. Saludó al chico que esperaba tras el mostrador y rodeó la columna para introducirse detrás de la cortina rojiza.

Le miré extrañada; allí detrás todo estaba completamente a oscuras.

—¿Ted?

Él soltó una risita.

—Venga, vamos, que tengo hambre —murmuró, empujándome levemente.

Recorrimos el oscuro pasillo hasta que, de pronto, un cartel led de color verde iluminando una hamburguesa gigante nos dio la bienvenida.

—¿Pero qué diablos...?

El barbitas soltó una carcajada tremenda.

—¡Bienvenida al Burger Joint! —exclamó, señalándome la puerta—. ¡La hamburguesería clandestina que se esconde detrás de la cortina!

Aquello no podía ser real... ¿De verdad me había llevado a una hamburguesería clandestina? Comencé a reírme como una loca mientras un alivio abismal me recorría de pies a cabeza.

—Quince dólares, tal y como te prometí —señaló mientras me abría la puerta de par en par para que pasase al interior.

Dejamos atrás el lujo de las cuatro estrellas y todo el glamur del hotel para acceder a un pequeño y abarrotado local al más estilo *underground*. *Me percaté de que el menú estaba dibujado en cartones que habían colocado sobre el mostrador y de que las paredes del local estaban pintadas con frases y firmas que los clientes iban depositando a modo de recuerdo eterno. Estaba a reventar y ahí no cabía ni un solo alfiler. Caminamos hacia el mostrador para coger un papel y rellenarlo con los ingredientes de la hamburguesa que íbamos a pedir y corrimos para sentarnos en una de las mesas que se habían quedado librado. Aquella era la hamburguesería americana más real e impresionante a la que Ted me había llevado en toda la semana.*

No pude parar de reír en toda la cena y, mientras nos marchábamos a casa siendo dieciséis dólares más pobres, pensé que había sido una despedida perfecta para Nueva York. Sin duda alguna, Ted sí que sabía cómo sorprender a una chica como yo.

Aquella noche dormimos en mi apartamento, o mejor dicho, no dormimos. Aún estábamos subiendo por el portal cuando Ted comenzó a arrancarme la blusa, a desatarme el sujetador y a morderme el cuello. Cuando abrimos la puerta y pasamos al interior con la ropa hecha una bola en nuestras manos nos comimos a besos. Él me deseaba a mí tanto como yo le deseaba a él. En varias ocasiones la cama crujió con tanta fuerza que estuve convencida de que nuestros actos salvajes habían roto el somier, pero no me molesté en comprobarlo. Supuse que si la propietaria se daba cuenta ya se encargaría de hacerme llegar la factura de la reparación después. Me hizo el amor de todas las maneras posibles hasta que ambos nos quedamos sin fuerzas, agotados y sudados mientras nos fundíamos en un abrazo.

Echaría de menos a Ted y echaría de menos Nueva York.

20
Vera
Ciao,
Roma

Mis vacaciones estaban llegando a su fin. Me costaba creer que una semana pudiera haber transcurrido con tantísima rapidez, pero así indicaba el calendario. El billete de vuelta a Nueva York esperaba sobre la maleta, junto a la cama de mi rústico apartamento. Dejé el ordenador de lado y me acerqué hasta la foto de Giovanni y su amiga. Ambos sonreían, felices, ajenos a cualquier tristeza del mundo. Pensé en Giovanni y me ruboricé al ser consciente de que él había sido la inspiración para el personaje masculino de la novela que estaba a punto de terminar. Si Jayden la leía se tomaría aquel conjunto de palabras como un vómito de mi imaginación, pero si el chico italiano llegara algún día a leerla, estaba convencida de que se reconocería entre aquel cúmulo de confesiones.

La trama de la novela era sencilla: trataba sobre una mujer normal que intentaba reconducir su vida y buscar sus sueños. Porque, ¿acaso había algo más importante en la vida que los sueños? Creer era necesario para volver. Desear era necesario para lograr. Y con aquellas premisas intentaba dar un vuelco al desastre que había resultado como suma de todas sus malas decisiones.

Cerré los ojos y recordé el paseo que habíamos dado por el catillo de *Sant Angelo antes de regresar a la Fontana di Trevi. Giovanni me había hecho volver a lanzar las monedas, pero en esa ocasión tiré tres en concreto. Tres que él había escogido. No me explicó el motivo, pero disfruté de aquella soleada tarde primaveral más de lo que recordaba haber disfrutado en los últimos años de mi vida. Roma me había enseñado sus pizzas, su pasta, el Vaticano, el Panteón, la Largo Torre di Argentina repleta de gatos entre otros muchos lugares; pero Giovanni me había mostrado una versión de mí misma que hasta aquel instante ni siquiera yo había sabido reconocer.*

Cerré los ojos y pensé en él. Desde el momento que habíamos compartido en la colina todo había cambiado. Las bromas sobre atarme en una cama o morderme se habían extinguido para dejar paso a una complicidad mucho más serena y real. Cuando estaba a su lado seguía sintiéndome deseada y sensual, pero había dejado de ver a Giovanni como el “típico” ligón despiadado que lo único que pretendía era apuntarse un tanto.

Era extraño, pero estaba nerviosa. Y los nervios no los causaba el hecho de que, unas cuantas horas más tarde, estaría en un avión regresando a Cold Spring para reencontrarme con Jayden. No, no era eso. Estaba nerviosa porque aquella cena sería el último rato que compartiría con Giovanni antes de decirle adiós. ¿Por qué me apenaba tanto dejarle atrás? Tragué saliva, consciente de que el nudo de mi garganta y la ansiedad cada vez me estrangulaban con más fuerza, e hice un esfuerzo por centrarme en la novela. Tecleé sin parar, observando cómo las palabras fluían por sí solas y cómo mis manos volaban por el teclado relleno una página en blanco detrás de otra. Antes de que quisiera darme cuenta la palabra “fin” descansaba en solitaria en la última página de aquel manuscrito que había creado en una semana. Una semana. Me mordí el labio con nerviosismo y abrí el correo electrónico con la intención de enviársela a mi editor. ¿Estaba dispuesta a compartir aquel pedazo de mí misma? Era una especie de borrador sobre mis sentimientos, mis aprendizajes y los errores que me habían arrastrado hasta convertirme en una mujer insegura y dependiente. ¿Quería que el mundo pudiera ver a aquella Vera tan ingenua, sensible, delicada y frágil? No lo pensé más y pulsé el botón de enviar con una nota simple que explicaba que aún no estaba corregida pero que se la mandaba para una primera valoración del material.

No me importaba si gustaba o no, porque en realidad, aquellas palabras habían significado una verdadera liberación.

Me encendí un cigarrillo y me acerqué a la ventana mientras un par de lágrimas silenciosas se deslizaban a su antojo por mi rostro. Tenía ganas de llorar mucho, de vaciarme entera, pero estaba decidida a ser fuerte y aguantar.

¿Cómo iba a ser mi vida una vez regresase a casa? ¿Cómo iba a actuar? Observé la fachada rosada del edificio de enfrente y sonreí. Echaría de menos aquel pequeño lugar que durante unos días había sido mi hogar. Y en cuanto Cold Spring... Debía hablar con Jayden. Aquello de callarse los sentimientos no era una buena forma de continuar. Estaba convencida de que la única forma factible de hacer funcionar nuestro matrimonio conllevaba sincerarse y

expresarse siempre que la situación así lo requiriera. Tendría que ponerme seria y colocar todos los puntos sobre las íes. ¿Y si Jayden me confesaba su aventura? ¿Estaba dispuesta a perdonárselo todo por continuar a su lado? Le di una última y larga calada al cigarrillo. El tema de su aventura resultaba tan doloroso que ni siquiera me lo quería plantear.

Revisé el reloj. Aún era pronto, así que me escabullí a la ducha y me permití tomarme mi tiempo bajo el chorro del agua caliente. Poco a poco mi mente se fue liberando y cuando apagué el grifo me sentía mucho más tranquila, libre y despejada que antes. Además, ¡había terminado la novela!

¿Acaso no era motivo suficiente para una celebración?

Con una sonrisa de oreja a oreja, cogí mi teléfono móvil y le escribí un mensaje al guapo italiano de ojos verdes que en un par de horas acudiría a cenar conmigo: “Trae champán. Tenemos mucho que celebrar”.

No añadí más. Supuse que su retorcida y sucia mente malinterpretaría cada palabra, pero incluso eso me pareció divertido.

Me sequé el pelo y me puse el pijama para cocinar cómodamente y no mancharme en el proceso. Con el ordenador reproduciendo de fondo la receta, decidí ponerme manos a la obra con unos espaguetis *bucottini all'amatriciana*. Aunque la cocina no era mi más destacado fuerte debía confesar que era capaz de defenderme considerablemente bien frente a los fogones.

Cuando terminé con ellos corroboré que el sabor fuera acertado —en mi opinión más que acertado, pero eso lo verificaría más tarde Giovanni— y coloqué la mesa. Mantel rojo, copas de vino y unas velas para dar ambiente. Me pregunté a mí misma hacía cuánto que mi marido y yo no nos dedicábamos un momento íntimo y sencillo como lo era una simple cena a la luz de las velas bajo el techo del hogar. ¿Tanto habíamos cambiado? ¿Tanto debíamos mejorar para que todo volviera ser como antes?

Me puse un vestido blanco con escote en la espalda, me recogí el pelo y me maquillé como lo solía hacer en mis años de soltera. Me sentía sexy y poderosa subida sobre unas sandalias de tacón de aguja con más de ocho centímetros de altura. Algo que, en Cold Spring, hubiera sido visto como “demasiado” cargado y poco acertado. Siempre había pensado que lo bonito de vivir en una ciudad como Nueva York radicaba en la diversidad de gente, cultura y de estilos que uno podía encontrar. Las personas no se criticaban porque, simplemente, aceptaban que cada una de ellas podía ser diferente a las

demás. Y eso era algo positivo.

Giovanni tocó el timbre cinco minutos antes de su hora de llegada. Sonreí de forma estúpida pensando que podía haber entrado con la copia de llaves que él tenía y me acerqué a la puerta para recibirle. Estaba guapísimo, como no. Iba vestido con unos pantalones chinos de color beige y un polo verde que resultaba muchísimo el color tan intenso de sus ojos. ¡Dios! Creo que decir que aquel chico parecía sacado de la televisión era decir poco.

—*Ciao, Bella...* —saludó con su sedosa y sensual voz.

Me hice a un lado para dejarle pasar al interior.

Él caminó hasta el salón. Cuando vio la mesa repleta de velas una sonrisa se iluminó en su rostro. Al parecer estaba satisfecho con el resultado y la presentación.

Giovanni depositó la botella de champán sobre la mesa y después colocó el regalo que me había traído sobre el sofá. Estaba envuelto y no podía saber qué era, pero tenía el mismo tamaño que una cartulina mediana.

En silencio, se acercó hasta mí y rodeó mi cintura con su brazo. Sentí la palma de su mano sobre mi espalda desnuda y me ruboricé sin pretenderlo.

—Gracias —murmuré con la voz apagada. Me resultaba imposible no sentirme triste ante aquella última cena de despedida—, esta semana ha sido perfecta.

No se me ocurría una mejor manera de describirla.

Giovanni apoyó su frente contra la mía y cerró los ojos. Respiró hondo, impregnándose de mi aroma, y sonrió. No recuerdo cuánto tiempo pasamos de aquella manera, abrazados y con ambas frentes unidas, en silencio y con los ojos cerrados... Solamente sé que a su lado los minutos pasaban demasiado deprisa y que el tiempo en Italia parecía transcurrir a un ritmo muy diferente que en Nueva York.

—¿Has sabido algo de tu marido? —inquirió mientras cenábamos.

En aquellos últimos días prácticamente no habíamos tocado aquel tema de conversación. Me encogí de hombros y sacudí la cabeza. No, desde la llamada, no había vuelto a saber nada de Jayden. Supuse que, con casi total seguridad, al regresar me lo encontraría enfurecido y dispuesto a tirarme los trastos a la cabeza. Tampoco me importaba demasiado en aquellos instantes porque la nueva Vera estaba decidida a disfrutar del presente y dejar el futuro para cuando llegase a él.

Giovanni estiró su brazo y sujetó mi mano.

—Eh... No tienes por qué soportarle, siempre te quedará la opción de regresar a tu apartamento de Manhattan.

Lo había meditado y sí, tenía razón.

Pero por alguna razón mi anticuada mente no consideraba el divorcio una opción real.

—¿Y tú qué harás? —pregunté con curiosidad mientras le veía devorar los espaguetis del plato—, ¿has pensado en presentar a más galerías tus obras?

Giovanni soltó una risita.

—Todo a su debido tiempo, *signorina*...

—*Signora* —*corregí con diversión*.

Él asintió.

—*Vero* —*corroboró*—, *la mia bella signora*.

Podía sentir que Giovanni también estaba nostálgico. Supuse que, después de todo, yo había pasado de ser una conquista fallida a una “amiga” de verdad.

—Están muy malos —dijo con una mueca de disgusto señalando los espaguetis de su plato.

Le tiré un trozo de pan y dibujé un mohín en mi semblante.

—No seas mentiroso, que te saldrán arrugas.

—Y me crecerá la nariz —concluyó.

—Exacto.

Giovanni levantó su copa de champán en alto.

—¿Por las verdades? —brindó.

Yo le imité.

—¡Por las verdades!

Le dio un largo sorbo y después, sujetándome de la mano, me guió hasta el sofá. Dejamos la ventana del apartamento abierta para que los ruidos cotidianos de aquellas tardías horas de la noche se filtrasen al interior mientras hablábamos sobre nosotros, sobre el arte, sobre Roma y sobre Nueva York. En general, la charla transcurrió sobre la vida y poco más, pero así, sentados el uno junto al otro, nos sentíamos a gusto y tampoco necesitábamos más.

Apoyé las piernas sobre Giovanni y desató mis sandalias antes de comenzar a masajearme la planta de los pies tal y como lo había hecho en aquella primera noche que compartimos fantasías.

—Supongo que la cenicienta fue tu cuento favorito —me reí antes de

terminar con el contenido de mi copa.

Él me guiñó un ojo con aquella picardía que tanto le caracterizaba.

—Sí, pero creo que a mí me gustaba de una forma muy diferente al resto... —me explicó con su sonrisa pícaro—. Siempre me ha parecido que los pies bonitos pueden ser muy sensuales —continuó sin dejar de tocármelos—, y que unos tobillos finos pueden ser la curva más bonita de una mujer.

Giovanni deslizó la mano por mis tobillos, recorriéndolos suavemente con sus dedos. Sentí, una vez más, aquella sensación de ardor apretándome en el vientre y las mariposas volvieron a revolotear por mi estómago provocándome una impresión irreal de vértigo. Su voz era tan excitante que se me antojaba irresistible.

—Tus tobillos son especialmente sensuales —señaló, mordiéndose el labio inferior y mirándome muy fijamente a los ojos.

La tensión sexual que había entre nosotros flotaba en el aire. Giovanni cerró los ojos y suspiró muy profundamente, como si con aquel gesto estuviera intentando controlar sus impulsos. Apartó mis piernas de su regazo y cogió el regalo envuelto que tenía para mí.

—Ábrelo —me pidió.

Arranqué el envoltorio con una sonrisa de niña pequeña en los labios. Frente a mí apareció la foto que Giovanni me había sacado aquel atardecer en el mirador de la colina.

—Me... encanta —confesé.

—Recuerda que hemos brindado por las verdades —bromeó.

Yo solté una risita y me levanté de un salto del sofá.

—Sí, me encanta... —aseguré—, te lo juro. Así que no pienso aceptarlo como regalo... Quiero... Quiero comprarlo.

Giovanni sacudió la cabeza de un lado a otro, negándose.

—¿Quieres comprarlo? —se rió como si acabara de decirle un disparate.

—Por favor —murmuré con la voz suplicante.

Él suspiró, una vez más, relajando la musculatura de sus hombros.

—Está bien —aceptó—, el precio será un beso. Un beso de despedida.

Miré el retrato que había captado con su cámara y después desvié la vista hacia él. Sonreía con aquella picardía tan característica suya y sus profundos ojos verdes chispeaban de expectación.

—¿Un beso de despedida? —repetí con un hilillo de voz.

Me acerqué hasta él con paso lento.

Giovanni me sentó sobre su regazo y rodeó mi cuerpo con sus brazos. Aspiré el olor a su perfume, sentí la dureza de los músculos de su cuerpo y los nervios cuando sus labios se acercaron a los míos. Cerré los ojos. Él se quedó muy cerca de mí; podía sentir su aliento contra mi rostro. Una vez más, estaba esperando a que yo diera el último paso. A que fuera yo quien pagase el precio del retrato.

—Para que no me olvides... —ronroneé antes de que mis labios presionasen los suyos.

Fue un gesto suave y delicado. Giovanni, quieto como una piedra, ni siquiera se movió un solo centímetro y permitió que fuera yo quien se volviera apartar de él. No me exigió nada y tampoco pidió más de lo que yo le di. Cuando volvimos a mirarnos fijamente, sus ojos estaban empañados.

—Duele saber que no te olvidaré —confesó con pesar mientras sonreía con nostalgia temprana.

No parecía el mismo chico que tropezó conmigo medio borracho en un bar, aunque supuse que yo tampoco parecía la misma chica miedosa que escapó de su casa en un avión.

Aquella noche, cuando ambos nos fuimos a dormir, pensamos en nosotros, en roma, en la *Fontana di Trevi* y en lo mucho que una semana podía cambiar la vida de dos personas.

21

Natalia

Un nuevo comienzo

Cuando regresé a Roma encontré mi pequeño y querido apartamento tal y como lo había dejado, pero con una pequeña diferencia: en la basura había una botella de champán vacía y junto al fregadero dos copas recién lavadas.

La primera semana de regreso a la realidad fue más dura de lo esperado. Mi estancia en Nueva York había contribuido a que mi alma aventurera se sintiera saciada, pero regresar a aquella galería en la que me sentía infravalorada se hacía todavía más insoportable. Mis sueños y mis ganas de buscar un camino que me satisficiera personalmente hacían que todo aquello resultase pesado de sobrellevar. Además, mi loco gigoló, Giovanni, estaba más taciturno que nunca, lo que conllevó que los días encerrados en aquella galería fueran apagados, tristes y carentes de sentido alguno.

Giovanni jamás llegó a contarme qué fue lo que le ocurrió durante mi ausencia, pero sé que algo, algo inexplicable, lo cambió para siempre. La cerveza después del trabajo terminaba con un paseo hasta su casa: solo. Sin compañía ni amantes furtivas con las que compartir las sábanas de su cama.

Poco a poco las semanas se fueron tornando más vacías hasta que, al final, volví a sentir aquella misma angustia que me había invadido antes de realizar mi viaje a Nueva York. ¿Por qué me marché a vivir a Roma? La misma pregunta de siempre; ésa que no dejaba de repetirse en mi cabeza constantemente. Pero con el paso del tiempo terminé encontrando una respuesta: “me marché para sentirme realizada”. Esa revelación fue la que me llevó a plantar delante de mi queridísimo jefe, Piero, una carta de renuncia sobre la mesa.

Comenzar un nuevo camino me daba mucho miedo, pero pensar que aquel sería mi destino eterno me asustaba todavía mucho más.

Los días fueron transcurriendo hasta que, al final, la suerte apareció frente a mí. Encontré un pequeño local que se alquilaba por un precio módico y razonable y decidí arriesgarme con todas y abrir mi propia galería y estudio junto a Giovanni. No tenía pensado transformarla en una galería tradicional, sino más bien un lugar único donde el arte pudiera expresarse en todo su esplendor. Reformamos el local por completo; pintamos las paredes, cambiamos el mobiliario y creamos un pequeño espacio donde ya fueran fotógrafos, músicos, pintores o escayolistas pudieran trabajar a la vista de todas las personas. La entrada era libre y cualquier espectador podía irrumpir en el interior para observar y disfrutar del proceso de creación de la obra. En pocas semanas la galería comenzó a funcionar mejor que ninguna otra en Roma y nuestra pequeña *Casa d'arte* —*así fue como la llamamos*— *obtuvo la fama y el reconocimiento que merecía entre los artistas locales. El local, siempre abarrotado, ocupó gran parte de nuestro tiempo y se transformó en nuestra forma de vida.*

—Natalina —me llamó Giovanni con el teléfono sujeto en su hombro—, nos llaman para una colaboración el día veintisiete, pero la agenda está llena. ¿Podemos aplazarla?

Me acerqué al escritorio y revisé el calendario. Resultaba increíble pensar que todos nuestros sueños se estuvieran haciendo realidad... Las fotografías de Giovanni se vendían a precios desorbitados y la galería estaba hasta arriba.

—Creo que tendrá que ser para el mes que viene —aseguré—, éste estamos completos.

Gio colgó el teléfono y ambos nos miramos fijamente con una sonrisa de satisfacción y orgullo en el rostro. Alzó la mano con la palma abierta y yo se la choqué, sintiéndome feliz.

—Ven aquí, *bambina* —*murmuró antes de estrecharme entre sus brazos.*

Sí, mi loco y depravado Gio se había transformado en un chico mucho más serio, pero poco a poco y con los meses su tristeza comenzaba a disiparse. Algo le había cambiado para siempre pero... ¿Acaso yo no había cambiado?

El timbre de la galería resonó varias veces seguidas, deshaciendo aquel momento tan íntimo que estábamos compartiendo. Miré el reloj y comprobé que aún era demasiado pronto para abrir las puertas, pero aún así Gio se acercó para ver quién era. Supuse que se trataría de algún artista que llegaba

demasiado temprano, cosa que solía ser habitual. Últimamente las mesas de trabajo se llenaban con demasiada rapidez y había gente que se quedaba sin poder sentarse. La galería estaba sirviendo de estudio para muchos artistas que no se podían costear su propio local de trabajo.

—¿Gio?

Asomé la cabeza para ver quién era y... Sacudí la cabeza en señal de negación. Al parecer mi amigo aún conservaba una antigua parte de su personalidad. Me reí tontamente observando cómo, de forma apasionada, estrechaba a una mujer entre sus brazos y se la comía a besos con apremio y ansiedad. Me ruboricé al ver cómo paseaba las manos por su cuerpo y, decidida a no estropear aquel instante tan novelero, regresé al escritorio.

Pensé en Ted y en todos aquellos besos y confianzas que él y yo habíamos compartido, pero sobre todo, pensé en lo mucho que aquel chico neoyorquino me había ayudado a crecer.

La galería Casa d'arte arrasaba muy fuerte gracias a el potencial que él me había demostrado que yo albergaba en mi interior.

Un nuevo comienzo

Cuando el taxi me dejó en la puerta de mi antiguo hogar estuve convencida de que sabía aquello que me iba a encontrar al otro lado. Pero me equivoqué.

Marcharme de aquella manera, después de todo, sí que supuso un verdadero escarmiento para Jayden.

Por mucho tiempo que pase, aún puedo recordar la expresión de arrepentimiento que tenía y la frase de disculpa que empleó nada más verme y antes de envolverme entre sus brazos: “nunca más volveré a dejar que te marches...”, me dijo, apretándose con fuerza contra su cuerpo como llevaba meses sin hacer y como tantas veces había anhelado y necesitado que lo hubiera hecho.

Los días dejaron de transcurrir con la rutina que hasta entonces había pautado nuestras vidas. Jayden se despertaba con tiempo y desayunaba conmigo; en algunas ocasiones, incluso, me preparaba el desayuno para llevármelo a la cama. Cada vez que hacía eso, de forma inevitable, pensaba en Giovanni y en la maravillosa semana que Roma me otorgó. Los mediodías comíamos en alguna cafetería cercana al pueblo y, cada tarde soleada, dábamos un largo paseo hasta que la noche se cernía sobre vosotros. Con el tiempo los rumores sobre las infidelidades terminaron extinguiéndose hasta quedar en eso: simples rumores. Nunca supe si mi marido me fue infiel o no, pero decidí que la respuesta tampoco cambiaría la forma que tenía de mirarle.

La novela resultó un verdadero éxito y mi editor se volcó totalmente en ella. Todo el mundo parecía encantado con mi nueva faceta de novelista, lo que realmente me resultaba emocionante. Y, además, el tema de los niños había quedado en segundo plano hasta que me sintiera preparada para afrontar

una responsabilidad tan grande —según palabras explícitas de Jayden—. Todo iba bien, tal y como debía ir.

Entonces, ¿por qué seguía sintiéndome tan vacía?

Sopesé la posibilidad de que Cold Spring continuara siendo la razón de mi estado anímico, así que le propuse a Jayden que pasáramos una temporada en mi apartamento. Tampoco era tan descabellado si tenías en cuenta que de Manhattan a aquel pueblucho había poco más de cincuenta millas de distancia. Jayden aceptó, temeroso de que nuevamente pudiera abandonarle, pero recalcando que aquel sacrificio lo hacía a desgana y por amor.

Manhattan no había cambiado.

Seguía siendo una ciudad de luz, de diversidad, de cultura y de vida. Seguía siendo mi hogar. Durante el día pocas cosas me hacían más feliz que pasearme entre los grandes edificios de Times Square o degustar uno de los impresionantes batidos del Black Tap después de pasear por el barrio del SoHo, pero cuando la noche llegaba y regresaba a mi apartamento volvía a sentirme vacía.

Yo había cambiado, y eso era algo indiscutible. Pasaba las horas observando aquella fotografía que Giovanni capturó, contemplando la radiante sonrisa que la Vera de aquella semana lucía en su rostro cuando el chico de los ojos verdes se coló en mi vida para mostrarme el mundo a través de un objetivo y sobre una Vespa.

Creo que cuando tomé la decisión de abandonar a Jayden me encontraba mirando aquel retrato en blanco y negro que tanto color arrojaba a mi tristeza. Y cuando vendí el apartamento con todas sus pertenencias, eso fue lo único que me llevé conmigo.

Un nuevo comienzo se merecía no cargar con los pesos del pasado, ser libre para poder volar.

Así que unos meses después de mi regreso y sin ninguna cuerda que me atase a Nueva York, aterricé en el aeropuerto de Roma con una maleta semivacía y decidida a recuperar aquello que había provocado mi sonrisa más sincera y mi verdad más absoluta.

La Casa d'arte fue sencilla de encontrar. Al parecer la vida del chico de ojos verdes que conocí durante las vacaciones que cambiaron mi vida se había transformado en otra totalmente diferente a la que yo presencié.

Me planté frente a puerta con un remolino de sentimientos encontrados y con esas antiguas mariposas que meses atrás habían alzado el vuelo en mi

interior y que, a pesar del tiempo transcurrido, continuaban aleteando sin descanso en mi estómago. Toqué el timbre y esperé, frotándome las manos con impaciencia hasta que, al otro lado, apareció él.

—Vera —murmuró consternado tras pestañear repetidas veces.

Sonreí con timidez sin saber muy bien qué debía decir. Me sentía perdida. Recordé aquel último brindis que compartimos en el apartamento de su amiga y decidí que debía hacer honor a las verdades y a la sinceridad, tal y como nos prometimos entonces.

—Te echaba de menos —escupí, ansiosa y expectante.

Giovanni se mordió el labio. Me fijé que seguía estando tan guapo como siempre, aunque parecía continuar desprendiendo aquella aura taciturna con la que meses atrás nos habíamos dicho adiós.

Acercó su rostro al mío y, como en las anteriores ocasiones, se quedó tan cerca de mí que podía sentir su aliento, oler su perfume, rozar su piel. Era su forma de decirme que él también me había extrañado y era su forma de decirme que el último paso seguía estando en mis manos.

Pensé en aquellas tres monedas que tiré a la Fontana di Trevi y en lo mucho que significaban sin siquiera yo saberlo y sonreí antes de presionar mis labios sobre los suyos y de buscar con ansiedad aquellas caricias que ambos habíamos anhelado pero que, hasta aquel instante, nunca nos habíamos podido dar.

Por fin era libre para volar muy alto.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

El mito, nacido con la película "Tres monedas en la fuente" en 1954, dice lo siguiente: Si arrojas una moneda: volverás a Roma. Si arrojas dos monedas: encontrarás el amor con una atractiva italiana (o italiano). Si arrojas tres monedas: te casarás con la persona que conociste en ese viaje.

Deseo de corazón que esta novela os haya gustado tanto cómo me gustó a mí al escribirla y que todos vuestros deseos se cumplan, tal y cómo se cumplieron los de mi Natalina y mi valiente Vera.

Si queréis hacerme llegar vuestra opinión, podéis hacerlo a través de las redes sociales, del email christianmartinsoficial@gmail.com o de Amazon.

Nos vemos en la próxima aventura,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan sólo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofia

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa

Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!
¡Cómo tú quieras!
¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magena
Denahi
Hinun

Ni una cita más

